

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

# REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

T O M O   L V

Año XV - Setiembre de 1952 - N° 165

MONTEVIDEO — URUGUAY

1 9 5 2

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

Ministro Secretario de Estado:

Señor Don JUSTINO ZAVALA MUNIZ

---

REVISTA NACIONAL

LITERATURA · ARTE · CIENCIA

SUMARIO

Año XV · Setiembre de 1952 · Nº 165

|                                                                          |     |
|--------------------------------------------------------------------------|-----|
| CARLOS SABAT ERCASTY. — Poemas del Hombre. Libro de la voz ..            | 321 |
| FERNAN SILVA VALDES. — Temas de Folklore. Sabiduría popular ....         | 343 |
| EDGARDO UBALDO GENTA. — El Homocosmos. Voluntad y Superhistoria          | 348 |
| LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL. — Ayer. Fragmentos de mis Memorias.            |     |
| La Conferencia de Consolidación de la Paz .....                          | 387 |
| ROBERTO FABREGAT CUNEO. — Cuatro Disertaciones. Auge y porvenir          |     |
| de los gremios. Sentido de la propaganda en la naturaleza. Después de    |     |
| la suba de precios. La crisis occidental de la familia .....             | 391 |
| JULIO GARET MAS. — Algunas poetisas del Uruguay: María Adela Bo-         |     |
| navita. Esther de Cáceres. Concepción Silva Bélinzon. Edgarda Cadenazzi. |     |
| Blanca Luz Brum. Selva Márquez. María Esther Llana Barrios. María        |     |
| Alicia Berrutti .....                                                    | 407 |
| HORACIO ARREDONDO. — Enumeración de las aves silvestres Uruguayas        | 431 |

PAGINAS OLVIDADAS

|                                                         |     |
|---------------------------------------------------------|-----|
| EDUARDO ACEVEDO. — Disertación sobre los abogados ..... | 451 |
|---------------------------------------------------------|-----|

SECCIONES PERMANENTES

|                                                                          |     |
|--------------------------------------------------------------------------|-----|
| REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — El Código Civil. Modificaciones sobre       |     |
| declaración de ausencia de herederos presuntivos .....                   | 466 |
| REVISTA LITERARIA. — Un juicio inédito de Alfredo Palacios sobre el      |     |
| último libro de Rodó. — Una hermosa evocación de Julio Herrera y         |     |
| Obes por Gabriel Chouhy Terra .....                                      | 469 |
| BIBLIOGRAFIA. — «Escritos de Andrés Lamas» Tomo III. Publicación del     |     |
| Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay; «Historia de la Repúbli-   |     |
| ca Oriental del Uruguay», por Pablo Blanco Acevedo, VII edición; «Re-    |     |
| vista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay», tomo XIX, 1952; |     |
| «Concierto de amor y otros poemas», por Esther de Cáceres; «Levillier    |     |
| historiador de América», por Atilio Cornejo .....                        | 473 |
| INDICE DEL TOMO LV .....                                                 | 478 |

---

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECTORIO: Presidente: Dr. Vicente Basagoiti; Vocales: Sr. Orestes Lanza;  
Sr. Luis Sampredo; Dr. Juan Antonio Rebella; Dr. Miguel Aguerre Aristeguy.

Gerente: Gualberto Mendioroz

La Caja Nacional de Ahorro Postal es una institución del Estado, y sus disponibilidades se invierten en la construcción de caminos, carreteras, mercados públicos y otras obras de beneficio general.

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

# REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

|                     | En el país | En el Extranjero |
|---------------------|------------|------------------|
| Un semestre .....   | \$ 5.00    | \$ 6.00          |
| Un año .....        | > 10.00    | > 12.00          |
| Número suelto ..... | > 1.00     | > 1.20           |

Pago por adelantado en efectivo o en giro postal o bancario.

Se venden números sueltos en la Administración y en todas las librerías.

Director Honorario de Administración: JUAN PEDRO CORRADI.

Administración: Ministerio de Instrucción Pública, 25 de Mayo 376. Montevideo.

Teléfonos: 8 04 49 y 8 45 89.

Casa impresora: L.I.G.U., Cerrito 740, Montevideo.

## ADMINISTRACION NACIONAL DE COMBUSTIBLES, ALCOHOL Y PORTLAND MONTEVIDEO — URUGUAY

Oficinas Centrales: Edificio ANCAP, Av. Agraciada y Paysandú

Dirección Postal: Casilla de Correo 1090

Direc. Telefónica: ANCAP. Montevideo

**DIRECTORIO:** *Presidente:* Ing. Juan P. Fabini; *Vice Presidente:* Químico Industrial D. Silvio Moltedo; *Vocal:* Sr. D. Alcides Aldama; *Secretario General:* Sr. D. Héctor Polleri Carrió; *Gerente General:* Sr. D. Francisco Fernando Toquetti Lespade.

La ANCAP ejerce los monopolios de alcohol y refinación de petróleo, otorgados por ley del 15 de Octubre de 1931.

Capacidad anual de la Refinería de Petróleo:

|                                                |             |                  |
|------------------------------------------------|-------------|------------------|
| Petróleo crudo para elaborar .....             | 240:000.000 | litros           |
| Producción de nafta .....                      | 130:000.000 | >                |
| > kerosene .....                               | 48:000.000  | >                |
| > gas-oil .....                                | 10:000.000  | >                |
| > fuel-oil .....                               | 35:000.000  | >                |
| > gas de 2.500 calorías/mt. <sup>2</sup> ..... | 10:000.000  | mt. <sup>3</sup> |

Producción anual de la planta Industrial de Alcoholes:

Capital anual de la Planta Industrial de Alcoholes:

|                                |           |        |
|--------------------------------|-----------|--------|
| Alcohol potable a 96° .....    | 6:000.000 | litros |
| Anhidrido carbónico .....      | 130.000   | kgs.   |
| Farelo Fresco .....            | 7:500.000 | >      |
| Aceite .....                   | 219.000   | >      |
| Tortas de germen de maíz ..... | 1:700.000 | >      |

En la elaboración de estos productos se emplearán aproximadamente: 15:000.000 de kilos de maíz y 525.000 kilos de cebada.

## ADMINISTRACION NACIONAL DE PUERTOS

**DIRECTORIO:** *Presidente:* Dr. Juan A. Lorenzi; *Vice Presidente:* Sr. Horacio García Méndez; *Vocales:* Director Sr. Luis A. Castagnola; Director Dr. Jorge Alvarez Olloniego; Director Dr. José Manuel Urruburu.

# BANCO DE LA REPUBLICA

## INSTITUCION DEL ESTADO

**DIRECTORIO:** *Presidente:* Dr. Don Alberto F. Zubiría; *Vicepresidente:* Don Carlos Sapelli; *Vocales:* Dr. Don Rómulo Boggiano; Don Alberto Arocena; Dr. Don Juan A. Rebella; *Secretario General:* Don Juan Carlos Faig.

*Gerente General:* Cont. Don Fermín Silveira Zorzi

---

El Banco de la República está dividido en dos grandes departamentos independientes: el propiamente bancario, regido por el Directorio, y el Departamento de Emisión, regido por el Consejo Honorario, integrado por el Directorio del Banco y representantes de la banca nacional y extranjera, del comercio y de la industria.

---

## BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

**Directorio:** *Presidente:* Sr. Orestes L. Lanza; *Vice Presidente:* Dr. Alberto M. Roselli; *Vocales:* Ing. Agr. Cesáreo Alonso Montañó; Dr. Miguel A. Pringles y Sr. Medardo A. Silvera

|                                                |    |                |
|------------------------------------------------|----|----------------|
| CAPITAL .....                                  | \$ | 5:000.000.00   |
| RESERVAS Y PROVISIONES .....                   | »  | 27:950.250.00  |
| AVALUO DE PROPIEDADES HIPOTECADAS (Urbanas) .. | >  | 785.070.500.00 |
| » » » » (Rurales) ..                           | >  | 186:194.200.00 |
| TITULOS EN CIRCULACION .....                   | >  | 405:074.000.00 |

Casa Central: Sarandí N° 570. — Casilla de Correo 79. — Montevideo

16 Sucursales y 14 Agencias

---

## Caja Nacional de Ahorros y Descuentos

Dependencia del BANCO DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

**Sección Vales Amortizables.** — Préstamos Amortizables a plazos hasta de 30 meses al más bajo interés de plaza. Cuotas de amortización de capital e interés; en 10 meses, \$ 10.37; en 20 meses, \$ 5.36; en 30 meses, \$ 3.69. Trámite rápido.

**Sección Administración de Propiedades.** — Administramos propiedades garantizando el alquiler sin cobrar recargos. Nos encargamos de la venta de solares a plazos. Comisiones mínimas.

# REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

Año XV

Montevideo, setiembre de 1952

Nº 165

## POEMAS DEL HOMBRE

### LIBRO DE LA VOZ

#### I

Una gran voz acude a mi boca de fuego.  
Las raíces selváticas  
se trenzan a mi cuello y a mi pecho.  
El ramaje de los grandes bosques  
tiembla y arde en mi corazón y en mi frente.  
La tierra fértil,  
las piedras áridas,  
vibran incendiadas de deseo  
en mis huesos y en mi carne.  
Los ríos del mundo corren por mis arterias,  
y las montañas anhelantes  
son calcinadas y crepitan  
en el viento de mis estrellas.  
Estoy ebrio de fuerzas y loco de tempestades.  
Me cimbrean los anhelos.  
Una gran voz se hace de pronto  
en las bóvedas de mi ser.  
Me siento resonar íntimamente,  
y en inmensas distancias del cosmos.  
La ola de música me golpea  
en el pulso de las sienas  
y en las vivas respiraciones del alma.

#### II

¡Ah...!  
¡Quisiera estallar y deshacerme!  
Volar en los acordes infinitos;  
derretirme en el fuego enérgico del astro;  
correr en el ímpetu de los huracanes;  
azotar el costado violento y áspero de los océanos;  
trepar a la viva crispación de los cráteres;  
aniquilarme en un cántico excesivo;

fundirme a la presencia infinita  
en un frenético canto, delirante y salvaje.

## III

Desde las entrañas de la Tierra  
sube por mi fiebre y mi vértigo  
una voz que rompe los lazos  
de las dolorosas humillaciones.  
Es un canto universal, telúrico, enorme.  
Lo siento pasar por mi garganta  
como una fuerza de Dios en la sombra de la noche.  
Así sube de mi corazón  
repitiendo a la montaña que se levanta  
desde las raíces del astro.  
Es una voz hecha de piedras y de razas,  
de selvas, de costas, de océanos,  
de ciudades, de rutas, de desiertos,  
de hombres, de ganados, de fieras,  
de pájaros...

## IV

Los labios relampaguean palabras.  
La garganta grita destinos.  
El corazón se desborda de dolor y de angustia.  
El dolor y la alegría  
porfían por llenarme la sangre.  
La Tierra entera  
vuela en el ala del Verbo.  
Yo no podría resistirlo  
si el trágico deseo del astro  
no me sostuviera de pie,  
en tanto que mi propia palabra  
me incendia la boca y me calcina el cráneo.

## V

Todo vuelve a ser de nuevo  
en el idioma de este canto.  
Los himnos abren la ruta  
a una creación radiante y mágica,  
a un mundo  
que se está haciendo en mis deseos y en mis sueños,  
donde todo renace, puro y celeste,  
como una virgen estrella en el deseo de Dios.

## VI

Las selvas corren desde mi garganta.  
Las fieras elásticas rugen desde la música  
de mi pecho.  
Los pájaros del día  
se levantan desde adentro de mi sangre,  
y fugan como flechas por el arco de mi voz.  
Desde mis palabras trepan ciudades,  
y otros pueblos hunden sus energías  
en el flanco de las montañas,  
o llegan hasta los mares en furiosos asaltos.

## VII

¡Ah,  
todo puede ser creado por la potencia de este canto!  
El futuro se echa sobre el presente.  
La voz corre por lo que no se ha hecho todavía.  
La estrella del tiempo  
desprende en mi corazón  
las nuevas auroras de la Tierra.  
Los siglos que aún no salieron  
desde adentro de la fuerza,  
me asaltan, me invaden,  
hasta enloquecerme la alegría de la esperanza.

## VIII

Yo veo mi muerte, y no tiemblo.  
Gozo la violentísima videncia.  
Veo la resurrección,  
y no tiemblo.  
Miro cómo la voz de la Tierra se hace dentro de mí.  
Ya no veo más, tampoco veo más...  
Ni veo las cosas ni me veo a mí mismo.  
¡Tampoco escucho!  
Ya mi ser no resiste más la conciencia del canto.  
Ya no queda de mi ser  
más que la locura y el delirio del canto.  
Es la plenitud embriagada de la música,  
que pasa por mi garganta.

## IX

Yo grito ahora ante mi propio delirio:  
Esta es la Tierra infinita de formas.

Este es el acto de la creación en la cópula del Verbo.  
Esta es la unión de la eternidad  
y del hombre,  
en el océano inmenso del Verbo.  
Esta es la realización total de la Idea  
relampagueando en una como cólera de la alegría  
que hace morir y hace nacer al Hombre.

## X

Siento las descargas de la más alta potencia cósmica.  
Corren por mi sinfónica ebriedad  
los génesis radiantes.  
Soy todo el Universo en desbordamientos  
ya tan desmesuradamente enérgicos y totales,  
que al fin puedo ver en el huevo de los destinos  
las grandes alas celestes,  
las grandes alas que harán volar  
las futuras ciudades de la Tierra.

## XI

Pugnan en mi corazón el canto y el llanto.  
Rugiría de sagrados dolores  
un himno crucificado  
en mi propio pecho.  
Amasado con la angustia y el temblor de mi carne,  
en mitad de la noche  
se extendería como un pájaro negro,  
e iría a incrustarse allá arriba,  
en la cruz cósmica,  
allá arriba,  
desde donde llegan los tentáculos celestes  
que me oprimen el alma.

## XII

¡Ah,  
pero el canto se ha mezclado al gemido!  
Entre las alas de la sombra arde el pecho de luz.  
Sobre las entrañas de espanto y de amargura,  
¡qué dulces los anhelos de la garganta!  
Las alas gimen de cortar el aire,  
pero en el corazón se rompen las olas de la música.

## XIII

No puede ser un llanto fácil  
este que me retuerce la vida.  
No es sólo mi pobre dolor de hombre  
quebrándome los cristales de la boca  
en una noche demasiado melancólica de luna  
y de recuerdos...  
Lloro para todos y lloro por todos.  
He podido vencer al monstruo  
mientras levanto esta voz nueva.  
Necesité la gemida angustia y el crispado deseo  
para levantar un canto de júbilo.  
Lo que en mí es el hombre,  
me pedía un himno firme y alegre,  
y entonces puse de pie y en marcha  
toda mi potencia lírica.

## XIV

Yo sólo soy un hombre furiosamente amarrado  
a esta cosa tremenda que es el hombre.  
Voy no sé cómo.  
Voy con toda la luz y con toda la sombra.  
Voy con el bien y con el mal.  
Voy con la verdad y con el error.  
Voy con el amor y con el odio.  
Me levanto,  
y marchó con el Hombre entero.  
Siento como que me sigue la Tierra  
mientras hago estallar, radiante y trágico,  
el canto enloquecido.  
Me azuza y me enfurece los deseos la ola de vida  
levantada hasta volcarse en la muerte.  
El astro me atraviesa los sueños  
con el grito cósmico de la órbita.  
¡Sí,  
soy nada más que hombre,  
pero el hombre verdadero,  
destrozador y creador de ilusiones,  
dispuesto a aplastar a golpes de hombre  
el obstáculo majestuoso,  
decidido y violento ante los límites inabarcables,  
capaz de mostrar mi desnuda, mi horrible  
verdad de hombre.

## XV

¡Sí, soy un hombre y nada más que un hombre,  
amasado con la cólera y con el horror,  
con el goce de una esperanza dolorosa y sublime,  
con una verdad de fuego,  
áspera y dura como el pecho de las montañas!  
¡Sí,  
el hombre...  
de una sola pieza, entero, colérico, duro,  
sin matices,  
sin delicadezas melosas,  
seguro de sí mismo como cuando salta la fiera,  
con un corazón que puede mostrarse  
ante las cosas más puras!  
¡Así me enseñó a ser hombre la palabra de la Tierra!

## XVI

De pronto ha saltado de mi pecho una voz más alta,  
todavía más alta,  
y casi tan bella como yo lo deseaba,  
pero nunca tan bella....  
Desde la Tierra toda  
viene esa voz hasta mi sed.  
Cómo marchan las sonoridades,  
los acordes,  
los gritos,  
Cómo me buscan y me envuelven las músicas del astro.  
Cómo se vuelcan y se hunden en mi vida  
seguras de no perderse.  
Estoy henchido, desbordante, rebosando la gran voz,  
a punto de estallar en un canto  
infinitamente gozoso.  
De todas las cosas suben a mi frente  
diáfanos desprendimientos musicales,  
emanados en intangibles, en innúmeras armonías,  
y anhelantes de la sinfónica potencia de mis sueños.

## XVII

La gran voz quiere el ser,  
y el rumor,  
y el cristal,  
y el bronce flamígero,

y el rugido caliente  
y la sostenida modulación oceánica.  
¿Esa voz me ha elegido en este instante  
para que la convirtiera  
en himnos y en rapsodias?  
Siento esa voz enorme de distancias y de siglos.  
Alargo el oído en la eternidad celeste,  
y la voz entra,  
trepidante, espantosa,  
apretándose a mi corazón.  
Aletea enloquecida sobre las selvas de mi pecho.  
Pasa aullante de alegría y de tempestad  
por las islas de llamas  
que me levanta el deseo.  
Deliciosamente bañada en las esencias de mi vida,  
irrumpe después bajo el peñasco de mi frente,  
y desde los incendios de mi boca.

## XVIII

La gran voz me cimbrea,  
me arrebatada,  
me enloquece.  
La tierra la escucha y la reconoce.  
Mía es la fuerza sinfónica  
con que el astro no fatiga nunca  
sus vastas y resplandecientes creaciones.  
Mío es el pensamiento infinito y terrible  
con que abre las distancias vírgenes de la órbita.  
Nos hablamos.  
El astro me escucha  
desde el fonde de su alma divina.  
Nos abrazamos,  
él con su música, yo con mi canto.  
Su voz formidable entra en mi voz delirante,  
y apretamos canto con canto,  
y unimos acorde con acorde,  
y lo que ella piensa en sus arcanos cimientos,  
es la misma idea que estremece mi palabra.

## XIX

Yo digo entonces:  
No cambiaría el dolor espantoso  
de estos cósmicos alumbramientos,

por todos los goces de millones de vidas  
inagotablemente recreadas  
en una delicia última de amor,  
e inmortalmente renovadas de fuerzas y deseos.

¡Ah.....

es preciso expresarlo de algún modo!  
Hay experiencias tan altas y sublimes  
que sobrepasan toda explicación y todo lenguaje.  
Miles de imágenes solares y celestes,  
levantándose de pronto  
en los anhelos de una estrella nueva,  
no podrían jamás decir  
la calidad alegre y triste de este gozo mío.  
Si por un repentino milagro  
un astro muerto fuese arrebatadamente encendido  
por las alas de un incendio inesperado,  
tampoco el grito de sus entrañas  
sería como el desgarramiento,  
gozoso y trágico de mi vida,  
dardeando a la raza de los hombres  
con este canto heroico de afirmación y de potencia.  
Si la más alta, y más helada, y más vieja montaña,  
repentinamente asaeteada por el Sol  
se cubriera toda de selvas y de flores,  
y si entonces el peso de sus propios perfumes  
la vistiese de una ropa de fuego y de deseo,  
no sentiría, no!, en la hondura de su destino  
esta locura y esta embriaguez  
con que yo canto las auroras de un mundo nuevo.  
Si el agua de todos los ríos  
se convirtiera una sola vez y de golpe  
en un océano de fuego;  
si una antigua ciudad sepulta  
resucitase después de mil años  
y volviese, virgen, a la vida  
tras el extraño encantamiento...  
ah!, ni los ríos,  
ni la vieja y renacida ciudad,  
sentirían esta rara locura,  
gozarían este entrañable delirio,  
lograrían esta radiante sorpresa  
que por momento me desmayan el corazón,  
mientras se hace, en el pecho y en la garganta,  
la voz de la Tierra!

## XX

Jamás se levantó tan pura  
la seguridad del canto.  
Esta voz en que estoy sumergido y embriagado,  
es ancha,  
arrastra su aliento a lo largo de todo el Ser,  
enloquece,  
no quiere ser ya nunca de la dimensión de los hombres,  
quiere que todos los hombres  
sean de sus desbordantes arrebatos  
y de sus diáfanos vuelos.

## XXI

Ese canto es elástico, vehemente,  
gira, se arremolina, circula,  
se abre paso con el hacha de la voluntad,  
y la danza del delirio.  
Ni ahorra el tiempo  
ni mide la fuerza.  
Levanta las alas de mi sangre en millones de vuelos,  
juega como un niño,  
asesta golpes de gigante.

## XXII

¡Ah, la rebelde voz no esperada!  
No exclamó:  
—¡Elijo el pecho de este hombre!  
¡Ser el elegido!...  
¿Por qué me torturaba esa ilusión?  
Esa voz es de todos.  
Yo no soy más que el órgano por donde pasa,  
yo no soy más que la selva y la costa  
donde acudió buscando los sonidos,  
pero la fuerza y la esencia de esta voz,  
su radiante poderío,  
es de todos y es para todos.  
¡Ah, nada más hermoso  
que haberse hecho lo bastante puro  
ante los seres y las cosas,  
ante la creación entera,  
como para que ella pactase con nuestro deseo!  
Repentinamente nos olvidamos

de tener demasiadas intenciones para el canto.  
Aceptamos la terrible desnudez y el dinámico delirio.  
¿Qué intención habrá que esa voz, secretamente,  
no posea?  
Cuando decimos la voz,  
sencilla y naturalmente la voz,  
y los cristales del pecho vibran con todo el cosmos,  
¿qué habrá fuera de ella?

## XXIII

Yo me he agotado  
y me he extenuado,  
y me he enloquecido,  
para asaltar el pecho de la gran voz.  
La aguardaba en las encrucijadas más ásperas  
y peligrosas.  
Me revolvía dentro de mi espíritu  
para encontrar la grieta donde darle paso a ese canto.  
Buscaba en los libros,  
en las sinfonías,  
en los templos,  
me ponía al acecho de los grandes poetas  
para robarles el secreto,  
y jamás pude lograr las puras y libres potencias  
de una voz cósmica.

## XXIV

¡Ah, pero un día abracé a la Tierra!  
La oprimí furiosamente contra mi pecho.  
Mordí la sal del océano y la amargura de la raíz.  
Bebí la miel de las flores y la dulzura de las frutas.  
Me embriagué con los zumos enloquecedores del astro.  
Devoré en un tremendo festín su fuego y su sombra,  
su oleaje vital y sus fértiles simientes.

## XXV

Y subí después a la más alta montaña.  
Y desde allí abracé la luz de los mediodías.  
Y emborraché mi sangre  
con la llama del azul y de las vírgenes fuerzas.

## XXVI

Y esperé la noche.  
Y estreché contra sus tinieblas mi cuerpo callado.  
Y sorbí los licores de los racimos astrales.  
Y traspasé la más opaca,  
y la más remota,  
y la más arcana oscuridad.  
Y allá adentro estaban las diáfanas fuentes de la Vida.  
Y en ellas mojé mi lengua,  
empapé mi boca,  
henchí mis arterias,  
excité mis nervios,  
esponjé mi corazón.

## XXVII

Y bajé lleno de Dios,  
loco de Dios,  
enfurecido de Dios,  
fuego de hombre en fuego de Dios,  
misteriosamente temblado del cósmico Dios.  
Y me eché hacia las ciudades de la Tierra.  
Y me exprimí sobre ellas.  
Y me dí todo a una voz repentinamente lograda,  
como en un esfuerzo salvaje y violento  
de encontrar algo que fuese capaz de matarme  
y deshacerme en una música jamás hablada.  
Y quedé muerto y vivo,  
dueño de las dos claves y de los dos mundos.  
Cosmos y supracosmos,  
todo lo he exprimido en un ansia tremenda,  
apretando los océanos inmortales  
contra la carne sonora y terrible del pecho.  
Y aunque el destino de la Tierra  
me diafaniza los sueños,  
nunca diré ya más una palabra demasiado feliz...  
¡Ah,  
pero es hermosa la fruta de la alegría  
sobre la bandeja de la sombra!

## XXVIII

¡Cosmos y supracosmos!  
He podido dilatar mi canto entre los dos océanos.

Cubrí la Tierra entera con el velo de mi Verbo,  
anchurosamente y delicadamente plegado  
sobre todas las formas.

Los contornos de música que bordean mi canto  
se encrespan sobre los peñascos de ambos mares,  
mientras la ola de los abrazos  
los envuelve de luz,  
los penetra de cielo.  
los azula de gracia.

## XXIX

Yo mismo digo el himno  
imaginando los ímpetus y las expansiones de su fuerza.  
Las aguas cósmicas y las aguas supracósmicas  
comban la cuna ondeante  
donde nace la niñez de los sueños,  
y la nueva inocencia  
con que volveremos a ser puros en la Tierra.

## XXX

Se alargan a los costados de este canto  
el mar terrestre y el mar celeste  
como dos anchas alas.  
¡Cosmos y supracosmos!  
¡Como dos grandes alas inmortalmente azules!  
En mitad de esos mares levanto la Tierra  
como un ave gigantesca,  
y la arrojo en el aire de los sueños,  
y le incubo en su frente aguda  
las esperanzas tenaces,  
y le atravieso el fuego de su pecho  
con la potencia de mi canto,  
y le excito con mi rabia de querer  
las deliciosas tempestades y los huracanes sublimes  
del más alto heroísmo.

## XXXI

Mientras sufro y gozo las más trágicas zozobras,  
el ala cósmica y el ala supracósmica  
encumbran el inmenso vuelo,  
estremecen el plumaje de los dos océanos,  
y la Tierra sube,

crece,  
traspasa su destino,  
asciende, espiritualizada y lijera, como una nube,  
se remonta hacia creaciones  
de nunca igualadas promesas.

## XXXII

Entretanto,  
mientras emano mi voz,  
me siento morir de amor y de esfuerzo,  
y sigo arrancándome  
este canto de doloroso sacrificio,  
de celeste agonía,  
de martirio gozado.

## XXXIII

¿Qué sobrecogimiento y qué estupor son éstos?  
¿Qué antiguo furor,  
qué delirio me posee?  
¿Por qué tiemblo,  
por qué me ahondo,  
por qué palidezco ante la selva?

## XXXIV

Penetro bajo olorosas y vivas techumbres.  
Rozo con la frente este cielo de savia,  
y un claroscuro de hojas y perfumes  
me refresca la fiebre.  
La humedad selvática vive, respira, aletea.  
El aire abrazado a los grandes árboles,  
mueve un cuerpo de amor nervioso y lúbrico.  
Las raíces muerden la carne del astro.  
Siento el rumor genital de las fibras  
bebiendo la estrella, incesantemente,  
cálido y sensual el labio hambriento  
con que sorben los licores deliciosos de la vida.

## XXXV

Primaverales fiebres queman la piel de los troncos.  
Frotan las ramas sus deseos desnudos y ávidos.  
El pájaro canta enloquecido y ebrio  
hasta caer desmayado en el néctar de la música.

La fiera elástica curva la zarpa llameante,  
le chispean los ojos como piras,  
camina enfurecida hasta la hembra  
que le emborracha el aire  
con el aroma salvaje de los deseos.

## XXXVI

El grito del jaguar abre millones de flores,  
y el polen dorado  
se extiende como una llama dulce  
sobre el clamor de la Tierra.  
Oscila perezosamente la serpiente  
de ojos tenaces,  
mientras refresca las pedrerías y los metales fogosos  
de su cuerpo,  
sobre las hierbas libidinosas y balsámicas.  
Ascuas vivas y libres,  
los pájaros se huyen y se buscan.

## XXXVII

El silencio es quieto,  
pero la música asciende.  
En mitad de la selva  
opté por el camino sinfónico.  
Me sentí levantado  
sobre los techos ondeantes de los árboles.  
¡Ah, qué torrentes y qué oleajes de luz!  
Las redondas pulsaciones del Sol  
llegaban en océanos de flechas.  
Cada hoja era acribillada de vida celeste.  
Millones de arqueros luminosos  
dardeaban la carne pura de las flores  
en una tremenda orgía de llamas y perfumes.

## XXXVIII

La luz se rompía en miriadas de besos  
y de cópulas.  
El polen hervía como un oro líquido.  
Las ramas eran ansiosamente acariciadas  
a lo largo y hacia adentro.  
Había como momentos de palidez y de locura  
en que el deseo solar mordía tanto,

que crispaba la savia en las arterias  
en un espasmo de árboles y llamas.

## XXXIX

El aire lento onduló el techo de las selvas.  
El silencio mismo,  
la mudez de más adentro de la vida,  
comenzaba a animarse de amor y de furor,  
con un ritmo grave y potente.  
Despertó la primavera  
los últimos sueños de la raíz más honda.  
Comenzó a vibrar toda la selva  
como una orquesta viva.  
Los grandes árboles instrumentales  
quedaron enloquecidos por una savia de música.  
Enormes planos,  
candentes zonas de activas sonoridades,  
ascendían desde abajo de la Tierra,  
levantando en su fuerza  
la pulsación sinfónica que abre los brotes  
y las flores.  
¡Es la totalidad de la selva,  
y el roce tentacular de todas las vidas  
y de todas sus cúpulas.  
Es la madre íntegramente desenfrenada  
bajo las heridas lúbricas del mediodía.

## XL

Yo iba subiendo más,  
más alto subía a cada instante,  
hasta que sentí que la selva volaba.  
Los nervios selváticos se crispaban de acordes.  
Enloquecidos,  
sobreexcitados los árboles todos,  
crugían deseosos de abrazarse,  
y las ramas brillaban como serpientes.  
Un olor inmenso de celo  
espesaba el aire dorado de miel y de polen.  
La savia corría y volaba  
desde el delirio de las raíces  
a los verdes oleajes de las hojas.  
El bramido del jaguar  
relampagueaba desde su sexo.

## XLI

El ala del silencio y el ala de la música  
extremaban las agudas potencias  
del vuelo callado y del vuelo sinfónico.  
Calcinó mi corazón el fuego amoroso de la selva.  
Extendí las cenizas de mi pecho  
en el viento del deseo.  
Embriagué mis sentidos  
en las fragancias inefablemente gozosas.  
Por un momento  
capté la sinfonía entera de la selva.

## XLII

¡Era en la Tierra de los trópicos!  
Ardían millones de insectos y de pájaros.  
La selva era un inmenso fuego verde,  
y era una inmensa música verde,  
y era una inmensa lujuria verde  
entre el ancho olor purpúreo de pasión y de celo,  
y bajo ese vuelo de vida solar y terrestre,  
levanté de mi boca la voz nueva del astro.  
¡Una voz nueva para un mundo nuevo!

## XLIII

¡Oh voz de mi pecho,  
voz angustiosamente levantada  
más allá de todas las voces,  
voz de terribles llamas  
que te haces en mí mientras me aniquilas  
y vas subiendo sobre fuerzas inagotablemente puras!  
¡Oh canto único,  
quemado fervor,  
oh herida sin descanso,  
vertiente del cósmico Dios,  
sangre de música!  
¡Oh voz irrefrenable de pasión y de anhelo,  
oh boca encendida y delirante,  
capaz de la más loca risa y el más orgulloso desafío!

## XLIV

¡Voz mía y voz de la Tierra,  
levantada sobre ascuas,

sobre dolores, sobre desastres!  
Desprendida sobre placeres,  
sobre arrebatos,  
desatada sobre delirios,  
sobre vértigos,  
sobre éxtasis!  
Nunca llegó a esta voluntad del canto  
ninguna otra voz de la Tierra.  
Cada ola de hombres  
crea otra vez la juventud del astro.  
Todos los que nacen  
están en el principio de las cosas.  
La niñez mana sin fin del pensamiento infinito.  
Arranquemos, gritando, la esperanza,  
desde el punto de partida.  
Todavía la Tierra es nueva,  
y nos invita al vuelo magnífico,  
y nos alza la frente radiante.

## XLV

Es hermosa esta aurora enloquecida de pájaros.  
Una grande aurora, entera, profunda, astral,  
extendida sobre todos los pueblos de la Tierra,  
todos puestos en apretada fila,  
codo con codo,  
sin ningún claro que interrumpa  
el glorioso ímpetu.

## XLVI

Veo, el conjunto como una selva amazónica,  
o como un bosque enorme de quebrachos,  
o como la misma Cordillera....  
¡Ah,  
sí,  
como la enorme hilera de montañas andinas,  
dramatizada de golpe,  
dándose a una marcha gigantescamente cósmica,  
desquiciada la quietud de piedra de sus milenarios,  
animándose de pronto  
en una súbita tempestad de deseos...  
¡Así contemplo la enorme fila de las razas  
en un solo frente de amor y de potencia!

## XLVII

¡Veó, hermanos!  
Veó el cuadro y me enloquezco.  
¡Me echo sobre la Tierra para besarla,  
para morderla,  
para amarla!  
La poseo en su callado y hondísimo espíritu,  
abrazándola  
en un infinito frenesí infinitamente cósmico!  
La enlazo a mis fuerzas  
y ella se enlaza a mis delirios.  
Le hundo por debajo de sus cimientos,  
de sus ciudades,  
de sus ríos,  
de sus montañas,  
la descarga sublime de mi frente.

## XLVIII

Mis ideas, mis amores, mis anhelos, mis arrebatos,  
las grandes, las impetuosas auroras de mi ser,  
los mediodías de mi canto,  
les dardean las entrañas  
en una infinita cópula de fuego.  
Y allá, adentro de su fiebre,  
en la fragua de sus destinos,  
mis deseos martillan como en un yunque enorme  
en una agotadora tempestad.  
Y el templo entero de la Tierra  
resuena como una campana celeste.

## XLIX

¡Veó....  
veo hasta la más violenta alegría!  
Saltan las chispas,  
crepitan las ascuas entrañables del astro,  
mientras modelo las formas divinas del alba soñada,  
Siento un loco, un solar desenfreno de luz y de júbilo.  
Trabajo bárbaro y cósmico,  
tarea áspera de hombre,  
entrega total de un destino demasiado grande,  
y que yo mismo he profetizado.

## L

Sí,  
astro de los destinos profundos,  
tu voz me lo ha dicho,  
mi sideral sentido lo vió por adentro de las edades  
que avanzan.  
He ido corriéndome con el corazón adivino  
por el río del tiempo.  
Sorprendí,  
asalté la realidad y la verdad,  
en cuerpo y alma las he oprimido amorosamente,  
como algo tangible,  
corpóreo,  
cierto.

## LI

¡Ah,  
qué hermoso asalto cuerpo a cuerpo  
con la eternidad!  
Allí contemplé la Tierra que viene.  
Allí la enfrenté a mi vida relampagueante de vaticinios,  
y visiones.  
Allí ví la estrella,  
la misma estrella que me ha hecho encender estas palabras,  
allí la ví en la más alta y perfecta realización.

## LII

He saltado de la aurora al mediodía.  
Ah, caigo deshecho,  
caigo de rodillas sobre el astro,  
al decirlo.  
Lo grito casi muerto por la emoción infinita  
que me traspasa la sangre  
y me incendia la frente.

## LIII

Sí,  
es cierto,  
he saltado desde la aurora al mediodía.  
Son muchos siglos los que aún no llegaron  
los que se muestran a mis ojos,  
los que cantan en mi profundo oído.

## LIV

¡No!...

No es ver con las pupilas.

Absorbo esa visión espantosamente,

sufriendo,

quemándome,

restándole años enteros a mi vida...

ah,

porque este sacrificio tendrá que aniquilarme!

Retuerzo todas mis energías,

arqueo toda la incendiada voluntad de mi ser,

me pongo entero en el golpe del martillo,

extendiendo toda mi vida en el filo de la espada,

y así, hermanos del astro,

así levanto el himno profético,

anhelando que mi propio relámpago

me hiera de una gozosa murete.

## LV

Todo yo me he convertido

en un trágico destino de ver.

Veo con todo el cuerpo, con todos los deseos,

con las arrugas de esta cara dolorosa de esperanzas,

y temblando del terror de que jamás se cumplan.

Mientras siento el zumbido de las alas proféticas,

mientras me penetran las palabras del canto delirado

de todo el Universo,

mientras la voz cósmica

me enlvidece la mueca terrible

que hace estallar el último aullido

de la alegría trágica,

yo veo como nunca nadie pudo ver.

Porque nunca fué ver sobre la Tierra una cosa tan íntegra,

porque nunca los ojos radiantes y agudos

gozaron el espasmo lúcido,

el acto de visión en que todo yo me he convertido.

## LVI

¡Dolor de la adivinación y la videncia!

Capacidad para ver del hombre nuevo

como no fué posible en otro alguno.

Ver en totalidades cósmicas,

en universales sondeos.

Sin dividir,  
sin separar,  
absorbiendo vivamente,  
captando la creación entera,  
en acción, en fuerza, en organismo,  
en sinfónicas totalidades,  
todo a la vez,  
devorando mágicamente el contenido de la eternidad.

## LVII

Allí,  
en la fila de la eternidad,  
están colocados los siglos, los seres, las cosas,  
los latidos de la presencia,  
el pulso de los actos.  
Me detengo en un siglo que se acerca.  
No otro que vibre más luz en la fila de la eternidad.  
Es todo de fuego,  
arde en su arteria de simientes,  
la luz infinita embriaga su vuelo.

## LVIII

Todo cuanto deseo ahora  
está incubándose en la matriz de ese siglo.  
Creaciones, ciudades, potencias de espiritualidad,  
riegos de amor;  
trágica sensación de grandeza;  
estatura divina de las almas;  
deseos, logros, desbordamientos de sublimidad;  
conjuntos compenetradamente animados  
de vidas altísimas;  
deliciosas y claras superaciones de todos los límites;  
ímpetus y rutas insospechados del Ser;  
generosidades y abrazos irreprochablemente bellos;  
razas heroicas  
en alturas nunca logradas para el ideal  
y para la luz;  
irrefrenable alegría de llevar ese ideal y ese fulgor  
por toda la Tierra,  
para todos los hombres, unidos y diversos,  
sin más batallas que las supremas victorias del cosmos,  
para que en la especie se realice la totalidad  
del Universo!

¡Ah,  
cuán divina realización  
de todo lo que está ahora más allá de los hombres!  
¡Ah,  
qué aprendizaje para las almas que no morirán jamás!  
¡Ah,  
que la gran voz,  
que la suprema voz,  
que la más honda revelación de la música,  
sean para narrar la firmación humana,  
sean para decir el canto de salvación y de triunfo,  
sean para liberar al héroe de esta sublime estrella!

Montevideo, año 1933.

CARLOS SABAT ERCASTY

---

## TEMAS DEL FOLKLORE

### SABIDURIA POPULAR

Hay un saber del pueblo —especialmente del pueblo campesino —que dimana de la experiencia milenaria, experiencia que representa una sabiduría aprendida en el libro del tiempo cuyas hojas son los días vividos por el hombre. Esta sabiduría muchas veces es sólo superstición y está reñida con la ciencia; pero muchas veces también obra de acuerdo con ella, sin dejar de ser superstición. Este que llamaremos libro de la vida nos dice, por boca del hombre del campo, cosas así: la luna ejerce su influencia en el estado de la atmósfera, y el tiempo bueno o malo —como vulgarmente se le llama— que coincida con la luna nueva, es el que regirá en cada faz de su evolución; pero si la coincidencia se repite en el quinto y octavo días, a partir de ese momento el tiempo reinante seguirá presentando las mismas características hasta el fin del período lunar; pues, como reza la conseja popular:

«Si como *pinta, quinta,*  
y como quinta, *octava:*  
como comienza acaba.»

Alguna vez me he puesto a observar si esto se realiza, y varias veces he comprobado que sí, como otras ha sucedido que nó, cortándose en última instancia con algún aguacero o con algunos días de sol, la hebra de buen o mal tiempo que de acuerdo con la conseja se venía dando. Pero alguna verdad debe haber en el episodio lunar para haber entrado a la leyenda y a la poesía popular. Esta leyenda poesía o sabiduría del pueblo es indudable que se complace en jugar con la luna. Si no, veamos otra creencia tan graciosa y poética como la ante dicha, y como todas las que a la luna se refieren: Cuando la luna nueva aparece con los cuernos algo inclinados hacia abajo, dicen que habrá tiempo lluvioso; y tiempo seco cuando los muestre lijeraamente hacia arriba, pues el balde de agua que simboliza la lluvia se derramará en el primer caso, quedando *enganchado* en uno de dichos cuernos, en el caso segundo.

Como puede apreciarse, esta superstición encierra una inocencia y una poesía maravillosas. Recordamos aquí, ya que a estas cosas de la luna le estamos viendo la poesía, que tales creencias populares



tienen antecedentes tan prestigiosos como milenarios, pues Virgilio, en un pasaje de sus «Geórgicas» dice, refiriéndose a nuestro astro:

«Y si (augurio infalible) al cuarto día  
Nace brillante y con agudas puntas,  
El mes que seguirá noche tan clara  
No turbarán las lluvias ni los vientos»...

La influencia lunar en las siembras también es muy conocida y valorada por la sabiduría popular. Los labradores siembran cuando la luna está en menguante; episodio al que ellos llaman *sembrar con luna vieja*. Es de suponer que lo hagan así para que la semilla, al germinar, coincida con la luna nueva, y la planta brote con más vigor por la influencia del cuarto creciente. Esto —por lógica que encierra, no es de extrañar que el campesino lo tome como verdad. En cambio, no tiene lógica la creencia de que *no se debe enfrenar* (colocarle el freno por primera vez) al potro que se está domando, durante la luna nueva, porque de lo contrario, el animal *saldrá baboso*.

A las criaturas recién nacidas, no debe dejárselas expuestas a la luz de la luna porque esta *les toma el alma*. Esto, aunque más no fuera por la belleza de la expresión y por lo impresionante del episodio, es de interés consignarlo. Ahora, respecto a la influencia que pueda ejercer la luz lunar dando en pleno sobre un niño dormido, prefiero confesar mi ignorancia pero respeto la creencia, máxime cuando me consta que algunas personas perfectamente civilizadas —mujeres especialmente— no permiten que la luna les ilumine la cama mientras duermen, por producirles ello una sensación extraña.

Créese igualmente que la luna *abomba* la carne que se deja colgada al sereno, lo mismo que el pescado y ciertas verduras si se dejan expuestas a su luz.

Dejo sin comentario la influencia del mentado satélite de nuestro planeta respecto a las mareas, por corresponder ello a la ciencia civilizada —si se me permite la expresión— al igual que la ejercida sobre la mujer, en ciertos momentos de su vida.

Antes de concluir esta enumeración ligera respecto a las *cosas de la luna*, anotemos que el Sol, con ser tanto más importante que ella, no tiene en su haber tantas leyendas. La fantasía se mueve mejor en la mentira de la noche que en la verdad del día; y los brujos y hechiceros son consonantes de la luna y disonancias del Sol, en el atrayente poema del misterio y la agüería.

Asociemos ahora al perro con la luna. En la noche de plenilunio, a altas horas, mientras jadea el silencio como una caracola recojida en la playa, los perros ladran a la luna durante horas. A veces el ladrido es triste como un llanto. Aullan los perros a la luna y no se sabe por qué. ¿Llegará hasta ellos su misterio?

Otras veces los perros aullan aunque no luzca el astro. Esto ya es otro asunto. La creencia popular dice que cuando el perro aulla anuncia muerte. Esto tiene algo de verdad. Más de una vez he notado —tanto en pleno campo como en los barrios apartados, que allí donde *se vela* a un moribundo, o sencillamente a un muerto, los perros de la casa aullan de un modo plañidero e impresionante. Dicen que para hacerlos callar hay que colocar los pies en cruz. Aquí entramos ya en el terreno de la superstición pura. Pero lo cierto es que si en vez de un velorio se trata de una fiesta, los perros podrán ladrar a los que llegan, *pero no aullan*. Y tal diferencia en la actitud de dichos animales es digna de notar; pues para los perros —que es de suponer perciban los dos acontecimientos con la vista, el oído y el olfato— tendrían que ser parecidos ambos episodios representados por la aglomeración de personas, con su correspondiente conversación hasta la madrugada. Y bien sabemos que en los velorios antiguos a que nos referimos, hasta «se armaba timba». Así, la diferencia objetiva y superficial entre un velorio y una fiesta dimanaba de que en la velación faltaba música y sobraba un muerto, cosa muy perceptible para los humanos pero no para los perros, y sin embargo ellos lo perciben.

Por eso, en el campo cuando se asiste a un enfermo grave en tal rancho o estancia, y aulla la perrada, los vecinos se preparan para asistir al velorio, porque consideran que el aullido de los perros es señal de que estos ya *han visto la muerte*.

Muchas de estas experiencias, el campesino nuestro de raza blanca las heredó de la conquista, y por ello coinciden con prácticas europeas de muy antigua data, como aquella de hacer *descansar* el campo sembrando, de tiempo en tiempo, semillas de índole distinta a las acostumbradas, lo mismo que la tan conocida costumbre de *quemar el campo*, prendiéndole fuego a los pastos, para que la ceniza los abone. Ambas enseñanzas las trae Virgilio en otro pasaje de las «Geórgicas» cuando dice:

«Así el mudar de mies descansa el suelo»

y en seguida esto:

«Bueno es también que abrace un campo estéril  
Paja liviana en chispeante hoguera».

Otras experiencias las heredó del indio, como aquella de poner un oído sobre la tierra, tapándose el otro, para saber si a lo lejos, más allá de lo que alcanzaba con la vista, había movimiento de enemigos representados por la percusión del caso de los caballos o de los vacunos que venían arreando.

Por ser ajeno a todas estas pequeñas experiencias, un hombre de

la ciudad no habituado a la vida del campo, cuando se encuentra en su medio agreste se siente disminuído ante cualquier peón analfabeto o cualquier campesino modesto, dejando en sus manos la iniciativa que en la ciudad está habituado a ejercer por sí mismo. Así nota con asombro que al recojerse y dar las buenas noches, el campesino le dice: «mañana vamos a tener cerrazón, o lluvia, o viento, o tiempo bueno; y si no al pie de la letra, de un modo aproximado esos anuncios se van cumpliendo. Al otro día el visitante sale a pasear a caballo, y el peoncito que lo acompaña le advierte: no galopee Don— que en este campo hay *tucutucos*. ¿Y como lo sabés? Yo no los veo. Yo tampoco, pero los siento *tucutuquear* —le contesta el muchacho. Entonces se detienen. El hombre de *adentro* quiere *oirlos*, pero no puede. Su oído percibe todos los ruidos a un tiempo, sin poder realizar ese divisionismo de que es capaz el oído experimentado del peoncito que lo mira y atiende sonriente, con una sonrisa que sin dejar de ser respetuosa encierra cierta superioridad, como diciendo: ¡usted que es tan poderoso entre los autos y el asfalto, qué cosa pequeña es pico a pico con la naturaleza!

Al día siguiente salen de nuevo. Se internan campo adentro. Hace calor; el señor está cansado, quiere dormir la siesta bajo el único ombú que se ve a la redonda. Llegan a él. Desensillan. Tienden *la cama* a la sombra. El señor, que ya está aburrido de ser enseñado y aconsejado, ata el caballo con un largo maneador en el enorme tronco, mientras el peoncito sonríe. El lo ha atado en algo sobre el propio suelo, en algo que no se ve.

Al rato el señor nota que su caballo no lo deja dormir, pues la ronda del maneador lo roza y lo despierta a medida que el caballo come caminando en busca del pasto más verde. Ambos hombres se miran. La mirada del señor de la ciudad es —ahora— de modestia.

Entonces el peoncito se levanta y a treinta o cuarenta metros se inclina, practica en la tierra un hoyito a punta de cuchillo. Desata al caballo del ombú, hace varios nudos en la punta del maneador, lo entierra y apisona. Ha hecho *una estaca pampa*, tal como lo practicaban los indios.

A la noche, durante la cena, el pueblera, asombrado de la pericia del joven, comenta el episodio. El dueño de la casa, mira al muchacho, interrogante, como diciendo que no era para tanto emplear un recurso así. Y el peoncito responde: sí —patrón— podía haberme remediao de otra manera, *pero lo hice de lujo nomás*; pa que el señor viera que los campusos también tenemos nuestras artes.

Todos conocemos las extraordinarias páginas de Sarmiento tituladas «El rastreador» y «El baqueano». Sobre la experiencia de esos hombres paso de largo, ya que son tipos especializados de la

sabiduría popular, pero recuerdo que hablando del gaucho en general dice Hernández:

«Las estrellas son la guía  
que el gaucho tiene en la Pampa»

En este punto, y ya que menté a Hernández, viene al pelo recordar los consejos del viejo Vizcacha son todos ellos una muestra acabada de sabiduría popular, los cuales no transcribo por ser tan conocidos del hombre habitante de las tierras platinas.

Anotaré por último, una serie de pequeños *saberes* de las gentes que viven al contacto con la naturaleza, y que son frutos de la experiencia propia más que de esa otra heredada a que me he referido. Por ejemplo: saber la dirección del viento, en un sitio donde no hay árboles ni humo —indicadores estos demasiado fáciles— por el vuelo de las aves; o por la campanita de la iglesia del cercano pueblo.

Notar que se acerca gente a las casas por el modo de mirar y parar las orejas el caballo que estamos viendo atado al palenque. Saber, mientras se duerme en noche de verano a ventanas abiertas, ayudado por el arroró de los grillos, si anda cerca alguna persona o animal, por el modo que aquellos *cortan* su canto para continuarlo, o no, en seguida.

Y bien. Todos estos saberes y muchos más que dejo en el tintero, conforman la sabiduría popular; saberes que a veces son bellas y poéticas mentiras en las que se cree de modo tan formal que cobran visos de realidad. Porque el pueblo —como ya se ha dicho— es un poeta múltiple, un niño grande creador de fantásticos embustes, y obra al igual de esas criaturas cuya pobreza les estimula la imaginación para crearse por sí mismo sus juguetes.

FERNAN SILVA VALDES

## EL HOMOCOSMOS

### VOLUNTAD Y SUPERHISTORIA

*Influencia de nuestra voluntad para la conquista de una nueva dimensión de la historia.*

«Existen ciertos seres cuya función es cabalmente ver, y hacernos ver, lo que no percibimos naturalmente: esos seres son los artistas.» — *Bergson.*

«Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva». — *Apocalipsis XXI-1.*

### ALGO MAS QUE UNA TEORIA

Vamos a sostener en estas disgresiones en que ejercitamos el anhelo de justificación de la existencia, el principio intrépido, constructivo, optimista y lógico de que tanto la suerte de cada hombre como el destino del género humano, dependen día a día con más rigor de nuestra voluntad individual y colectiva; y, especialmente, que en el ápice del estado de superación a que esa voluntad inteligente nos conduce, ha de iniciarse una nueva dirección de la historia, la más trascendental y feliz como ninguna: la era del *Homocosmos*, nombre que damos a la proyección del mundo fuera de sí, de los problemas egoístas que lo aprisionan y torturan, para lanzarse como un ser vivo e integral de hombre y planeta, a la gran aventura de la conquista del universo.

Procuramos exponer algo más que una teoría, y sí una norma de conducta, una mística si se quiere, para el salto a dar desde una realidad dramática hacia una posibilidad realmente maravillosa.

*Viveri est philosophari.* No temamos que nuestra forzosa propensión a inquirir nos conduzca a extremos demasiado ambiciosos, siempre que podamos encontrar allí una esperanza, cuando no una certidumbre que justifique y embellezca la vida.

Por otra parte, y fuera de unos pocos asertos incuestionables, como los de orden axiomático, nadie puede satisfacernos con su propia interpretación de la verdad. Es menester que cada uno de nosotros hagamos la profunda y sincera recreación de lo creado, del yo al todo, como si el universo tuviese que salir entero de nuestra íntima conformidad. Ni siquiera la asombrosa erudición de la historia de la filosofía nos haga perder la ligereza y aun la temeridad que se requieren para volar al más libre espacio conjetural de la filosofía de la historia.

El hombre, protagonista esencial de la historia, fué hasta hoy un prisionero de la tierra, aun desde el punto de vista de los conflictos que su dominio y explotación nos provocan. Pero está a punto de comenzar su etapa celeste, de evasión física y espiritual hacia el cosmos.

Las especulaciones de este buceo apasionante ya están concitando, con los científicos, a los filósofos, apóstoles y artistas, porque si toca especialmente a aquéllos la misión de precisar e instruir sobre la verificable ejecución del magno sueño, corresponde a éstos adelantarse con sus promesas y profecías a las exploraciones consecuentes del cálculo y la técnica.

Varias disciplinas de la mente: la sociología, la geobiología, la física, en sus coordinaciones fundamentales, probarán, están probando, que el hombre tiene motivos suficientes para ejercitarse en pensar, sentir y obrar como si el género humano pudiese ascender al punto de constituir una unidad efectiva, aunque no independiente de nuestro planeta, comportándose como el órgano pensante de un inmenso cuerpo vivo, siendo esta última convicción uno de los aspectos más justos e interesantes del problema que nos proponemos desarrollar.

En efecto: no es lógico que clasifiquemos a la esfera terrestre como una más entre los millones y billones de cuerpos sin vida o aún por nacer que ruedan en el espacio, desde que se trata de un mundo que alienta con las cualidades de un ser orgánico, digno de consideraciones más cuidadosas por quienes ocupan en él nada menos que la función psíquica y consciente.

Creemos que es obligación de la mayor urgencia evaluar con criterio científico más profundo, la indivisible armonía vital de la persona sidérea que integramos, en esta hora capitalísima en que nos sabemos poseedores de cuantos secretos y mecanismos permitirán, a breve plazo, que este ser llamado Tierra logre evadirse de su órbita egocéntrica, en sus dimensiones de espíritu y sustancia, para ir en busca de un mundo hermano, que si la intuición presiente, el alma ansía, para iniciar, en la sociedad cósmica de los mundos vivos, otro período histórico maravillosamente promisor.

#### COLMENA Y HUMANIDAD

Somos los hijos de la tierra y el sol, pero debemos serlo de la naturaleza total y del sol de soles, en cuanto nos organicemos de modo que nuestra dicha sea el estado de euforia con que recompensa la creación el cumplimiento de sus leyes.

Dos expresiones de la vida, de seguro las más notables, son colmena y humanidad, la una como hecho; la otra, desventuradamente, como aspiración insatisfecha.

La sociedad que forma la primera es prodigio de unión, aunque no de libertad, por lo que se ve impelida a girar en un ciclo eterno alrededor de un centro invariable, objetivado en la reina. El género humano, en cambio, es libre pero no unido, de suerte que gira en desorden constante, aunque en una línea de ascensión espiritual lenta y dolorosa. El ideal colectivo no puede ser otro que la unidad en el orden y la libertad, avanzando en un ritmo de superación incesante.

Serio error es considerar al hombre limitado a las proyecciones de su propio cuerpo, como casi ocurre con las especies animales. Todas las potencias desplegadas del traje que lo protege, las armas que esgrime, los mecanismos que maneja, los vehículos que lo transportan, las herramientas que emplea, los instrumentos de que se vale, forman parte de él en cada momento; se unen a sus sentidos, a sus impulsos, a sus anhelos, a sus intuiciones; a su cuerpo y a su alma. Integrando con un equipo de compañeros especialistas en radio, radar, mecánica, electricidad, aeronavegación; sumando aparatos incontables en número y portentosos en calidad; unido el conjunto a la voluntad del jefe, atraviesa éste, como un bolido certero y vivo, la estratósfera en dirección a la luna. Es, en esencia, *un solo hombre*, desde que física y psíquicamente se comporta como tal. Pero no es menos cierto que es también una porción viva de *hombre y planeta* a un tiempo: la multitud de inventores, ingenieros, especialistas, artesanos, modelistas, pilotos; y la variedad de los materiales de sus trabajos; y su conjunción en minas, laboratorios, talleres, usinas y escuelas; concitados todos en una coordinada y enorme función vital de sociedad humana y naturaleza.

Siendo de tal modo la humanidad, espíritu y materia, debe existir armonía entre esas dos expresiones para que la ascensión sea uniforme y efectiva. Empero, mientras que en oriente primó en sus rectores una tendencia hacia lo abstracto en desmedro de lo otro, en occidente reina la técnica y la economía con olvido o supeditación de lo espiritual. He aquí una primera causa de confusión y desequilibrio, que se suma a las rivalidades, egoísmos y desinteligencias.

Lo más dramático del desconcierto mundial es que éste arree en el preciso momento en que los poderes que nos da la energía psicofísica de hombre y tierra, alcanzan a un ápice tal que se nos fuerza a optar entre sublimarnos o desaparecer, ganar nuestra liberación decisiva o destruirnos en el caos. He aquí el pórtico de la era histórica ante la que se abre la perspectiva esperanzada de nuestras meditaciones. Porque no obstante la tensión del alma, la magnitud universal y catastrófica de los conflictos que nos amenazan puede ser el argumento más potente que otro alguno de la éti-

ca y la historia para obligarnos a resolver en sentido favorable la trágica disyuntiva de este momento sobrenatural: el fin del mundo o el advenimiento del Homocosmos.

Ya desarrollaremos la concepción de futuro que encierra este vocablo; y también procuraremos justificar su derecho a existir como individuo. Sólo cabe decir, ahora, que se trata de un ideal que puede cumplirse si al perfecto ajuste de los artificios suficientes de consentirnos proyectar nuestras superenergías en exploraciones y conquistas estelares, corresponde la conformación de la humanidad como viscera unitaria, tanto para que se conjuguen y concuerden sus facultades en una resultante de inaudita eficacia, cuanto que permita el súbito brotar de un *espíritu del género humano*, de igual suerte que se manifiesta el genio que rige la colmena, y cuya lucidez y pujanza insospechables propiciarán aquellas empresas científicamente admisibles. El espacio sideral es, así, la página en que se escribirá, si lo queremos todos y con vehemencia profunda, la historia de nuestro futuro. Henos, así, ante la magna entelequia.

#### HISTORIA Y ANTIHISTORIA

Mas, para que la suma del hombre llegue a comportarse como el órgano mental del Homocosmos, necesitamos reconocer que avanzaremos hacia *la tierra prometida*, que es *el cielo*, en su doble acepción física y metafísica, si sabemos obedecer las leyes que rigen por igual a ambos espacios, aparentemente distintos.

Alguien dijo que la civilización, como nosotros la padecemos, «es una enfermedad mortal». Se admite la diferencia entre civilización y cultura, entre lo mortal y lo vital. Y nuestra conciencia es el piloto que puede y debe determinarse ante las rutas que conducen al bien o al mal, a la dicha o al sufrimiento. En tal sentido fueron seres poderosamente históricos Jesús, Confucio, Gandhi, desde que favorecieron la comprensión colectiva de inclinarse hacia el sentido positivo de la historia. Entre los millares de conductores que abundan, son ellos los preceptores que faltan. Fundaron su poder en la ley suprema de la verdad trascendente. Hoy se insiste en convencernos que el hombre no es un ser religioso. Pero como específicamente lo es, alienta en el conflicto entre su hambre de *más allá* y su alimento mezquino de instintos y pasiones.

Es forzoso obedecer a nuestra vocación de lo sagrado. Cuando se apaga la voz de los fenómenos, el alma comienza a percibir el llamado de los númenos y en seguida las señas del trasmundo. La antropología y la sociología saben perfectamente que el hombre es tan religioso como social, y que ambas son expresiones de una misma sed de amor; pero más que eso, de la nostalgia insaciable de la fuente de todo sentimiento. Muchos sofistas han pretendido dar ex-

plicaciones *pro domo sua* a esta incontrastable inclinación hacia las cosas divinas. Sólo la verdad conforma al espíritu. Si la fe en Dios da la certidumbre o por lo menos la esperanza que ansían nuestras preguntas, es porque satisface una avidez natural, ocupa y llena un vacío que no logra calmar ninguna otra evidencia. Es absurdo el conflicto que ha creído ver nuestro conocimiento superficial, cuando no muestra ignorancia petulante, entre religión y ciencia, entre Creador y creatura. Así han retenido, con diques artificiales, el provecho natural que otorga a la existencia la energía de lo sagrado. Porque hoy, luego de tantas comprobaciones, no le es permitido dudar al mismo científico escéptico, que la fuerza religiosa es una de las más evidentes y extraordinarias multiplicadoras de los impulsos del alma, con poder no menos patente sobre los órganos del cuerpo. Inteligencia e intuición, conocimiento y fe son como alas que batan al unísono para el vuelo del hombre. Una obra sobre la razón y otra, sobre el sentimiento. Lo natural y lo sobrenatural concuerdan en lo íntimo de nuestro ser y en la esencia de lo divino.

Desde que la fe ha probado ser una palanca insuperable de la voluntad creadora, quienes afirmamos su influencia en la vida ¿cómo podemos admitir que se desestime el empleo de tan enorme fuente de energía en el proceso de la nueva historia?

*Querer es poder* mientras el brazo de potencia de la volición se afirme en el punto de apoyo de las leyes universales. Es menester que reconozcamos, respetemos y sepamos utilizar los magnos principios que rigen la vida, la naturaleza, la creación. No cometamos el sacrilegio de insinuar la más leve oposición a la voluntad suprema, porque sus naturales reacciones serán nuestro castigo. Dios y orden son antecedente y consecuente de una verdad absoluta. Comprendiéndolo así, aprovechándonos de esas patentes realidades sobre toda ficción, seremos los forjadores de nuestro destino. Ved el dilema: obediencia o caos; historia o antihistoria.

#### EL SENTIDO DE LA VIDA HUMANA

Vivir es ser a un tiempo espectador y protagonista, bajo una forma material orgánica en el escenario del universo. Ese ser es el yo.

La conciencia es un atributo de la vida, como el movimiento, el cambio, la perpetuación. Vida y espíritu concluyen en una misma realidad. El espíritu es energía consciente y creadora. Espíritu y materia son sujeto y objeto, y su manifestación coordinada es la vida, en el grado de una voluntad. Existe una aptitud y una determinación del *ser* hacia el *hacer*. Actúa en el universo un espíritu *creador*, al tiempo que otro, juzgado como negativo, o energía del caos, sin cuya oposición constante a la voluntad heroica del primero, no comprenderíamos el drama de la existencia y aún la epope-

ya del cosmos. La historia se nos aparece como el proceso por el cual el espíritu cosmogónico rector cumple sin pausa la idea de perfeccionar lo creado.

La historiosofía es el análisis de ese proceso por el espíritu del hombre en sus relaciones con el universal y los que son actores de la naturaleza. Ella conduce a la reflexión de que la totalidad de lo existente vibra en una constante épica, en la que el espíritu creador batalla para imponer el orden en el caos. El universo es como la palestra de las acciones y reacciones de las fuerzas lógicas y creadoras contra las absurdas y destructivas, que podemos llamar satánicas. Así, a cualquier forma de existencia lograda por el aliento positivo, *algo*, tal a una energía de negación, desde la galaxia al átomo, en las expresiones más sutiles como en las más concretas, tiende a romper el molde, la emoción, el concepto, cuanto renueva con empecinamiento sublime la energía de los valores, la que aun consigue excederse en un impulso tremendo de voluntad y superación.

Se dijera que el *élan vital* bergsoniano irrumpe triunfalmente en el primer tercio de cada existencia y, satisfechas las leyes de conservación y propagación de la vida, que analiza Carrel, sólo ofrece en el segundo tercio una acción igual a la reacción contraria, para declinar por fin hasta la muerte. Pero en todo ese proceso, especialmente en el último para el hombre, el signo de la verdadera victoria es el perfeccionamiento de lo espiritual, cerrando de ese modo la cónica de la vida con la satisfacción de los principios esenciales; quedando como único trofeo del genio aniquilador la envoltura transitoria de la que ha fugado la libélula.

Esa lucha es la del todo y palpita en cada cosa, evitando con su agitación febril el estancamiento de la vida. Es un bregar inconciliable entre la armonía y la confusión, que trae como consecuencia el desequilibrio; entre el bien y el mal, que engendra el conflicto; por último y siempre, entre Dios y el demonio, según observemos los fragores desde el punto de vista de la ciencia, la filosofía o la religión.

El triunfo del espíritu creador sobre la tendencia al caos es lento pero seguro. Nosotros, por la suma de los poderes que esgrimimos, estamos en condiciones de colaborar al cumplimiento de esa idea de perfectibilidad, o a contradecirla. Ved la trascendencia de la volición del ser libre. Y si ayuda el esfuerzo de uno, apenas, de nosotros, imaginemos que la humanidad puede y debe ofrecer resultantes enormes avanzando en la dirección del propósito divino. Para comprender el valor de esa energía no midamos al hombre por su tamaño corporal en relación con el orbe, desde que, si del átomo surge una energía material pasmosa, del espíritu de un sólo hombre emana otra, de un orden superior e indudablemente formidable.

Así se comprende este hacer y deshacer que es la historicidad. Una vez más la historia es la historia de la guerra. Como soldados dilectos gozamos la gloria de ser partícipes de la epopeya de Dios, como él interviene en la que nos afana. Dios llora con nuestras lágrimas, sangra por nuestras heridas, muere con nosotros; pero también se gloria de nuestras victorias, resucita en nuestros hijos, se fortalece en el resultado de nuestras obras buenas, de nuestros pensamientos mejores. Y lo admirable es que llegamos a tener conciencia segura de que nuestra causa y la de Dios son una, que supervivimos y triunfamos en la felicidad de quienes nos perpetúan y, todavía, que en el objeto sublime de ese batallar, adquieren su máxima y bellísima significación esas tremendas palabras que nos mantienen angustiados y perplejos: la vida, el sufrimiento y la muerte.

#### DE LO NATURAL A LO SOBRENATURAL

*Mens agitat molem.* La mente rige al cuerpo y a la vez transita lejos de él. Mientras el astrónomo tiene los pies en el suelo, su espíritu se pasea por las nebulosas, a millones de años luz. El pensamiento siempre se anticipa a nuestras empresas integrales. Se nos prometió no sólo el señorío de la tierra, sino la peana del cielo. Meditad en el salmo de David: «Señor ¿qué es el hombre? Poco menos lo hiciste que los ángeles y todas las cosas sujetaste bajo sus pies».

En un momento portentoso, sobre el filo del tercer milenio, cuando se dijera que esta civilización va a extinguirse en inminente catástrofe, está naciendo otro tipo de cultura que, sin haberse soltado aún del andador de la atmósfera, juega en aventurarse por el espacio sidéreo donde no demorará en adelantar los primeros pasos promisorios de otros más firmes y quizá definitivos.

No hay duda que la multitud de pilotos, observadores, mecánicos del aire, paracaidistas y viajeros apasionados del azul, en progresión creciente de número y audacia, están preparando una sociedad de intrépidos argonautas del éter que modelarán, de acuerdo a seguros mandamientos biológicos, generación sobre generación, una arquitectura psicofisiológica del hombre adecuada a las nuevas vehemencias de su espíritu.

Reconocemos que desde el punto de vista que nos ocupa, el Homocosmos es apenas un niño que recién se incorpora para procurarse los imprecisos medios de relación para una extraña vida superespacial. Va a extender, de sus pañales de atmósfera, una pequeña mano a la vez física y pensante para tantear allí y más allá, hasta hacer reales sus ensueños, acrecentar sus experiencias en el ámbito que le fué prometido y que codician sus ojos. Rápidamente este tipo humano va en camino de ser la humanidad voladora, atraí-

da hacia el espacio celeste, sin posibilidad de límite y conflicto. La técnica propicia la unificación social. La radio, la televisión, la prensa, el libro, los grandes emporios científicos enlazan de continuo a las masas y aún las conforman sobre determinados modelos intelectuales y anímicos. Además, si siempre fueron unos pocos los que impulsaron el progreso, la técnica impide la antigua dispersión de las ideas originales, contribuye a divulgar el esfuerzo de los semidiosos y mantiene a éstos enlazados, dondequiera se hallen, como si trabajasen juntos, en equipos sin espacio ni tiempo. De tal modo el cerebro de la humanidad va a expresarse cada vez mejor por el pensamiento de sus células geniales.

Sin embargo esta unificación intelectual será incompleta y quizá contraproducente, desde que no alcance al sentimiento. No basta con que nos pongamos de acuerdo en las empresas de los científicos; es menester sobre todo que establezcamos nuestra íntima comunión en las doctrinas de los apóstoles del bien. El mundo antiguo fué cruel pero caballeresco; el moderno es ruín y todavía grosero. Hasta las formas de la vida y el arte han perdido su sentido de la proporción y la delicadeza. De este modo el adolescente, alado de cuerpo y áptero de espíritu, que comenzará el escalamiento de las esferas, va a ser no un ángel bueno, sino un monstruo de los abismos. Pero el gran milagro que nuestra vocación de lo divino aguarda, es el advenimiento del hombre total y definitivamente liberado por un Prometeo que nos dará también el fuego de las almas.

Hemos dicho *milagro*. Lo sobrenatural está siempre pronto a manifestarse donde palpita una vida inflamada de su foco, en la desgraciadamente reducida estirpe de los seres espirituales. Nada ni nadie puede dar lo que no tiene. Así, lo material apenas emite energía de su especie, útil o destructora, según el aliento que la rige. Sólo el espíritu da rectoría a la sustancia paciente e influye en las almas al punto de sobrepujar las fuerzas que gravitan en las cosas, siendo nuestro error juzgar que, por ello, contrarían ley alguna, cuando por el contrario, la cumplen.

En la nueva etapa de la historia, el milagro, cuando se verifique, entrará en nuestras valoraciones con el mismo sentido filosófico y político de lo que hoy aquilatamos como un hecho histórico. Tal cual dijo Baileau «a veces puede la verdad no ser verosímil». Eso es todo. Primero el hombre obedeció al instinto como lo único seguro. Después creímos en los postulados y fenómenos inteligibles, en el entendimiento científico, en el mundo de la razón. Pero hemos avanzado, y nadie discute con fundamento la certeza de la intuición, las revelaciones que nos llegan por los ojos y los oídos de la mística y el arte. ¿Quién se atreve a afirmar que está agotada la sirte de nuestra función de comprender, hasta ubicar los suce-

sos sobrenaturales en las escalas ascendentes de los acontecimientos naturales?

Vednos aquí a los hombres. Estamos a punto de evadirnos de la tierra en aparatos que enlazan miles de inventos que ayer apenas se juzgaron como propósitos imposibles de cumplir. ¿Acaso pretenden sus ingenieros burlar ley alguna de las que rigen el orbe? Imposible. Las leyes son universales; y no se mueve una brizna en el infinito sin que incida sobre ella la voluntad de Dios. Simplemente nos levantamos de una fuerza, la de atracción de nuestro mundo, por ejemplo, con otra de orden superior: la energía del átomo. Las fuerzas en el espacio se suman algebraicamente. Comprended así la naturalidad del milagro que va a cumplirse con todas sus posibilidades gigantescas, en cuanto coordinemos mente y corazón, aptitud y conducta. Cuando el arquetipo de Jesús, sabiduría y amor unidos, deje de ser una imagen para volverse la realidad lograda en el horizonte de nuestros pasos seguros, el Homocosmos será un hecho.

Ningún otro símbolo puede alcanzar a Jesús en el camino de nuestra perfección. Es a la vez el hijo de Dios y del hombre. Ser hijo del hombre significa serlo de la humanidad, conjunción de lo divino y lo humano. Hoy ha palidecido esa figura sublime y no podemos sentir con la intensidad de antaño sus llamadas al cumplimiento de la ley del amor, sin la cual se provoca la desarmonía del espíritu, millones de veces más grave que la desintegración de la materia. Lástima que cuando se escuchó esa voz no se habían obtenido estos medios de alcanzar las alturas que señalaba su índice, no sólo con las almas, sino además con los cuerpos. Pero está por llegar esa hora.

Todos los grandes conductores de pueblos hicieron, por la unidad y virtud de sus integrantes en un momento cenital de sus destinos, un adarme apenas de lo que podrá ser la humanidad integrada, avanzando unida y obediente. En tales aproximaciones al ideal de Jesucristo, desde Confucio y Sócrates al Gandhi, la mirada del corazón se deslumbra ante la teoría viajera de muchas figuras históricas de la más viva sugestión, que provocaron y a veces consiguieron, hermanar a las sociedades con el influjo de una voluntad al tiempo dulce como la miel de lo humilde e indoblegable como el relámpago que desgarrar las tinieblas. ¿Y quién duda que hicieron milagros?

#### AMOR ES VERDAD

Sólo hay *familia* cuando se unen seres profundamente morales. Es el amor el que levanta la casa en medio de la tierra que fecundará el sacrificio. El amor es el alimento esencial del alma de los vástagos. La familia bien constituida es la síntesis de la sociedad

ideal, en la que cada uno concentra las cualidades de todos y donde la felicidad no radica en lo mío, sino en lo nuestro, y todavía en la suerte de lo ajeno. En ella los integrantes ajustan la conducta al honor de la comunidad. Proclamar su nombre es dar fe de aquella salud de cuerpo y alma que singulariza el linaje de los fuertes. La familia recién ha creado su propio nombre cuando los prójimos consideran que son hechos naturales de ella los rasgos de valor, de honradez, de aptitud, como brotes lógicos en la cepa de la buena vid. Y los días en que los abuelos de tales estirpes se sienten morir, en viéndose rodeados de los suyos, como fué costumbre desde el patriarcado, no se despiden con dolor, porque los acompaña el consuelo de que lo más vivo de sus existencias permanece victorioso en el sello de la familia inmortal.

Eso es vivir y morir.

El materialismo, los instintos, las ideas mezquinas agrandan el ego a proporciones desmesuradas, con absorción indigna de los valores universales. Pero la espiritualidad se evade de las prisiones del yo para consustanciarse con el cosmos. La primacía del egoísmo sobre el amor nos va dando de antiguo un concepto engañoso de la existencia, al punto de hacernos creer que el individuo es el objeto de la sociedad, cuando lo más importante no es la abeja sino la colmena; no es el yo, sino el nosotros. El derecho, en que se funda la convivencia de los seres, ha llegado a edificar castillos que no se sustentan sobre los mandamientos naturales de la vida. Una educación egocéntrica engaña a nuestros hijos con tal supervaloración de sus facultades sobre sus deberes, que cada uno será mañana, para su desventura, un rey destronado. Es imposible coexistir donde la parte pretenda merecer el todo. Por eso el mundo es una escuela de infelices, de constantes frustraciones entre las promesas engañosas del sensualismo y la mezquindad de los favores realmente logrados. La plenitud, la euforia de vivir, se adquieren por la integración gradual, consciente y voluntaria del ser aislado en la comunidad; la del individuo en la pareja, en los hijos, en la familia, en la corporación, en el género humano. Todos los paradigmas de la grandeza moral, que es la definitivamente valedera, del héroe al sabio, del artista al apóstol, lo son por la intensidad del sacrificio de su yo en aras del ideal y la suerte de sus semejantes.

Cuando hay amor hay verdad, e ímpetu de ofrenda; pero también y sobre todo, cohesión, fuerza, prolongamiento, futuro y aun eternidad. Estas relaciones son incuestionables. Mientras que el amor no recobre su cetro no habrá hogar sino domicilio, apartamentos de individualidades egoístas que conviven por conveniencia. La nación sufre tales extravíos. La mujer va perdiendo sus instintos más sagrados con el abandono de su puesto de vestal del fuego íntimo,

para dejar a la imposible devoción mercenaria el cuidado de los hijos y las obligaciones ahora penosas de los afanes domésticos. El hombre, a su vez, no pone en el trabajo esa alegría creadora que es el acicate de la superación y la sal de la vida. Todo gira en el círculo vicioso, estrecho, de los factores materiales: ganancia, producción, placeres. Alienta pero no vive. Sólo el mundo de amor podrá darnos la sociedad feliz en la que desaparezcan ambos extremos igualmente engañosos: la nación que lo es todo y el individuo, nadie, y la que ve en el estado el servidor y custodio de una individualidad sin sujeción. Y para que el género humano obre como la resultante de una voluntad única y perinclita proyectada hacia afuera, hacia el universo, es forzoso que hagamos de todo el mundo la colmena inmortal, cuyo chorro incesante de abejas cenitales tendrá la suprema aptitud, la que se otorga en exclusividad a las comunidades perfectas: libar en el azarero del cosmos la miel del porvenir, el mañana grandioso de la historia.

#### LAS FALACIAS DEL ESTADO

Pero ¿cómo mejorar la sociedad si no cambia la estructura espiritual, el contenido del estado?

Un primer error consiste en fundar los sistemas políticos sobre teorías y no sobre realidades. Los hombres no somos moral, fisiológica e intelectualmente iguales, colocados estos valores en su verdadera jerarquía. Un orden político y social de justicia es el que asegura la rectoría de los mejores sobre los más. Hoy sabemos que eso no ocurre. En el origen de las grandes culturas gobernó la virtud y la experiencia. Fué el período de los consejos de ancianos ejemplares del patriarcado, de las instituciones estatuidas sobre la roca del saber indubitable. Los bardos, los santos, los héroes, eran los rectores de la cosa pública. Hoy el poder se ejerce por la sagacidad de los más adaptables sobre la tolerancia de los más discretos. Ojead un periódico de la gran urbe y veréis en sus páginas el signo de nuestra civilización y la obra del estado: comercio, sensualismo, frivolidad, promesas, agitación física, técnica, engaño. El droguero y el político ofrecen la misma panacea. Los hechos ahogan o deforman los acontecimientos. Los valores sobrepujan a las categorías. Así no se hace historia. Porque historia es trascendencia, es decir: sucesos de contenido espiritual.

Se nos dirá que la subversión que apuntamos ocurrió siempre en mayor o menor grado; que ella es harto conocida y mundialmente tolerada. Es verdad, decimos a nuestra vez. Por eso se agotaron las diversas civilizaciones que obtuvieron, en el mismo cenit, la culpa y el castigo. Pero sabed que esta hora es distinta de todas las demás de los siglos. Sobre el derrumbe de una cultura no nos queda

ya la esperanza de levantar otra cultura renovadora. Hoy el mundo entero está unido técnica, material, sólidamente y su caída sería total. Y tiene el arma de destrucción absoluta. Y está suficientemente desunido en el espíritu como para que esa arma se haga detonar. ¿No habéis comprendido todavía? ¿Estáis sordos, vivís ciegos?

Antes fué aquí y allá. Al derrumbe de una ciudad corrompida, del cieno de sus cloacas brotaba el lirio de la resurrección. Del cadáver de Roma nació el Cristianismo. Pero hoy, con los vasos comunicantes de toda especie, la moral del mundo entero ha descendido de golpe, con la tolerancia o la indiferencia del estado insensible. La ocasión es solemne.

No vamos a dar soluciones, desde que nuestro inquirir no es de género político y sí filosófico. Pero una organización estatal que pretendiese representar a los pueblos, debiera fundarse en el equilibrio y la armonía entre sus dos expresiones esenciales: la actividad creadora y la virtud supervisora, la cámara del trabajo y el senado de los próceres. Se elegirían los unos entre los exponentes con mayor obra técnica y cultural efectiva; y los otros, entre las almas señeras de probidad y experiencia, consagradas por el fulgor y la energía de sus vidas ejemplares. Esto, sí, cumpliría la ley de gobierno en todas las especies: la de los más aptos.

Confesemos que hoy, sobre el estado de artificio, gobierna un infraestado de intereses unidos a pasiones, imponiendo su voluntad omnímoda y catastrófica. Está en sus miras predisponer en el sentido de sus conveniencias el ánimo de las multitudes. La monstruosa propaganda favorece el logro de sus fines inconfesables y subalternos: conquistar éstas o aquellas fuentes de riqueza, materias primas y aun territorios, sin parar mientes en la destrucción de almas y pueblos. Ellos también morirán súbitamente, aplastados bajo sus riquezas inútiles y corroídos por sus estériles doctrinas de odio.

Para que la voluntad colectiva haga verdaderamente historia, es preciso que el estado tenga delante de sí la majestad de un propósito sublime. No puede ser nunca el ideal de las naciones la sustitución de los poderes de unas por los de otras sobre la misma porción de esta tierra tan limitada; ni siquiera de un tipo de estado por otro en las sociedades igualmente corrompidas en su más honda intimidad. Si nuestra vocación de conquistadores obedece a un impulso atávico, no lo seamos a la manera de los gusanos que se aniquilan entre ellos sobre idéntica piltrafa, sino como los cóndores, que si devoran lo necesario para subsistir, viven para volar, en una patria de los cielos.

De todos modos es imposible la perduración de este orden del desorden, extraña paradoja que es el estado en nuestros días. La existencia del hombre en sociedad no puede tener por objetos pri-

mordiales la máxima retribución, la mayor comodidad, la satisfacción de los sentidos, la anestesia del pensamiento. El estado epicúreo, adulador y farsante conduce al desvío y la muerte de la hombridad. Nunca hubo más ennuos morales y seres invertidos. No basta con cifrar el progreso del individuo a la igualdad de posibilidades cuando quienes logran los mejores destinos son, en la cruda efectividad, los menos escrupulosos. La gran revolución que esperamos tiene que ser de profundo sentido espiritual, para que no sea una simple guerra civil, tan destructora como inútil. Comprended que no se trata de sustituir esta casa vieja por otra nueva utilizando los mismos ladrillos para hacer más comfortable las veladas de las mismas almas con distintos rostros, sino que ansiamos el gran impulso de alegría, la renovación del entusiasmo, un ímpetu de fe, otro raptó glorioso como los que conociera el mundo antiguo en torno al Parthenón, junto a las primeras catedrales cristianas o frente a las naves de Marco Polo, Colón y los otros grandes descubridores. Nos hace falta el soplo de un ciclón del espíritu, que nos arranque de cuajo sobre el pudridero de artificios sociales hacia las alturas de pureza y luz. Hay, en efecto, otro mundo que no es este pantano, sino de extensión y posibilidades sin límite, donde resultan mezquinas o ilógicas cuantas magnitudes damos hoy a la materia: riqueza, propiedad, consumo. Existe un valor real, que es de todos y de nadie: la energía. Y en el momento en que los nuevos Balboas nos descubren ese océano tan magno como el mismo cosmos, y sus tripulaciones intrépidas están transformando los puertos del viejo mundo en astilleros de las más audaces carabelas para surcarlo en infinitas direcciones ¿no es prudente que reconozcamos la insensatez de los motivos que nos dividen y los sistemas que nos anulan, y concluyamos por unirnos sobre los puertos de Palos que nos prometen, con evidencia irrefutable, el más grandioso de los nuevos mundos: las islas de las esferas?

#### HORA PARA LIBERTADORES

Se ha dicho que «los héroes y los mártires son los que impulsan a la humanidad en el camino misterioso en que se halla comprometida desde su origen en el abismo de las edades». Y así ocurre. Se dijera que el hombre es acicateado por un llamar que viene de lejos, como si una promesa divina estuviese por adquirir efectividad en el horizonte de la historia. ¿Hacia qué rumbo? ¿Cómo expresar ese estímulo de nuestra ascensión?

En todos los tiempos se manifestaron seres de virtud y poder excepcionales, a quienes la profunda intuición colectiva les asignó el magisterio de graves interpretaciones de esa voz trascendental, que parece venir de una zona impenetrable a los buceos de la razón.

El altruismo y la universalidad de sus pragmáticas, el efluvio patético que los nimba, hace que surjan en un relieve nítido, hasta violento, de la caterva de farsantes del providencialismo. En proporción al desarrollo de nuestra exquisitez, intuimos al paradigma, antepuesto y elevado como la proyección de los supremos ideales. Ellos nos anticipan el futuro, de ser nosotros obedientes al reclamo de la gracia que los llena. En las estatuas de Praxíteles y las pinturas de Miguel Angel está latiendo el porvenir de las artes plásticas. En los dramas de Shakespeare y en los versos de Darío palpita el mañana de la poética. En los discursos de Platón y San Agustín, como en las obras de Kant, se estremece la filosofía que advendrá. En la línea que avanza desde Aristóteles, toca en Newton y hoy en Einstein, se prolongan revelaciones escalofriantes para nuestra conquista del universo. Ellos nunca fueron límites, sino númenes incitativos. El sentimiento de devoción que expanden no debe obstar la inquietud de nuestro albedrío, la sed de novedad que persigue siempre lo distinto. Es la esperanza de la perfección absoluta, ápice de todos nuestros fines, lo que nos hace vivir desconformes de lo que ya fué, en relación a las glorias que se nos anticipan desde la eternidad y el infinito. Cada hombre, todo pueblo, necesitan adelantar una estela superior de bien y de belleza. Y cuando no basta el arquetipo humano, si no hemos llegado a amarlo, por desconocido, ni en vida ni en sueño, entonces nos creamos un símbolo que ocupa el espacio de esa tremenda necesidad anímica. Así nacieron los mitos, decorando lo humano con los atributos de lo divino. Todas estas expresiones son categorías de libertad. El alma necesita desahogarse de la asfixia de tiempo y espacio que la oprime, la reduce, la tortura. Ciencia, arte, filosofía son escalas de su emancipación. Más, más, siempre más. Sólo la inmensidad de los cielos podrá darnos lo que la tierra nos niega. Recién allá gozaremos, casi plenamente, la gloria de vivir en constantes expansiones de verdad y de belleza.

Desde la más remota antigüedad el ideal religioso ofreció, como otro alguno lo pudiera, satisfacción a la avidez del alma y trascendencia al sentido de la conducta. Desde luego ésta no es una opinión, sino un hecho científico. ¿Cómo desconocerlo si las demás gracias libertadoras, ciencia, arte, filosofía, son abrazadas y superadas por él?

El sentimiento patriótico, aún erigido en el solio de una mística, si ha contribuido al progreso de las nacionalidades, es por lo que tiene de semejanza con aquél, ya que se objetiva en culto. Si sus poderes no fueron siempre creadores y condujeron a conflictos y hecatombes, ello ocurrió en el grado de apartamiento y desobediencia a la misma ley a que responde. Así, para occidente ¿quién atribuiría al Cristianismo los desmanes de sus adeptos?

Los libertadores espirituales ansían desencadenarnos del sensualismo y la perversidad. Sin embargo la historia no graba solamente los acontecimientos morales, sino también los grandes propósitos de la voluntad humana. El paso del Rubicón por César, el de los Alpes por Napoleón, el de los Andes por San Martín son golpes de alma que hicieron historia. Y además, la maniobra de Cannas por Aníbal, el gesto de Pizarro en la isla del Gallo, la declaración de Jefferson en el congreso de Filadelfia. Con las pinceladas más dispares de forma y color se fijan los rasgos esenciales del género humano, que no son los de un San Francisco, sino más bien los de un César Borgia. Pero antes fué el de Atila. La influencia creciente de los valores sobre los hechos va purificando esa fisonomía. Lo que es en este momento la razón y sustancia de nuestras digresiones —o sea la posición de trágica disyuntiva en que nos coloca el súbito dominio de las energías del cosmos— puede ser también el origen de nuestra conversión precipitada, que imprima sobre la faz del mundo los caracteres propios de la profunda emoción que habrá de sacudirlo. Nos hallamos ante esa probabilidad. Un descubrimiento de importancia sin medida, lo que al ritmo que vamos ocurrirá hoy o mañana, producirá en las multitudes conmociones propicias a los mayores milagros. En ese instante el metal incandescente de las masas puede plasmar sobre los moldes de nuestros genios más puros.

Ahora mismo la influencia de los generadores de historia se ha intensificado prodigiosamente, desde que esgrimen el arma de la técnica al servicio del mal o del bien. El héroe estratega que otrora salvó una cultura, puede hoy día ocasionar su destrucción, por el simple hecho de no haber podido dosificar convenientemente la potencia que desfoga. Nuestras energías desbordan nuestras intenciones. Hoy todas las armas salivan al cielo. Por tal motivo la hora es más bien del héroe estadista; y mejor aún, del héroe apostólico. Y cuando nos halleemos en trance de elegir entre la figura que blande, sea en nombre de la justicia, el instrumento terriblemente destructor, y la dulce e inerme estampa del Gandhi, comenzará el instante de los mayores prodigios.

#### RESUMEN DE LA HISTORIA

Tres grandes períodos se suceden para el género humano, caracterizados respectivamente por la supremacía de lo biológico, lo psíquico y lo espiritual. El primitivo o *prehistórico*, de vida interior incipiente, hombre suelto en parejas o pequeños grupos sin cohesión social. El *histórico*, cuando no nos hemos liberado todavía de los atavismos egocéntricos y por ende las colectividades orgánicas que constituímos procuran el total poder para el más amplio dominio del semejante y de la tierra. La mayor probabilidad es que

entraremos por fuerza a un nuevo ciclo, que será muy breve si optamos por nuestra destrucción; pero que puede ser dilatado y glorioso si, unidos en humanidad, en elación categórica sobre la tierra, vamos hacia la posesión física y espiritual del cosmos. Tal la *super-historia* o era del Homocosmos.

#### QUE ENTENDEMOS POR HOMOCOSMOS

Para explicar en toda su latitud cuanto significa en nuestro entendimiento el vocablo *Homocosmos*, surgido, así como sus derivados, de la necesidad imperiosa de poder asir esa nueva concepción de la historia, que nos ocupa, vayamos directamente a cada una de sus expresiones en posible y aún en muy probable devenir: el *Geoyó* el *Planetú* y el *Cosmonós*.

Surge el primero de una valoración que nos parece más científica de la dualidad hombre-mundo, o el espíritu humano rigiendo el cuerpo vivo del planeta, considerados por lo general separadamente en las lucubraciones filosóficas que visan nuestro influjo en el espacio sidéreo. Hoy se vuelve en absoluto necesario que comprendamos la realidad de que nuestro mundo es un *individuo* integral.

Brotan con espontaneidad los otros dos vocablos en cuanto pensamos, en rigurosa verosimilitud que no es imposible y si bien probable que haya otros protagonistas de nuestra especie en el gigante coro de la existencia universal. Habrá muchos. Pero nos basta con separar en nuestro concebir sólo algunos con los cuales será factible ordenar una relación de espíritus, una suerte de sociedad cósmica, para cuyos vínculos la distancia nada significaría, desde que la técnica la anula con la instantaneidad de sus medios transmisores del pensamiento y la emoción. Y aún llegará a poseer los artificios que materialicen esa comunión de los mundos vivos que palpitan en el ámbito espacial.

Diversas reflexiones nos sugiere este mundo de mundos.

Recordad la frase de Rodó: «Quien no cambia de alma con los pasos del tiempo, es árbol agostado, campo baldío». ¿Cómo hemos de adaptarnos a las nuevas dimensiones telescópicas del progreso científico, si no limpiamos de preconceptos la imagen reducida y aún deformada que tenemos del cosmos, sólo antes entrevisto con catalejos de teatro? Hubo otro gran momento parecido a éste; y fué aquél, cuando de pronto despertamos del sueño de siglos juzgando que el firmamento giraba alrededor del hombre. Los hijos de nuestros hijos se sonreirán pensando en nuestras dudas de hoy sobre la vida en otros planetas y nuestras relaciones con ellos. Según el fruto de las meditaciones de Buda, todo lo que somos es la consecuencia de lo que hemos pensado. De tal modo, reflexionemos con

lógica, pero aspirando siempre a un nuevo grado de vida superior. Hasta ayer la historia separó al hombre de la tierra, limitando su influjo a los meros accidentes geográficos, o un poco más allá. Pero si la tierra fuese un ser muerto, nosotros, cual sucede con los parásitos, no estaríamos vivos; y si alienta, no tendríamos lugar en ella sino conformándola en un todo orgánico y cabal, como ocurre para todos los seres respecto de sus partes. Pensemos que realmente somos los que debemos ser: la víscera consciente de un individuo sideral.

En el espacio flotan y se desintegran millones de astros. El sol no es un mundo muerto, desde que todavía no es un mundo, sino un foco de concentración de energía. Pero hemos asegurado que la tierra vive y, además, que tiene un destino de excepción entre la infinitud de cuerpos que pueblan el eter. Aceptamos que muy pocos entre ellos tienen la posibilidad de la vida tal cual nosotros la concebimos y, poseyéndola, la de una forma que alcance el grado de la razón humana. De tal modo miles de millones de estrellas no valen, en lo cualitativo, lo que este pequeñísimo planeta, porque entre los sistemas de soles ella tiene una suerte de derecho divino a una existencia de relaciones en su medio natural: el cielo.

Como sucede con todos los seres vivos, a impulsos de sus manantiales de energía, una especie de plasma circula por su interior ascendiendo hasta la piel de la atmósfera, sangre en plétora de glóbulos activos en infusorios y algas, de insectos y vertebrados en fabulosa cantidad. Aire, tierra y mar son a modo de tejidos en un conjunto que se mueve y respira, agitado por un enorme corazón telúrico. Pace por los prados del éter nutriéndose de energía cósmica, que transmuta incesantemente de lo inorgánico a lo orgánico, renovándose en oleadas vitales, desde las grandes selvas a las humildes florecillas, desde las manadas de los mamíferos superiores a las colonias de genes y microorganismos; sostenido el todo por un esqueleto esferoidal de rocas.

Pero la máximo y supremo es colegir que este organismo de tan pañmosa estirpe celeste, con forma de pez globoso nadando en un mar infinito, tiene mente que razona, alma que sueña, voluntad que determina. Mejor dicho: está en camino de tener esa unidad que será efectiva en cuanto su cerebro, la humanidad, halle la propia armonía para tan maravillosa resultante. Sí; este ser tan diminuto frente al orbe, es capaz de juzgarlo y dominarlo espiritualmente con el poder y alcance prodigiosos del pensamiento, actuando desde su yo y lanzándose al dominio de las esferas, con aparatos de inaudita sensibilidad, como ojos y dedos que desde la masa de su cuerpo prolonguen los sentidos a distancia y velocidad asombrosas, para escudriñarlo, conocerlo, alcanzarlo todo. Tal el Geoyó, cuerpo y alma,

tierra y espíritu, que disfruta de libertad, no sólo por el privilegio de moverse a su arbitrio en otros espacios que son millones de veces más ricos, vastos e inquietos que los de las cuatro dimensiones clásicas, y que se llaman ciencia religión, filosofía y arte, sino que ya ha adquirido la facultad de irrumpir fuera de su órbita en artificios que son porciones de su estructura y esencia de su mentalidad, como una síntesis perfecta de sí, para aventurarse al descubrimiento de otros mundos intuídos.

Recalcamos *ex profeso* los motivos que acentúan los rasgos del Geoyó; una suerte de persona esférica, cuya función psíquica pensante, está en armonía con los demás órganos y tejidos, superficiales o profundos, geográficos y geológicos. Al igual que para cada hombre aislado, del que es como exponente a la enésima potencia, sus células nerviosas actúan en relación con agentes que se dijieran muertos: agua, calcio, hierro, fósforo. Y ese sujeto tiene un ayer y tendrá un mañana. La paleontología, la antropología, la geopolítica, entre otras ciencias, aportan los materiales necesarios para la heurística, la hermenéutica y la exégesis, que elaborarán la superhistoria.

Esta justa concepción de una tierra humanizada, pronta a intervenir como personaje histórico en otra dimensión de la existencia, debe concitar el interés de filósofos y científicos, desde que se halla en edad de aptitud y en trance de voluntad para iniciar sus determinaciones en una dirección distinta a la de los siglos anteriores. Necesitamos sus opiniones optimistas, que inciten a separarle sus brazos del cuerpo, para ir a palpar nuestro satélite; y a Titán, la luna con atmósfera de Saturno; y otros planetas vivos, cada vez más lejanos, hasta dar con un *Planetú*, nuestro semejante celeste.

#### LA POSICION DEL HOMBRE EN EL GEOYO

Correspondiendo al hombre la función psíquica, podemos ser factores importantes en la salud del Geoyó, en el equilibrio que deben guardar sus órganos vitales, para que tal persona celeste cumpla con acierto su grave misión cosmogónica. ¿No pesa ahora mismo nuestra voluntad sobre masas enormes de seres y cosas? ¿Qué ocurrirá cuando seamos dueños de toda la aptitud de nuestra mente?

En el cuerpo del Geoyó el hombre seguirá cumpliendo, mejor que nunca, la misión capital y rectora. ¿Cómo, se argüirá, estando sueltos y siendo libres podremos los hombres constituir un órgano pensante y unido? También la sangre es un tejido de células móviles, en el riguroso razonar de la biología. Las hormonas alientan separadas y en movimiento, pero en verdad se hallan unidas en el supremo cometido que les corresponde. Así como una partícula, ni siquiera una circunvalación de nuestro cerebro, es consciente de su función integral, del mismo modo no podemos comprender la fabu-

losa energía de voluntad e inteligencia a manifestarse en un mundo regido por la totalidad armónica del hombre.

Por otra parte, claro resulta alcanzar a ver que la golondrina no es la bandada. Hay en ésta mucho más y aun distinto que una suma de unidades. Sólo en la colectividad orgánica, aunque fuere por el tiempo en que así actúa, aparece como interpolado a ella un *genio de la especie*, el único que posee el don de emitir esas órdenes inequívocas e inapelables, a la vez que certeras, del «partir», «ahora», «hacia allá», y mil otras de un lenguaje misterioso. ¿Qué conciencia formidable no habrá de dar la unión de nuestra stirpe, espiritualmente gigantea?

El concepto del hombre unido en el Geoyó no significa desconcepto para la persona humana. Son dos entidades coadyuvantes y no contradictorias. El término *humanidad* está en función del valor *hombre*. El hombre es una expresión consciente, libre y total como célula de nuestra especie, pero es preciso reconocer que, sin desmedro de lo otro, interesa que se manifieste el genio cabal, *el espíritu humano*, empleando su potencia volitiva y creadora en el infinito tetradimensional, la mayor empresa de los tiempos que devienen. Y así como la parte no puede comprender al todo, a cada hombre tal vez no le sea dado sino imaginar lo que ha de ser ese espíritu, cómo actuará sobre el universo, cuánto será su poder, hasta dónde llegará su impulso y, aún, si de la ejercitación le crecerán nuevas aptitudes y energías. Hoy puede parecer irrealizable tan magno preuncio desde que vivimos separados en naciones adversarias, y, dentro de ellas, por intereses y pasiones, reinando por doquiera la inquietud, la ignorancia, el dolor, el egoísmo. Somos tantos o cuales hombres, pero no somos la humanidad. Por eso la verdadera historia del hombre verdadero, está en blanco todavía. Ese hombre dominará el tiempo y el espacio; sus artificios y técnicas serán palancas de brazos crecientes y con puntos de apoyo siempre más firmes y lejanos. Será un Icaro glorioso cabalgando la energía sideral. Hágase ese milagro. Y el milagro es siempre la obra del espíritu.

#### DESDE EL CUERPO DEL GEOYO

Caben muchos interrogantes en la ubérrima cuestión. El planeta ¿está vivo o lo que ocurre es que *hay vida en él*? Si está vivo ¿lo es a modo de la planta o el animal? Además, toda vida es conciencia, en mayor o menor grado; y de ocurrir así, tendrá una cierta libertad, una forma de movimiento voluntario; ¿hay algo de esto? Mientras su yo no se revela ¿está latente? ¿cómo obrará? Es indudable que nos hallamos recién en el planteo de un vasto problema y corresponderá tanto a la filosofía como a la ciencia desarrollarlo

con más propiedad que la del tanteo en que nos aventuramos sus primeros exploradores. Ante todo digamos que, cual afirmó el ilustre autor de «El sitio del hombre en el universo», Arthur H. Compton, *«la ciencia no puede ni pretende interpretar todos los aspectos de la vida; ella debe armonizarse con la filosofía y la religión»*.

La vida se comporta como si más que *agregada* al planeta, lo integrase en su estructura muy íntima y sutil. Es como si *el principio vital* se hubiese insuflado en la materia del globo. La armonía es tal que aquellas plantas, estos animales y nosotros guardamos interdependencia ineludible, multiplicándose en expresiones de una misma fuente vital; de la que tampoco son ajenas las sustancias inorgánicas de la estructura geológica, que se nos incorporan y *son* nuestro cuerpo. «Salimos de la tierra y volvemos a la tierra», es un modo de intuir la gran verdad de que toda ella es una sola vida en manifestaciones constantemente renovadas sobre moldes perennes. Y si la conciencia de la vida se da por la organización nerviosa, y de modo potencial en el cerebro, no hay duda que constituimos el núcleo máximo de la volición y el pensamiento de la totalidad viva de la Tierra.

Nuestro mundo es un astro pasmoso. Millones de esferas están en proceso de vida, es decir, de manifestarla, en grados que se deben asemejar a la escala de evolución darwiniana, diríamos, de las especies. De sus expresiones latentes a las activas, de la irracional a la consciente, de lo vegetativo al ser ético, estético y religioso, que es el ápice de lo vital. También la Tierra procura llegar a su cenit, que está en el Homocosmos, en el integral perfecto de espíritu y materia. Y más aún; estará en la sociedad de los astromundos, como jerarquía suprema de la vida; lo que hemos llamado el *Cosmonós*.

En este instante de la historicidad del universo, en aquel punto del devenir infinito, habrá un satélite de nuestra propia galaxia en que apenas se desenvuelve la vida en un reino semejante al planktónico de nuestros mares, o al de los musgos que cubren de amor la frigidez de las rocas. Mucho más adelantado estará Marte. Sólo uno aquí y otro allá, en esta o aquella invisible galaxia podrán haber adquirido la conciencia de la vida; y, sobre todo, nuestro desarrollo espiritual. Lo dramático es que, cual ocurriera entre los marinos de Hernán Cortés y los súbditos de Moctezuma, hablaremos distinto lenguaje. Pero tarde o temprano vendrán a coincidir las expresiones técnicas de una energía común. Ese día advendrá. En tanto, aceleremos la búsqueda en la porción debida a la responsabilidad de nuestro progreso. Obremos con fe. El principio de la vida es tan admirable que su objeto debe ser igualmente maravilloso. El color, la forma, la estructura de sus exponentes se conju-

gan en función del medio en que se manifiesta, con tenacidad cada vez más segura e imperiosa. El hombre, cualquiera fuese su mundo, el Geoyó o el Planetú, no es ajeno a este ímpetu de adaptación; por el contrario, crece al punto que en nuestra propia Tierra es de los pocos seres que irrumpe por doquiera, del ecuador al polo, de lo profundo de las minas a la cúspide de las montañas, de los desiertos a las selvas, del submarino al avión. Esto no es todo; lo asombroso va más allá del ajuste de su fisiología a las circunstancias geofísicas, desde que alcanza a los complejos neuropsíquicos. Los sentidos, las ideas y los sentimientos del hijo de las estepas, los llanos del Orinoco y la pampa rioplatense, no fueron los que animan a los aviadores profesionales de hoy. Todo hace suponer que surgirá una estirpe cósmica de los seres que se atrevan y habitúen a lanzarse desde los estratos de la fotosfera hacia el eter interplanetario. La historia es el reflejo de ese ritmo. Ayer se hizo a caballo. Hoy se escribe en el espacio tridimensional de los motores. Ya se ha independizado de la atmósfera con los corazones a retroimpulsión. La máquina sideral en vuelo independiente o dirigido está en ensayo. La utopía va a ser la realidad. Se abre la era de la superhistoria, la edad de los argonautas interplanetarios que renovarán, ante el estupor de los incrédulos, las antiguas hazañas de los conquistadores. Pero es, ahora, en el mar de lo infinito y entre las selvas de las galaxias.

Entonces nuestro mundo, proyectando de sí pensamientos y mecanismos cada vez más numerosos y eficaces, se comportará al modo de una colmena cósmica, enviando hacia las flores de luz siempre más lejanas, el mensaje fecundativo; y trayendo hacia sus exágonos de perfección el polen alucinante de sus descubrimientos y revelaciones.

Somos conscientes de que con la teoría del Homocosmos nos avanzamos en mucho a la obra del mañana. Pero el sentido de la voluntad en el proceso de la historia es eso: *antelación*. El hombre mismo es un impulso adelantado hacia un objeto que está fuera de sí y de su presente; la vivencia de una realidad anticipada, superior y futura. Así, el Geoyó está ahora vivo en nuestras concepciones. Seamos o no comprendidos, nos invade la paz de esta certidumbre de su historicidad, y nos convence el pensamiento de que, como expresión lógica, sólo necesitamos la ballesta de la voluntad colectiva para que alcancen investigaciones más científicas pero no menos éticas, el blanco del porvenir. El conocimiento, se nos ocurre, debe tener por causa la relación, que se mantiene, en lo que fué unido y que al separarse en categorías dejó entre el *yo* y el *no yo*, entre ésto y aquéllo, la conciencia y la esencia de su unidad y su vínculo. Si la vida fluye de un principio único, el *yo* soy implica,

simultáneamente, inteligir el *yo no soy*, del que emana el *tú eres*. El *yo* trae, no a priori, sino implícita, la noción del *tú*. De este modo, cuando sea el Geoyó, su conciencia integrada lo conducirá *ipso facto* a la existencia del Planetú.

Las grandes aventuras intrépidas son la mejor sustancia de la historia. Necesitan fe activa, voluntad heroica, entusiasmo creador. Nada debe el progreso a quienes perduraron en su sitio. Con el alma y el cuerpo hay que alentar en actitud de partir. Si aceptamos, con Nervo, que las cosas parecen imposibles hasta el día en que se realizan, también creemos, con Alberdi, que el espíritu del hombre está cien años delante de sus pasos. Y aun con Malesherbes, que haríamos muchas grandes cosas más si las creyésemos menos imposibles.

#### DE LA VIDA EN EL COSMOS

¿Verdad que sorprende que hayamos querido circunscribir la vida en exclusividad a la Tierra. «Yo soy la vida», dijo Dios, que está en el todo. ¿No es lógico sostener que nuestro mundo es una célula más en los tejidos galáxicos de un universo totalmente vivo?

A nuestro ver y desde el punto de vista cósmico, no debe aislarse, ni siquiera como característica de la materia orgánica, sino que sería juicioso ver a ésta como resultante de la vida. Es ella la que organiza la materia con su aliento creador. Sostiene Bergson que la vida es espíritu animando las cosas. Toda la materia debe vibrar en trance de espiritualización, en grados que van de lo inorgánico a lo orgánico, para la relativa sensibilidad de nuestras apreciaciones. Mientras que la vida se multiplica fácilmente sobre sus moldes, que diríamos: clásicos, como nos ocurre a nosotros con los productos en serie, toda nueva forma de su objetivación le exige un larguísimo proceso. Lo que ya hizo una vez está en aptitud de hacerlo siempre; pero demorará miles de años para la transición de una *nueva* molécula en una *nueva* célula. Vale decir que, si por un supuesto cataclismo la vida en sus formas sensibles desapareciese de la tierra, con todas sus expresiones actuales, ella recomenzaría su lenta y tozuda labor de manifestarse en formas cada vez más completas y lúcidas, hasta llegar al hombre. ¿Quién lo duda? Pero además: ¿quién duda que esas sucesivas especies no tendrían por qué ser las actuales? El hombre, por ende, renacería distinto en lo ponderable de la sustancia, pero igual en esencia, en la conciencia, el espíritu, lo eternal; la imagen y semejanza de Dios.

Ella es, como artista cabal, libre de concebir y recrear, desde lo menos a lo más perfecto. Y si morir no es aniquilarse, sino renacer en otra forma de vida ¿no es natural que comience con el tanto, la simplicidad y la lentitud del aprendiz, para dar cima a sus

obras con esos golpes definitivos propios de la mano maestra? En tratándose del hombre, voluntad e inteligencia sumas en la materia poliforme, habrá algo siempre, absolutamente invariable, y es lo axiológico, ajeno a las mismas categorías ónticas del ser, el concepto del bien y el mal, como factor común a todas las esferas en que palpita la vida con la jerarquía de la humanidad.

En esta ansiosa búsqueda de una justificación más profunda y vasta de la vida, que nos redima de la angustia y el escepticismo de nuestro tiempo, quizá nos estamos aventurando hacia otra más alta dimensión de la historia, pero también hacia una nueva concepción del universo. Dijo Bacon: «Es preferible no tener ninguna idea de Dios a tener una opinión indigna de El». Entre la tierra y los demás planetas de nuestro sistema no hay diferencia sustancial, desde que tenemos un origen común. Las atmósferas, las presiones distintas se deben a factores físicoquímicos consecuentes de las reacciones propias a la desigualdad de sus volúmenes en el período de formación. Pero eso no justifica que se les niegue el derecho de la vida. Sus distinciones morfológicas sólo pueden conducirnos a juzgar que la vida tendrá en ellos las peculiaridades formales que les son correspondientes. Vida es sinónimo de adaptación a lo circunstancial. Los seres animados no dejan de diferir al variar los caracteres del medio en nuestro propio planeta. Pero la vida es más bien lo cualitativo. El hombre de Venus no será como el de Cygnus; aquél pesará cien kilogramos y éste trescientas toneladas; aquél tendrá cuatro pies y éste, cien y muy robustos; aquél respirará un aire más o menos oxigenado, y éste alentaré en grisú, como nuestros motores, lo que poco importa, ya que la vida fisiológicamente no deja de ser una combustión.

Pero la inteligencia, el sentimiento, la voluntad, cuanto es existencia consciente y axiológica, significa también categoría ajena a la sustancia de los seres, a su realidad, a su duración en el tiempo y a su forma en el espacio. De tal modo las intuiciones racional, emocional y volitiva del hombre solar, no tienen por qué diferenciarse del resto de la humanidad galáctica, aunque sus estructuras ontológicas sean muy dispares. Sería absurdo hacer hincapié en la diversidad de formas, para no considerar hermanos nuestros a todos cuantos seres tuviesen nuestro espíritu en los mundos del cosmos. Sin embargo, aquí, en la tierra, hemos hecho correr ríos de tinta y sangre por los matices humanos en las diversas razas. Pero no será el Apolo de mármol, bello e insensible, lo que buscará el Geoyó para anular sus complejos de soledad y su angustia de vacío, sino al Planetú, el semejante absoluto que vibre a nuestro diapasón, que hable nuestro idioma del alma, con quien podamos sostener un diálogo celeste sobre el bien, la verdad y la belleza universales, arro-

dillándonos ante el mismo Dios y amándonos en la fraternidad maravillosa del cosmos, inconmensurable y eterno.

Si las leyes de la física y la química se cumplen en todas las esferas ¿por qué no han de ser universales los principios de la biología? Habrá también por allá, y más allá, plantas y animales que se diferencian de los terrestres. Ello dice que la fantasía del artista supremo de la creación, es infinita. Desde el punto de vista que nos interesa, todo este enorme campo de conjeturas puede permanecer en la sombra. Nos basta con que hallemos a nuestros semejantes, también sin preocupaciones por sus características morfológicas. Porque si de repente nos fuese otorgada la dicha de hablar, no ya con los dioses, sino apenas con las almas de nuestros padres ¿qué habría de importarnos la sustancia de sus sombras invisibles, mientras estamos bajo el éxtasis de su lenguaje espiritual?

Las ideas de este orden, debidamente depuradas del frenesí que nos agita desde la penumbra en que procuramos asirlas, nos volverán la fe que necesita esta civilización muy vieja sobre una tierra demasiado niña. Para Maurois el verdadero mal de la vejez radica en la indiferencia del alma. En cuanto podamos convencernos que el hombre, más que terrenal es un ser cósmico, acabará por ocurrir nuestro encuentro ensoñado con el prójimo distante: desde que también él ha salido en nuestra búsqueda, levantándose a impulsos de voluntad e inteligencia en alguno de los incontables planetas que palpitan por las regiones del cielo.

#### COMO PENSABA MARCO AURELIO

La historia es expresión de voluntad cada vez más libre. Aseguramos que un instrumento del espíritu, la ciencia, va iluminando en *causalidad* mucho del espacio en sombras de la *casualidad* en los sucesos. Por ella el hombre sabe y prevee gran parte de lo que acaece. Si lo supiese todo, dominándolo en el tiempo, el acontecer sería la previsión de su inteligencia y la obra de su voluntad. Sólo Dios es así. La historia es ajena a Dios, desde que siendo la libertad absoluta es la voluntad omnímoda. Pero el Geoyó, como expresión siempre perfectible y en camino hacia la meta iluminada de un arquetipo que podemos intuir, lo hace sufriendo los desvíos y las inercias propias de la parte de materia que conjuga con su espíritu. El tributo a la materia es necesidad y limitación. El Geoyó es, como el hombre, un ser histórico, aunque en progresión decreciente con el desarrollo progresivo de inteligencia y volición humanas. La historia tiene su razón de ser en lo todavía imprevisible y en lo aún imperfecto. En un futuro ideal, cuando el espíritu consiga la sublimación de la materia, cuando el Geoyó sea absolutamente libre en un Cosmonós sin limitaciones, se habrá escrito la

postrera línea de la última página de la historia realmente universal. El Creador y su obra seremos una sola y perfecta verdad, en un presente sin tiempo y en un éxtasis sin acontecer.

Pensaba Marco Aurelio que el universo era como el cuerpo de Dios y la morada de su hálito. ¿No es una idea del mismo orden considerar a la tierra como el cuerpo de la humanidad y la estancia de nuestro espíritu?

El cuerpo de los mundos está constituido por menos de un centenar de sustancias simples; número que tiende a reducirse a la *unidad* y a expresarse en *energía*. Energía y espíritu: he aquí la indescriptible síntesis del *Todo*, que tiende a ser *Uno*. La infinita variedad del Uno; eso parece ser la creación.

Dijimos que las leyes son también universales, como sus consecuencias: los nóúmenos y los fenómenos. Decimos: la luz del sol, cuando debiéramos decir: la luz universal en el sol; o, mejor: la energía universal manifestada en luz en el sol. Y la energía debe ser algo así como la arcilla con que se expresa, en infinitud de modos, la voluntad única y creadora del artista divino, el Espíritu de los espíritus; Dios. Si esta obra, en expresiones verdaderas y sensibles, no es todavía una totalidad perfecta, el técnico y artista sumo está haciendo historia. Convinimos en llamar a la parte definitiva de tal obra, *ley*; y la aun imperfecta, *caos*. Hasta que la ley no imponga el orden absoluto y por ende el caos desaparezca, la historia seguirá desarrollándose; y su filosofía será la enseñanza a la obediencia de las leyes de Dios. Negar ésto es quitar sentido a la historia y aun a la existencia. Por la filosofía de la historia trasciende nuestra conducta y nos hacemos los colaboradores intrépidos de su omnisapiente voluntad. Mirada como simple relación de hechos acaecidos, como mera crónica sin mandamiento superior, la historia es el espejo del infortunio. Las Escrituras, fundadas en el impulso constructivo del bien sobre los desórdenes del mal, fueron y son infinitamente más útiles que nuestras gélidas historias vulgares, narraciones de acontecimientos sin conciencia de la ley y faltas de contenido espiritual. La inspiración de los profetas ha probado ser más sabia que la sabiduría de los científicos vacíos de inspiración. Y la inspiración no es más que la videncia de lo sobrenatural y su enlace con Dios. Lo sobrenatural es la fuente natural de la vida.

Ocurre que ya conocemos, dominamos casi, el reino de la materia, pero no el del espíritu. Queremos avanzar y sólo nos movemos sobre un apoyo, imaginando que la marcha es este girar, este salto alrededor de nosotros mismos. Mientras que basta para el dominio de la materia la visión de la mente, parece que perteneciera al sentimiento el impulso de alcanzar el reino del espíritu. Llamemos al espacio de la materia, lo *natural*; y al del espíritu, lo *sobrenatural*.

Son como dos tramos de una misma cuesta ascensional, la primera accesible a nuestros pasos; pero necesitamos alas para la verticalidad del segundo. Cuando seamos como los ángeles, tendremos también sus atributos y la montaña entera nos será plenamente revelada. Ved que se complementan la aptitud científica y el sentimiento religioso, la sabiduría y la fe. Esta conjunción es indispensable para avanzar, en impulsos atrevidos, en cuerpo y en alma, fuera de nuestro mundo, al descubrimiento del más allá. Porque no vamos a tripular las naves del nuevo Colón solamente con científicos, sino que necesitamos además y sobre todo, héroes del sentimiento, vocaciones de apóstoles y mártires.

#### CONSIGNA DE LA HORA

El mandamiento de nuestra hora, cuando nos hemos apoderado de la energía cósmica, es realizar un súbito y decisivo cambio en el sentido tangencial del progreso, que hasta hoy gira sobre nuestro monstruoso yo, orientándolo hacia el exterior del planeta. La potencia del haz de rayos que acaba de cerrarse en nuestro puño es de tal magnitud que nos huye la esperanza de mejorarnos a tiempo. Se impone que entre todos los pueblos civilizados establezcamos algo así como una coalición de piratas, adheridos al interés común, por una parte en un orden que impida la destrucción de la nave en que vamos y, por otra, haciendo converger nuestra codicia sobre las presas que asoman a lo lejos: La Luna, Marte, Venus. El poder concentrado en la santabárbara es tan tremendo que no nos queda más dityuntiva que morir entre bordas o jugarnos en alta mar. He ahí nuestro castigo.

Fijemos esta ecuación: técnica sin ética es igual a aniquilamiento.

Son muchos los determinantes de las guerras, unos políticos, otros ideológicos; los más, económicos. Ellos aumentan al ritmo de la población en el planeta. El crecimiento del hombre en número y no en calidad, en ciencia y no en conciencia, es el factor más grave de nuestros conflictos. En un siglo la raza humana avanzó de menos de mil quinientos millones a más de dos mil trescientos millones de seres. Está en vías de actuar como un cáncer que devora, destruye, perturba o multiplica absurdamente los demás tejidos vegetales y animales del globo, deshaciendo el orden instituido por la naturaleza y que llamamos «el equilibrio de las especies». No es el desarrollo santo de la virtud, sino la proliferalidad del sexualismo y cuyos malos frutos se apuntalan a la vida con los progresos de la técnica en medicina, cirugía e higiene. En esa multiplicación inaudita del mal, el Geoyó no será propiciatorio, desde que no es un macrocéfalo satánico el fin de la humanidad. Ningún monstruo puede sobrevivir. Hay una

correspondencia de tamaño y función entre los órganos, que debe ser comprendida y respetada.

No es prudente, por ejemplo, que el desarrollo del hombre perturbe el tejido selvático. Todas las grandes culturas: persas, babilonios, griegos, etruscos, romanos, respetaron la majestad de los bosques que consideraban sagrados. Cada árbol es una célula viva de un tejido superior; está aparentemente quieto sobre sus dos extremidades, una en la tierra y otra en el sol; ¿no es también nuestro planeta un gran árbol inverso, uno de cuyos pies invisibles arraiga también en el sol mientras que la copa se despliega hacia el cosmos?

Sólo comprendiendo que la tierra es enteramente un ser vivo nos es posible interpretar la trascendencia que tiene la armonía de sus órganos, en la que ninguno puede desarrollarse o decrecer a límites que comprometan la salud de su cuerpo. Las grandes selvas africanas y amazónicas son a modo de vísceras por las que también alienta; llamadla pulmones, si queréis, pero advirtiéndole que los seres mundos no tienen por qué ostentar la fisiología ni la fisonomía de nuestras especies animales. Dejemos a otros, menos acuciados por la vivencia total del problema que nos apasiona, el entretenimiento científico de completar la interpretación biológica de tan original ser vivo, y por ende pasible de morir. Mas no dejemos de señalar que nosotros, los humanos, por el supremo destino que nos cupo de conformar su mente, somos los responsables ante el Creador de las gravísimas perturbaciones que originamos en el organismo terrestre, amputando esos magníficos tejidos purificadores, que son las selvas invioladas, para sustituirnos en su precioso lugar.

Claro es que nos duele la sola idea de ponernos en conflicto con los postulados de la religión acerca del gobierno de nuestro número en la tierra. Pero obsérvese que al fundar nuestro Homocosmos en el reinado de la conducta, quizá bastase a moderar nuestro desenfreno del número, el límite de la prudente castidad sobre el desordenado sensualismo. No será la primera vez que logren conciliarse los preceptos de la ciencia con los postulados de la religión. A nuestro humilde ver el «creced y multiplicáos» en el verbo simbólico de lo divino, tiene una dimensión de calidad más que de número. La masa de los hombres parece haberla interpretado así: Crecer en cantidad y multiplicarnos en vicios. ¿No habrá querido decirsenos: *Creced en virtud y multiplicáos en obras?*

#### FUGACIDAD DEL HOMBRE Y PERENNIDAD DE LO HUMANO

«Para realizar grandes cosas debemos vivir como si nunca hubiésemos de morir». Es el pensamiento de Vauvenargues.

Lo que más nos emociona es la idea contraria, lo fugaz de la existencia para la avidez de nuestro existir. Es como si un genial

y desconcertante artista produjese obras de máximo valor pero de sustancia tan efímera que pasma el contraste entre la calidad del mérito y la fragilidad de su destino. El mundo se despliega al modo de una exposición fantástica de formas y calidades magníficas, que va destruyendo sin pausa el mismo plástico que las renueva infatigablemente.

Esa angustia de fugacidad es menos sensible a medida que nuestra observación se remonta de la unidad a la cantidad, hasta el punto de desaparecer en la especie, la que se dijera inmutable e inmortal. Todas las doctrinas desesperadas en filosofía y arte tienen su razón de ser en un individualismo exagerado, imaginando intensa y locamente que el existir de la persona otorga validez al postulado de Protágoras, y correspondiese a cada una la medida del universo. Dijimos que esta clase de agonía procede del complejo consecuente de la posición inestable del que atribuye al yo lo que pertenece al *nosotros*. Toda enfermedad, sea física o psíquica, es el efecto de la contrariedad de una ley, de una verdad. La salud y la dicha son el resultado de comprender, aceptar y cumplir los principios de la vida. Nuestra preocupación esencial no debe ser la de *sobrevivir*, sino *vivir* que es algo, mucho más que *durar*. Lo trascendente es *el contenido de la vida*, que es inmortal, y no el continente, en el que solemos cifrar nuestra dicha efímera y engañosa. Este grave problema es de vivencia, pero también de educación. Si cultivamos adecuadamente a los hombres desde la edad más temprana y en un medio propicio, sublimaremos su temor animal de la muerte. Es tan dúctil la plastilina humana, que podemos hacer pueblos de estoicos o timoratos, de apóstoles o egocéntricos. El concepto trágico y agónico de la vida es un error que proviene del tipo de civilización que padecemos, fundada en el egoísmo sobre el amor y la incredulidad sobre la fe. El vacío es hasta inconcebible. Cuando el cuerpo del hombre no es el templo de Dios, ese lugar lo ocupan los fantasmas. La superhistoria no podrá tener comienzo hasta que lo humano no sea el ideal de cada hombre.

No es que la vida sea triste; eres tú el que está triste. No es que todo sea insulso; eres tú el que está envejeciendo. Mientras haya hombres replegados sobre sí, royendo sus entrañas psíquicas y por lo mismo más trágicos que el pensador de Rodin, mirando sin redención hacia sus propias imágenes, vez a vez más turbias y reflejadas en el limo del pozo que va a tragarlos, nada útil y noble será posible obtener de ellos. Sin embargo su miseria es ficticia y su culpa, desconocer la relación necesaria entre la creatura y el Sol de soles, tan efectiva que nos basta abrir las almas a sus rayos benéficos para que desaparezcan nuestras clorosis morales. El horror que emana de algunas ideas es un signo de su falsedad. Todo lo que es

justo y noble produce alegría. ¿Cómo va a dañar lo bueno, lo bello, lo verdadero? Son las falacias las que martirizan la conciencia. Ocurre que observamos una conducta tan ilógica que lo mejor de nuestro existir lo asentamos artificialmente sobre eso pasible de dolor y cambio: el cuerpo, la materia, los apetitos, los intereses, mientras que nos olvidamos del verdadero yo. Entonces, la insatisfacción y el desasosiego proceden de tales desvíos, porque el alma también padece su hambre y sufre su sed, y no nos preocupamos de acercarle unas migajas de amor ni unas gotas de agua pura.

Interpretemos, hermanos, el sentido real de la existencia, no aislada en uno, sino identificada con el cosmos. En nuestro cuerpo las células nacen y mueren, pero los tejidos siguen alentando por ciento y miles de veces más tiempo. Del mismo modo nacemos y morimos los hombres, células de un ser mayor, el Geoyó, que alentará por millones de veces más nuestra existencia en el tejido del Cosmonós, gigantea conjunción de materia y espíritu, en ascenso constante hacia una existencia absoluta e imperecedera.

A la desesperación de lo pasajero se agrega para muchos la amargura de la soledad. El mundo se ve circular como un solitario vivo entre el silencio agobiador de los espacios sin vida. El firmamento aparece como un espejo cóncavo del que no llega otra imagen que la de nuestra desventura, ni otro eco que el de nuestros llamados sin respuesta. Donde no nos golpea la certidumbre, que es el consuelo de la inteligencia, no dejamos nacer la esperanza, que es la primavera del corazón. Mas ¿si llegase el ansiado momento en que nuestra aptitud de percepción afinadísima sintiese por fin la presencia de Dios con la nitidez con que la luz nos besa? Y todavía, sin ese ápice de nuestras ambiciones necesarias ¿si el progreso incesante de la técnica nos revelase de súbito la celeste compañía, otro mundo también vivo, cuyas emociones y pensamientos nos fuese posible interpretar y compartir? ¡Ah, cómo se esfumaría entonces nuestro falaz complejo de soledad y de vacío!

Creed, oh, sí, que este trágico monólogo de siglos y milenios toca a su fin. Sin esa convicción no hemos de crear nunca los cristales que necesitan nuestros débiles ojos. Los descubrimientos son la consecuencia de una intuición pertinaz que la volición termina por hacer patente. Decimos con Blake que las evidencias de hoy son cuanto ayer imaginamos. El gran día puede ser mañana. Un disco volador, una respuesta sutil a las señales del radar, una noticia del avión atómico pueden sorprendernos, ya que alguna conciencia lúcida también nos estará buscando desde un planeta remoto. ¡Qué emoción, qué acontecimiento para inicial de la superhistoria! ¡Qué diálogo apasionante para concentrar en él la dispersión egocéntrica de nuestro mundo y devolvernos como por milagro todos los bienes de la perdida salud!

Tal suceso, mil veces memorable, hará desaparecer la totalidad de los motivos de división y conflicto de nuestro mundo. La humanidad constituida ha de tenderse como un arco y combarse como un oído, para lanzar y recibir los mensajes celestes, en una dirección única y con un único propósito entrañablemente divino. De súbito, como desaparecen todos los complejos, nos desprenderemos de teorías pesimistas y vanas, propias de nuestra introversión polisecular, enervada por este enorme poder sin objeto trascendente que nos sigue acumulando una ciencia sin espíritu. Nuestro mundo y el otro, el Geoyó y el Planetú, se comportarán como *personas*, síntesis de sus individualidades dispersas y ahora conjugadas en la integración prodigiosa de dos seres de un orden superior. Y si admitimos que la perfección no se alcanza en uno sólo, sino en la pareja, en el *tú* y *yo* sublimados por la fraternidad, el amor, que hacen del diálogo el proceso espiritualista, es claro como el día que la nueva etapa histórica habrá de ser verdaderamente colosal y revolucionaria en la concepción del universo y de la vida.

#### PERMANECER Y PARTIR

Entre los seres de la Tierra, el hombre es el conquistador por excelencia, desde que prácticamente la ocupa y la domina toda. Nacido y desarrollado en algún paraje de ella, comenzó a marchar, creciendo en el camino, desde que sólo la novedad y la superación de dificultades renovadas dan el conocimiento y la aptitud. Cada vez que se detuvo nació una civilización. La *civitas* traía en sí la idea de *conformidad*, sobre la de *inconformidad* que determinó su partida, y aun su no detención en los puntos del tránsito. El solo hecho de detenerse asegura que halló en el paraje las causas suficientes a su resignación: abundancia de medios de subsistencia, clima favorable, abrigo, disminución de riesgos y de sacrificios. Quiere decir que ya comenzó a primar en esa sociedad el espíritu práctico, el gusto a la comodidad, el sentido materialista y, por ende, traducía la disminución de lo imaginativo, la aventura y el amor al peligro, lo que le diera el reino del camino andado. El descenso de los valores no fué inmediato, desde que la *civitas* exigió muchas de las cualidades que los condujeron salvos a través de mil problemas, resueltos por la inteligencia, el valor y la voluntad de los mejores, pero en proporción decreciente, desde que el estacionamiento si no dió origen, fué causa del desarrollo ascendente de la técnica, sustitutiva práctica de muchos bienes axiológicos. Hubo que construir, que proteger, que producir, que dominar. Pero poco a poco, a medida que se satisfacían las necesidades imprevistas, disminuía el esfuerzo original, el espíritu creador, la independencia de la persona; y con el menor riesgo, el valor, la agudeza de los sentidos, el

instinto, mientras que comenzó a sistematizarse el pensamiento y a distribuirse la responsabilidad y el trabajo. Pero la uniformidad del ritmo estacionario trajo la rutina. Al sobresaturarse la necesidad debido a la superproducción, consecuencia del trabajo inteligente sobre el medio favorable, vinieron la molicie, el refinamiento, el sensualismo. La civilización comenzó a ser «la enfermedad mortal» que hoy nos mata. ¿Quiénes se salvaron? Los que partieron, los que siguieron adelante: los aventureros y los conquistadores, entre quienes se hallan los investigadores. Ellos tuvieron que conservar y acrecer el coraje, la fe, el espíritu de sacrificio, la energía vital, la iniciativa, el desprecio de los bienes efímeros. Día a día ejercitaban forzosamente el comprender, el saber, el preveer. Lo desconocido desarrolló entre ellos el sentimiento religioso, hallando más confianza en el apoyo de lo sobrenatural; y como no se detuvieron, jamás su religiosidad sufrió la mecánica del culto. Estos llevaron más adelante la cultura y hasta regresaron para renovar el agua estancada de la civilización. Los dos grandes movimientos de occidente fueron las Cruzadas y los Descubrimientos: uno la vuelta al Asia; el otro, la conquista de América. Eso aplazó la muerte de Europa. Conformidad, permanencia, civilización y muerte son términos de una serie fatal. Desconformidad, partida, cultura y vida, los de la otra salvante.

Ya hemos abarcado la tierra. Los medios técnicos la han reducido en tiempo y tamaño, hasta la paradoja de que la rapidez y comodidad del movimiento equivalen a algo así como la *inmovilidad*. Nos adormecemos en una urbe de América y al abrir los ojos nos hallamos en otra de Africa o Europa o Asia. No nos queda otro recurso que languidecer sobre una monstruosa civitas que es el mundo entero. Sólo queda esta disyuntiva: la agonía del estancamiento o *partir*, salir de ella, aventurarnos al espacio, lanzarnos a la conquista de las esferas.

Observad al hombre civilizado, y estamos seguros que os sumaréis a nuestra aventura. Su órbita de vida es ésta, poco más o menos: la casa, la oficina o el taller, el club y vuelta a la casa. La órbita de cada humano es realmente impresionante: dormir, comer, que lo conduzca y ayude la técnica, matar el tiempo, darse el gusto y volver a dormir. Sólo cuando el jefe lo conmina: «Mañana irá usted a tal punto y cumplirá esta nueva misión»; cuando un acontecimiento imprevisto lo obliga a romper lo rutinario y lanzarse por otro camino, recién tiene ocasión de sacar algo de lo mejor de sí y retoma el ritmo de la verdadera vida. Claro es que su pobre alma está tan a oscuras, tan desnutrida de valor moral, tan desvitaminizada de fe, que a todo eso salvador le llama contrariedad, contratiempo, desgracia, mala suerte, abandono de Dios. Y no otra cosa ocurre con la paz de nuestros pueblos civilizados.

Se ha dicho que «partir es morir un poco». Lo dijo un ser de la civitas. Lo que muere en nosotros a cada hora de partir, es lo que nos estaba matando. Partir es renacer, reencontrarse, vitalizarse. Partir es ponernos en comunión directa con lo natural y lo sobrenatural. Díganlo los sacerdotes que son misioneros. Repítanlo esos pocos exploradores, inventores y artistas de verdad que ruedan por el mundo y el trasmundo. Jesucristo vivió en marcha. El Quijote supo que permanecer es morir. Bolívar hizo cinco naciones sin detenerse... ¡Salgamos de la tierra!

#### PENSAD EN EL COSMOS

Las tres grandes fuentes del conocimiento, razón, experiencia e intuición, nos conducen al Homocosmos, o proyección del mundo del hombre a todas las posibilidades del universo físico y espiritual.

Creemos con Rodó que la idea es propiciatoria del hecho. La Creación está siempre en creación, de acuerdo a una idea siempre en marcha. Pensar es tender a ser. Pero todo cuanto ya es, comienza a ser otra cosa, desde que la evolución es incesante e infinita. Nada es, sino que está en trance de ser lo que dejará de ser para ser otro ser. Es el devenir. La voluntad acelera este proceso. Pensad intensamente en la lógica y en la ética de la escala Humanidad, Geoyó, Planetú y Cosmonós y ella ya tendrá un principio de existencia, desde que su esencia es verdadera. Dependen del albedrío la salvación ascendente o la precipitación instantánea. No nos referimos a la detención, porque agonizar ya es morir. A ese extremo lo ha conducido al hombre el monstruo de la ciencia. El Apocalipsis está cerca, bajo sus pies, mientras que el Cosmonós lo llama desde el cielo. Hermanos: pensad y decidid.

Todas las hazañas nacieron de pensamientos. Su primera etapa suele ser un sueño de poetas, una aspiración de aventureros, la utopía de un visionario. Pero si hay un germen de razón, de bondad, de justicia, en el centro de esa nebulosa no tardará de encenderse una luz que concitará la audacia de los científicos. El viaje a Marte ya ha sido calculado. Nadie ignora que sabios e inventores compulan planes y fabrican instrumentos para cumplir el viaje a la Luna, quimera de Julio Verne. Y es pensando y obrando que pronto los veremos allá, en satélites mecánicos que proyectarán etereonaves inauditas. El espacio es a la vez una promesa y una esperanza. El hombre no ha podido sustraerse al llamado telúrico de los ámbitos de nuestra esfera y, luego de haberlos recorrido en sus tres dimensiones, siente desde ahora la invitación cósmica de las distancias estelares.

Poned, hermanos, todas las fuerzas de la buena voluntad en pro de este admirable objeto. Dejad de lado los afanes minúsculos y al-

zad los ojos del alma en la dirección del firmamento. Ante la partida de los nuevos Colón, no os quede el pesar de haberos sumado al cónclave de burladores, pesimistas, pedantes o indiferentes, sino la dicha de haber entregado a la empresa las energías de la fe, los deseos del corazón. En su momento, esas fueron las verdaderas joyas que dieron los Reyes Católicos.

No es posible que la expectativa mundial se mantenga polarizada sobre problemas a ras del suelo, como si no vibrasen sobre nuestros hombros ligeros millones de señales de espacio y de luz. La fuerza resultante de una decisión hondamente sentida del género humano debe ser enorme y sus posibilidades también gigantescas. A ellas no se suman los intereses materiales, desde que ellos *reunen*, pero no *unen* a los hombres. Son los sentimientos, las ideas superiores, a los que corresponde tan poderosa misión. Radio, radar, retropropulsión, energía nuclear, inventos y descubrimientos mil, no nos darán por sí solos el reino de los cielos. En el instante nefasto en que una mitad del mundo alcance la Luna para bombardear mejor desde ella a la otra mitad, habremos logrado apenas facilitar nuestro suicidio desde un piso más alto. Sin espíritu, incrementar nuestro poder es acrecer nuestra desgracia. Seamos dignos de escribir la nueva página sobre el destino cósmico del hombre.

#### QUERER ES PODER

Dijimos que en eso que llamamos *el azar* hay una primera zona de factores que, si fué grande en la antigüedad, poco a poco se redujo por el uso de los medios científicos de previsión, examen y gobierno de lo que acaece. Sigue la de *los accidentes*, unos propios de las fuerzas naturales y otros de las imperfecciones humanas, aquéllas y éstas cada vez más fiscalizadas y compelidas a la obediencia en proporción al desarrollo también científico. Viene después la de *los extravíos de las pasiones y los intereses*, promotores de guerras y conflictos. Y en la ascensión de causas que van de la naturaleza al hombre, llegamos a la región de *los acontecimientos* propiamente dichos, cada día mejor gobernados por nuestra voluntad inteligente. La inconducta y la ignorancia escribieron la historia de los siglos pasados, en su casi totalidad, y por eso destila lágrimas y sangre. Depende de nosotros hacer sublimes los capítulos de la historia futura. Querer es poder, pero en el cumplimiento de las verdades que nadie desentrañará por nosotros.

La voluntad creadora ha propagado tales y cuales especies de los reinos vegetal y animal e impreso a sus características las modificaciones que benefician su perduración y nuestros intereses; y todavía ha hecho variar la estructura superior del planeta, regulando aguas, removiendo tierras, labrando rocas, erigiendo o talando sel-

vas, desecando pantanos, abriendo canales, multiplicando caminos. Los materiales que forman nuestro poder y riqueza los fuimos a arrancar de su seno, aumentando así nuestra libertad de lo contingente y reduciendo nuestra dependencia de lo necesario. Por efectos de un constante y lúcido ejercicio de la volición, nos hemos mejorado en la salud y la duración de la vida, disminuyendo las fatigas del trabajo, los estragos de las epidemias, los índices de la ignorancia, las dificultades del desplazamiento. Pero convengamos en aceptar que no hemos conseguido acrecer nuestra alegría de vivir. Sostenemos en los cargos que son llaves del mundo, no a los mejores, sino a los más inteligentes. Manda el consorcio de la técnica y la política de lo contingente y se disfraza de todos modos el sojuzgamiento de los principios. Por tales rieles el lujoso y confortable tren que dirige nuestra portentosa voluntad, lejos de conducirnos a la estación de la dicha, nos arrastra a la insatisfacción, la desconformidad y el infortunio.

Los padres de muchos de nosotros fueron felices con inocencia y aun con ignorancia. Sus hijos son desventurados con lucidez. Las determinaciones de la inteligencia no orientada por el bien concluyen por probarnos que no son inteligencia. El hombre puede ser o no ser. No creemos que en el antiguo pleito entre determinismo y libre albedrío sea menester resolverse por uno u otro extremo. Gravitan sobre los seres todos, además de las normas universales, factores contingentes; pero a medida que nos desplazamos del extremo inferior al otro cabo de las formas creadas, el valor de la incógnita que resuelve el problema va pasando de una libertad que tiende al cero de la fisiología automática, a otra que avanza hacia los exponentes sublimes de lucha y victoria por el objeto supremo de su genial elección.

Existen, sí, claras fuerzas accidentales e influjos aún desconocidos incidiendo sobre todo y todos, pero también más energía creadora en la expresividad de la vida, cuya latencia puede llegar a lo imponderable y aun a la negación por el que juzgue de sus resultados. En cierto modo no vale más el abúlico que el humilde infusorio. Pero observad con atención la epopeya de los hombres heroicos y convendréis que a cada interferencia de su destino se alza una resolución ejemplar, inteligente y siempre victoriosa, ya que si no consiguen superar el obstáculo que los limita, están venciendo en lo categórico espiritual, mientras conserven hasta morir la inquebrantable decisión de la conciencia.

Mas, si lo que se opone a nuestro querer es una de esas leyes que rigen el orden del universo, el conflicto, el dolor, la degeneración y la muerte serán las etapas ineludibles de la desobediencia. Existe, en suma, albedrío para resolvernos por los valores de signo

más o menos, y aun para anularnos sin resolución; pero sólo en los grados de lo positivo se nos dará la recompensa. Y cuando la realidad no se vea desfigurada por la farsa del triunfo que ilusiona a los vencedores aparentes, como ocurrió hasta ayer, sino que ella se justiprecie con la rigurosidad de una ciencia, esplenderá en la historia la idea de la justicia inmortal.

Sentimos el latir de ese gran pulso de la voluntad histórica. Querer algo tenazmente, perseguirlo todos los días rectificando en su rumbo los abatimientos siempre débiles para la ejercitada tenacidad de nuestro brío y, sobre todo, acicateados por la esperanza de que lo hemos de alcanzar, es ir acercándose en singladuras a menudo aceleradas al supremo fin, que puede valer y justificar una existencia. La biografía de los grandes hombres como la historia de los magnos pueblos, se caracteriza por la humildad de sus orígenes, al fulgor de un ideal, la pertinacia de un carácter, la ascensión dolorosa hacia su objeto y el ápice de la definitiva victoria. No hay nada más incontenible que el avance de la fe. Y decimos *fe* en lugar de certidumbre, porque su evidencia radica más que en lo demostrable, en la intuición de lo que acaecerá, como anticipo del acontecer o prenuncio de la historia.

Si las guerras, si las batallas fueron los actos preponderantes de la historia, sépase que en idéntica medida que el pensamiento adquiere el dominio de la pasión en las actitudes de los estrategas y sus consecuencias para filósofos y estadistas, el azar va disminuyendo, y lo maravilloso tiende a desaparecer en sus caracteres de misterio. Los estados mayores de los ejércitos de nuestra hora, con cuya capacidad sólidamente científica se procura complementar y servir a la potencia intuitiva y emocional del conductor en jefe, del artista de la guerra, hacen entrar en sus lucubraciones serenas, minuciosas y razonadas, que anteceden, supervigilan y siguen a los actos bélicos, el factor que llaman con propiedad *interferencia*. Condensando la cuestión a dos frases, los oficiales del estado mayor se preguntan: —¿Qué interfiere la maniobra o el propósito del General? Y esta otra: —¿En qué podemos nosotros interferir las posibilidades o iniciativas que favorecen al enemigo? Y es indudable que ante estas previsiones, cada día más técnicas y rigurosas, ese espectro que llamamos *lo contingente* se va esfumando hacia su lírico sepulcro que cubren siempre de flores la abulia y la ignorancia.

No ya en las guerras, sino en las actividades de una vida armónica y serena de ritmo constructor, los estados mayores de la paz se están multiplicando para responder a las exigencias del progreso espiritual y científico. Es ésta la hora de la *planificación*, que tal nombre se da al arte y la técnica de proyectar la conducta a observarse y las obras a cumplir en lapsos convenidos para obtener los

resultados que se buscan, lo que ocurrirá lógicamente si la voluntad se aplica en realizarlo. Empero, para el mismo caso de un plan inobjetable, en que todo estuviese previsto y dispuesto desde el punto de visto inicial a la meta que se procura, es de presumir que incidirán sobre ésta o aquella hora y parte de su desarrollo, elementos sorprendivos, favorables o adversos, que incidirán en el ritmo como en la dirección de la empresa. Es aquí dónde y cuándo la voluntad inteligente, la fe inquebrantable, imponen su doble objeto de velámen y timón a fin de que la idea magistral se cumpla sin sobresaltos ni graves desvíos. De ese modo ha de avanzar una nación y el mundo hacia el extremo de sus propósitos trascendentales, cumpliendo una a una las etapas sucesivas del proceso histórico, bajo la autoridad de consuno justa, enérgica y sabia de los conductores que merecen.

#### A MANERA DE SINTESIS

En este instante en que discurrimos sobre la traslación del hombre a las esferas, en la capital de Inglaterra se ha fundado una Sociedad Interplanetaria, que integran verdaderos sabios de la calidad de Arthur Clarke, reconocido especialista en la teoría de los viajes sidéreos. En Canadá el conocido científico doctor Jean Félix Picard, explorador de la estratosfera, calcula el viaje a Marte. Curiosos y sitomáticos sondeos concurrentes nos estimulan en el sentido de nuestras especulaciones.

El espíritu del hombre se está desplazando más y más de su cuerpo, hasta remotas distancias, no sólo en lo accesible al pensamiento, sino que ha logrado que porciones cada día mayores de sustancias y energías de la naturaleza, se transformen en cuerpo de ese espíritu. Se agranda física y anímicamente por el conocimiento y la sujeción a las leyes universales.

El verdadero tamaño de un conductor de automóvil, de un piloto de avión, es el de la materia, que supo conjugar y aprendió a conducir, más el espacio que práctica y conscientemente aprovecha y domina. Todos los poderes, en progresión titánica, que vayamos descubriendo y sepamos esgrimir, multiplicarán nuestras posibilidades cósmicas e incidirán —¿por qué no?— sobre los mundos remotos, para obtener acontecimientos propios de superhombres. ¿Y con qué razones se podrá negar, ante tantos hechos, el destino humano hacia la dirección cenital, cuando se han erigido al plano de la ciencia otras disciplinas sin hechos científicos tan promisoros? No mirando hacia el porvenir, sino vuelta al pasado, la paleontología reconstruye gigantes con unos pocos restos informes. A la nueva proyección del progreso espacial corresponderá con fundamento otro

campo de conjeturas temerarias. Nos seduce la frase de Virgilio: «Pueden vencer quienes creen poder vencer».

Frente a las grandes incógnitas que angustian el existir, impaciente e inseguro, se han levantado las respuestas de la filosofía. Tomemos de su incesante inteligir no lo que conviene a nuestras ansias optimistas, pero sí lo que satisface en plenitud a nuestra sed de lo evidente.

Se ha dicho, por ejemplo, que el sistema de Hegel representa una gran tentativa de seguridad; que luego de la cosmogónica de Aristóteles y la teológica de Santo Tomás, ha venido la logológica suya, establecida en el *tiempo*; y que una imagen mental del mundo fundada en ese factor, jamás proporcionaría el sentimiento de seguridad que el hombre ansía, propio de lo que se construye en el *espacio*. Pues bien: esta concepción del Homocosmos se nos ofrece como alentadora y verosímil teoría, factible de transformarse en realidad, desde que ya gravita en proyecto, *de una nueva, más alta y dichosa existencia en el espacio*, hacia horizontes que se adelantarán interminablemente a nuestros vuelos, cada vez más audaces y seguros. En la acción paralela de laboratorios y talleres, el fervor recién nacido de los artistas plásticos dirige su inquietud hacia los modelos etereodinámicos de las cosmonaves del porvenir.

A la imagen dramática del viajero pavorido y solitario sobre el maderaje muerto de un bajel inseguro que gira en el remolino de una órbita sin redención, sobre la tumba de un abismo insondable y en un suspiro del tiempo, oponemos la idea de que somos la sustancia espiritual de un ser vivo y alado, que puede ir de una cima a otra siempre más alta, en procura de su nido en el ápice eternal, con la alegría de integrarse a su bandada celeste.

Ciertos filósofos de la historia ven en ella el cumplimiento de los propósitos divinos, lo que no deja de ser un modo de considerar al hombre sujeto a los planes de la divinidad. Nosotros creemos asistir, en cambio, al torneo de nuestro albedrío, por el que creamos nuestro porvenir en la obediencia del máximo y casi único mandamiento, desde que comprende a los demás: la superación ordenada en el bien y que confirman de consuno victorias y catástrofes. Ella no podría ratificarse sin el equilibrio de una libertad de hacer historia y una responsabilidad de lo cumplido. La historia es, así, obra humana, la ejercitación de nuestra voluntad lúcida y heroica en procura del bien superado de continuo. No significa ello que el Creador no rija a su creatura, sino precisamente que existe y actúa sobre ella en una supervisión de estímulos y llamados hacia la verdad, desde que no podemos concebir pensamiento el más recóndito ni acción la más sutil sin que graviten sobre ellos las reacciones de sus leyes morales, tan poderosas e ineludibles como las que gobiernan el universo material.

Los misterios de la vida y la muerte son una gracia, desde que impiden la extenuación de nuestra inquietud espiritual. Pero suelen ocasionarnos desesperanza y duda. Desde el fondo de la historia el hombre ha debido responder con símbolos a las angustiosas interrogantes del alma. Así surgieron, con equivalencia de realidades, obras bellísimas de la imaginación, en las que el poeta que les infundió su hálito es todo un pueblo. Otros precipicios ideales se colman con atributos magnificados por la perspectiva de los siglos. Brotaron así los héroes míticos, paradigmas de una existencia intuitiva como canon de perfección. El mito, venero del arte y caudal de la historia, irá retrocediendo con el avance imperioso de nuestra voluntad sobre el dómito corcel de la técnica en el espacio. La historia será cada vez menos arte, menos filosofía y más ciencia. Por otra parte, la noción de las responsabilidades que emanan de la tremenda energía en nuestras manos, multiplicada astronómicamente, nos impondrá con violento dramatismo una simultánea reacción en la conducta, según pudimos colegir. El dilema apocalíptico excluye el término medio: salvación o aniquilamiento. La política, la más peligrosa de las palancas de nuestra voluntad, debe ser orientada en la exclusiva dirección de la virtud. El gobierno tendrá que ser, forzosamente, la realización del bien. No más locos y criminales endiosados podrán ascender al solio de la historia.

El eje del mundo no será de lo económico, sino de los valores superhumanos: la visión anteladora de la profecía, el genio creador, el estoicismo socrático, la sublimidad del alma. Ellos sustituirán esta conjura de medianías, intereses mezquinos, inercia cobarde, burocracia acomodaticia, egoísmo y mezquindad en suma, entronizados hoy en la rutina de las costumbres y en el estancamiento de las instituciones corrompidas. Las enormes arquitecturas del derecho se reducirán de catedrales a capillas, desde que el imperio del bien no se funda en el despliegue desmedido de las pragmáticas. Los rascacielos de la sofística serán conmovidos, arrasados y sustituidos por las nuevas urbes, de sencillez y pureza casi primitivas que caracterizó a las razas conquistadoras de las antiguas decadencias. Este cambio súbito y total tiene sólo un nombre y una consigna: *revolución o muerte*.

Ansiamos, empero, que haya juicio, campo y duración suficientes para que se cumpla un proceso de evolución pacífica; ya que es de la voluntad de todos y cada uno decidirse a ir botando por sobre los hombres la cargazón inútil antes de llegar a la frontera donde no pasará una sola alfiler que contraría la norma. No malogremos y sí merezcamos la gracia del espacio que nos espera y conmina, fiscalizado por los poderes incommovibles e insobornables de la razón y la vida. «Para obtener algo de la humanidad, se ha dicho, es

necesario pedirle mucho». Y nunca será bastante el exigir, cuando parece que el mundo sigue como sordo e inconsciente su camino, sin atender el alerta de los mismos sabios que descifrieron a los jinetes apocalípticos sujetos hasta ayer en las cárceles de la materia.

La síntesis de lo mejor de la historia equivale a la comprobación de que una voluntad prodigiosa actúa excéntricamente desde sí, en expansión incesante de armonía, como un impulso abierto y generoso de los grandes hombres y los pueblos ejemplares, en actitud de ofrenda permanente hacia la humanidad y el cosmos. Ellos pueden hasta ignorar que obedecen al llamado de nuestra patria verdadera. Los más, acuciados por esa nostalgia, procuran consolarse sobre espacios de materia, sin sospechar que su ambición no podrá ser colmada ni con el dominio de nuestro globo total. La meta es el universo. Nuestro piso es solamente un punto de apoyo de los impulsos sublimes que tienen por objeto la inmortalidad y lo absoluto.

Analizad lo más valioso del historicismo; veréis que el hombre y la nación persiguen un bien que puede condensar una palabra: *grandeza*. Más espacio, más poder, mayores conquistas. Es el aliento divino, el arrebató cósmico, el llamado de un bien sin fronteras, la fuente de nuestra dicha y el sentido de la historia. Pero lo dramático es que, teniendo conciencia y voluntad para obedecer a esa vocación titánica, consume en oposiciones y desvíos los más brillantes arrestos de la vida.

El hacer perfecto de la historia debiera objetivarse en el avanzar permanente de una legión juvenil e inmortal por la cuesta de una montaña tan enorme como el universo y en sucesión de conquistas de saber y poder, obtenidos como justo premio de nuestra voluntaria perfección.

EDGARDO UBALDO GENTA

## AYER <sup>(1)</sup>

1882-1947

### FRAGMENTOS DE MIS MEMORIAS

#### LA CONFERENCIA DE CONSOLIDACION DE LA PAZ

El asunto que requirió mi mayor atención al reincorporarme a la embajada en Buenos Aires, fué la celebración de la Conferencia de Consolidación de la Paz que debía inaugurar en la capital argentina el presidente Franklin D. Roosevelt en julio de 1936. Aquel acto de importancia histórica tiene algunos antecedentes, aún inéditos, que voy a dar a conocer.

Varios meses antes había sometido yo desde Santiago de Chile al presidente doctor Gabriel Terra, la idea de tomar una iniciativa ante el inquietante curso de los sucesos europeos y el cuadro sombrío de las perspectivas que iban a culminar, en mi concepto, en una nueva guerra general. Con ese motivo le dirigí la carta cuyo texto subsigue, y que constituye el primer antecedente de la reunión continental que tuvo lugar en Buenos Aires, y que, según mi proposición, debió celebrarse en Montevideo:

«Santiago, 22 de septiembre de 1935. Señor presidente de la República, doctor don Gabriel Terra. Montevideo. Señor presidente: El grave proceso de los acontecimientos europeos y las perspectivas de carácter internacional cada vez más sombrías, inducen a pensar en la necesidad y la utilidad de un cambio de opiniones entre los gobiernos americanos, a fin de concertar una política común de defensa de conceptos y de intereses. La analogía de estos países, la identidad de sus principios fundamentales y la similitud de sus intereses, constituyen una base propicia para un entendimiento que se hace indispensable ante los problemas que plantea la situación europea y sus posibles derivaciones. De aquel entendimiento debe surgir una actitud solidaria, no sólo en la esfera política sino también en el terreno económico. En la primera, habría que evitar a uno o más países débiles de América las emergencias del aislamiento; asegurar la neutralidad continental y pesar, llegado el caso, con la influencia que concedería la unión de veinte naciones, en favor de la paz. En el terreno económico hay cuestiones que exigen un acuerdo continental que iría desde el estudio reclamado por una situación próxima de prosperidad transitoria, causada por adquisicio-

(1) Véase tomo LIII, pág. 358.

nes de materias primas y productos alimenticios en gran escala, hasta el examen de las medidas a adoptarse con anticipación a una depresión general causada por las consecuencias económicas de una larga guerra. Estimo que la magnitud de los problemas que se diseñan aconseja la celebración de una conferencia panamericana de hombres de gobierno; y creo que si usted, señor presidente, compartiese esta opinión y resolviera formular una proposición en aquel sentido, con ofrecimiento de Montevideo para su ejecución, su iniciativa podría tener resultados fecundos en todos los órdenes. Saludo al señor presidente, etc. *L. E. Azarola Gil.*»

Esta carta había sido precedida por conversaciones sostenidas con personalidades chilenas y jefes de misiones diplomáticas acreditadas en Santiago, tendientes a explorar la acogida que recibiría una eventual proposición uruguaya por sus respectivos gobiernos. Tuve la impresión de que encontraría unánimes apoyos. Al elevar a la cancillería nacional la información del caso, envié una copia del documento transcripto, y recibí en respuesta una nota de censura por haberme dirigido directamente al presidente de la República. Sobre el fondo del asunto, nada. Pero la idea hacía camino, el embajador norteamericano había comunicado esas negociaciones a su gobierno y el embajador argentino había hecho lo mismo con el suyo. Tres meses después el presidente Roosevelt lanzaba la iniciativa de reunir una asamblea panamericana, y el canciller Saavedra Lamas formulaba la invitación de celebrarla, en Buenos Aires.

Estos antecedentes revelan que el Uruguay perdió al mismo tiempo dos oportunidades de política exterior: la de promover y auspiciar la reunión internacional y la de situarla en su capital. Pero debía malograr otra oportunidad en el curso de la conferencia, al negarse a patrocinar el proyecto de creación de la Liga Americana, idea originalmente uruguaya expresada en 1920 por el doctor Baltasar Brum, a la sazón presidente de la República, que debía concretarla después en un proyecto cabal.

En efecto, en abril de aquel año el doctor Brum leyó una conferencia en el paraninfo de la Universidad de Montevideo, sosteniendo que el consejo de la Liga de las Naciones, con sede en Ginebra, «estaba formado principalmente por delegados de las grandes potencias, habiéndose excluido a casi todos los países americanos. Estos necesitan, pues, crear un organismo que vele por ellos... y ese organismo no puede ser otro que la Liga Americana, basada sobre la absoluta igualdad de todos los países asociados.» Entre las conclusiones que formuló se encuentra ésta: «Todas las controversias, de cualquier naturaleza y que por cualquier causa surgieran entre los países americanos, deberán ser sometidas al juicio arbitral de la Liga, cuando no pudiesen resolverse directamente o por mediación amistosa».

Con posterioridad a su iniciativa y dándole ya forma orgánica, el doctor Brum redactó un anteproyecto de estatutos de la Asociación de los Países Americanos. Ese documento fué incorporado, muchos años después de la muerte de su autor, a los antecedentes de la Conferencia de México, en febrero de 1945 y bajo la signatura «repartido núm. 29». Desde luego, el anteproyecto era conocido de la cancillería uruguaya en 1936, y al tener efecto en Buenos Aires la Conferencia de Consolidación de la Paz el pensamiento del expresidente encontraba ecos continentales: los gobiernos de Chile, Santo Domingo y Colombia gestionaron en Wáshington la inclusión del asunto en las sesiones a celebrarse, y el delegado chileno a la Sociedad de las Naciones, don Agustín Edwards, anunció en Ginebra que su gobierno iba a propiciar la creación de ligas regionales asociadas, una de las cuales sería la Liga Americana.

Estas noticias demostraban que existía un clima propicio para la cristalización de la idea, o por lo menos para comenzar su discusión en la asamblea panamericana. En esos días se mencionó mi nombre como el de un posible integrante de la delegación uruguaya; y habiéndose constituido en Montevideo una comisión con el cometido de asesorar al ministerio de Relaciones Exteriores sobre los asuntos a tratarse en Buenos Aires, sugerí la conveniencia de incluir entre ellos el proyecto relativo a la Liga Americana. En ese documento reiteré lo que estaba en el criterio de todas las esferas que habían seguido la actuación de la Liga de las Naciones: que esta institución no había logrado realizar sus objetivos fundamentales, es decir, el postulado del desarme, la evitación de las agresiones y la organización efectiva de la paz. Ginebra se había caracterizado como un centro de discusiones acaadémicas y el mundo político preveía lo que pocos años después había de convertirse en una espantable realidad. En mi comunicación a la comisión asesora no vacilé en afirmar textualmente: «Cada día nos acerca más al conflicto que colocará frente a frente, no ya a los grupos nacionales y étnicos, sino a las doctrinas opuestas en materia de gobierno y organización social.» La solución de solidarizar políticamente a los pueblos de América, enunciada por Brum en 1920, me parecía de una oportunidad impostergable en 1936, e insistí en la elección de Montevideo como sede de la asociación interamericana.

Estas ideas no prevalecieron, y decliné mi eventual inclusión en la delegación uruguaya. La Conferencia de Consolidación de la Paz, integrada por personalidades ilustres, puso término a sus sesiones académicas votando una proposición del canciller argentino, doctor Saavedra Lamas, sobre abolición de la violencia en las relaciones internacionales. Fué una expresión más de generosidad teórica que se añadió al conjunto de instrumentos ya celebrados en otras capita-

les con propósitos de avenimiento y cooperación pacifista, y cuyos resultados no lograron evitar la conflagración de 1939 a 1945.

Transcurren los tiempos y los hombres pasan, pero el propósito expuesto perdura y se consolida a pesar de las tragedias exteriores y los obstáculos internos. Un jurista de autoridad notoria, el doctor Camilo Barcia Trelles, acaba de consagrar un estudio a la tesis del presidente Brum, cuya importancia permanente destaca y define «como la más firme, la más coherente y la de mejor orientación que todas las señaladas» (1). El comentarista comparte la opinión del autor, de «que la solidaridad continental tendría su expresión en la constitución de una Sociedad de Naciones Americanas», y que esta unión redactaría su propio código. Estoy persuadido de que, a pesar de las influencias que han demorado la consagración de la doctrina uruguaya, su adopción es sólo una cuestión de lógica, de tiempo y de oportunidad que, al realizarse, demostrará que el Nuevo Mundo ha entrado en la etapa de su madurez.

LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL

---

(1) «La doctrine de Monroe dans son développement historique, particulièrement en ce qui concerne les relations interaméricaines», par Camilo Barcia Trelles. — Troisième partie, chapitre premier, «Essais de caractérisation». Publicado en el *Recueil des Cours de l'Académie de La Haye*. vol. 32.

## CUATRO DISERTACIONES (1)

### AUGE Y PORVENIR DE LOS GREMIOS

¿Se llegará por el gremialismo a desquiciar el régimen democrático, cuyos indiscutidos goznes son el parlamento y los partidos políticos? Es temprano para contestar esta pregunta. Pero la verdad es que los gremios tienden más y más a constituirse en minúsculas repúblicas dentro de la sociedad. Y la verdad es también que desde puntos de vista inmediatos no han podido hacer otra cosa. Cuando hay necesidades en casa y oportunidad a la vista de atenuarlas, no se detiene uno a meditar en proyecciones históricas.

Así, nada hay que objetar en cuanto a derecho y oportunidad en la reaparición de los gremios como fuerzas autónomas en el escenario social. Los reparos asoman cuando consideramos el contenido y esencia del gremio y las consecuencias sucesivas de su actividad.

Un gremio no puede moverse, casi no puede existir más que en función de sus intereses inmediatos. Ni un sindicato obrero, ni una asociación profesional ni una liga de propietarios puede ir más allá, pese a los desvelos de muchas entidades para asignarse cometidos artísticos o deportivos que siempre resultarán agregados de tercer o cuarto orden respecto a la misión propiamente gremial.

Esta taxatividad del gremio respecto a sus fines e intereses es lo que le convierte, dentro de las sociedades de derecho, en fuerza extraña y desequilibradora. La misma especificidad de problemas que une a los componentes del gremio les separa del resto de la masa social. En el orden práctico esto significa, por ejemplo, que cada mejora lograda aisladamente por un gremio señala un alza en el costo de la vida de los otros. Pero en el orden moral significa mucho más.

Ya hemos dicho que los gremios tienden a constituirse en pequeños gobiernos. Tienen su asamblea, su poder ejecutivo, su presupuesto, su prensa y a veces su idioma o jerga propios. E incluso hay muchos que poseen un tosco trasunto del poder judicial, cuyos tribunales sentencian y penan a disidentes y rebeldes.

Empero formas como éstas, que representan máximas cristalizaciones del derecho occidental, sólo pueden pervivir en un clima de rigurosa legitimidad. Cuando se las trasplanta a los ambientes

(1) Pronunciadas en los ciclos culturales del Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica de Montevideo.

unilaterales, combativos y exclusivistas de los sindicatos, se desnaturalizan, y bajo apariencias verbales retrocedemos sin más de Occidente a Oriente; de lo moderno a lo primitivo. Vemos de pronto en acción la justicia de los cadíes o procedimientos vindicatorios que quisieran semejarse a los de la Ley de Lynch.

Además del difícil equilibrio del derecho, falta a estos pequeños gobiernos la doble ala del espíritu y de la historia. El espíritu de un sindicato está identificado con sus intereses comunes, lo que equivale a decir que es precisamente un no-espíritu. Por eso su visión concluye en la frontera gremial, tanto en el espacio social como en el tiempo. Así en este último aspecto, deben vivir en un perpetuo actualismo que los sustrae a la corriente histórica del país. En sus decisiones no hay ayer ni mañana; son por así decirlo, al contado riguroso. Nada importan las fechas de los libros de actas si faltan los órganos comprensivos del andar histórico; la noción de las consecuencias futuras y la visión del conjunto social en que se actúa.

Estas líneas las escribimos pensando no tanto en los gremios obreros, cuya limitación a objetivos inmediatos es casi siempre forzosa, sino en las asociaciones de profesionales e intelectuales, que tan prestamente se han asignado restricciones análogas, imponiéndose un desentendimiento del conjunto social cuyos resultados deben o debieran conocer bastante. Porque es aquí donde la tendencia gremial, al propagarse por contagio a zonas casi opuestas a aquellas donde se engendró el sindicalismo, aparece como más perturbadora y amenazante para el porvenir de la democracia.

Porque ¿qué puede esperarse de la irrupción de estos órganos primarios, *que tan a menudo se conducen como ejércitos de ocupación dentro de la misma sociedad a que pertenecen?* ¿Qué resultados aguardar de la miopía propia de unos, que nada les deja ver fuera de las conquistas inmediatas, y de la miopía provocada de los otros, que deben proceder como si tampoco vieran más allá? ¿Adónde puede conducir la disputa general de los gremios, competidores de una carrera sin término dentro de un régimen que no la previó? La respuesta es clara y está contenida dentro de las mismas preguntas.

No se trata, por supuesto, de formular vaticinios. El acontecer social es siempre inescrutable. El mañana regala habitualmente formas inéditas, resistentes a la predicción, por más científicas que sean sus bases. Así, no vamos a ofrecer predicciones de futuro —que tanto fascinan a veces— sino simplemente a señalar los efectos próximos de la agitación gremial, *de continuarse ésta en las condiciones actuales.*

Uno de los primeros efectos de la preponderancia gremial es la dislocación entre lo político y lo social. Tenemos ya ciudadanos que

como componentes de un gremio adoptan actitudes, a menudo violentas, contra el mismo partido político por el cual votan constitucionalmente. Existen profesionales que se colocan contra un gobierno cuyas jerarquías comparten desde la Universidad o las juntas técnicas. Y hay, en fin, funcionarios públicos que como miembros de un sindicato se enfrentan contra el Estado a cuyo cargo corren sueldo, jubilación, vivienda y asistencia... y que concede la personería jurídica que tutelaré los derechos de ese mismo sindicato.

Esta duplicidad entraña el más peligroso de los juegos de posiciones. Peligroso no sólo para el Estado, sino para todos los componentes de la sociedad, incluidos, naturalmente, los que militan en los gremios. Apareja una grave confusión de valores y situaciones y hace creer al individuo —a través de algunos éxitos parciales— que puede comportarse como entidad segregada del conjunto social, sin ninguna consecuencia nociva. Pero ya hemos dicho que estos fenómenos hay que considerarlos en conjunto y a través del tiempo.

A la larga, el resultado de esa duplicidad oportunista no puede ser otro que el debilitamiento de los partidos políticos y de la política misma. Y quien dice debilitamiento de los partidos y de la política, dice debilitamiento de la democracia, que está compaginada sobre esos ejes. Sin partidos no hay cohesión parlamentaria; no hay acción programática ni planes duraderos. Un parlamento gremial sería un parlamento subdividido casi hasta el número de cabezas.

Sin embargo, en casi todos los gremios se prestigian divisas tales como «absolutamente apolítico», «aquí no se hace política», etc., como si la política fuese una actividad extrasocial; como si se hablara de algo ajeno o contrario a la conquista de nuevas formas sociales. Tal absurdo apenas merece ser rebatido. Las grandes reformas han sobrevenido siempre bajo bandera política. Y mientras haya una libre vida social habrá política, a menos que los hombres renuncien a tener ideas y opiniones, preferencias y antagonismos.

Y luego, política significa tanto ideas como hombres. Sin líderes y ejecutores, las ideas son apenas sombras de biblioteca. Si no han respirado el aire de la plaza pública, las doctrinas no son más que ornamentos. Conviene recalcarlo en momentos en que se ha puesto de moda afectar desdén por el «político profesional» ¡como si fuese posible prescindir de su agobiadora faena! ¡Como si el llevar los programas al plano de la acción no requiriera continuidad en las funciones públicas!

En fin, volviendo al tema: los gremios han invadido el campo social y se encuentran ya, estremecidos e impacientes, a la entrada del ágora. Es fácil explicarse su creciente aspiración. La maravillosa carrera de la técnica abrevia todos los procesos y hoy día se amasan las riquezas y se incorporan adelantos en décimas del tiempo

que se necesitaba una generación atrás. Las gentes se inquietan más y más por participar en ese proceso cinematográfico. Entonces aparece, como tendencia psico-social, este nuevo gremialismo de nuestros días, que señala el tiro más corto para lograr mejor posición. Que ya no es el gremialismo de otros días —única arma de que disponían los humildes— sino el de todas las profesiones y oficios, incluso aquellos de corte universitario que más necesitan del equilibrio social y la garantía de los poderes públicos para subsistir.

¿Cómo arribar a una solución? La fuerza viva de los gremios no puede desconocerse ni dejarse a un lado; menos puede soñarse con volver las cosas a su estado anterior. Hay, entonces, que encauzar esas fuerzas y concertarlas entre sí.

Si como entidades exclusivistas y combativas los gremios resultan muchas veces perturbadores, como órganos consultivos y colaboradores serían de una extraordinaria eficacia; se diría que ya están resultando indispensables. Sus informes y conclusiones sobre los problemas que les son específicos, en vez de servir de proyectiles para la lucha, pueden convertirse en elementos básicos para las tareas de planificación y reforma a cargo del gobierno.

Es, pues, necesaria una etapa de educación sociológica por la cual los gremios adquieran mayor conciencia del conjunto social a que pertenecen y merced al cual viven; por la cual adviertan, además, que poseen un valor funcional capaz de desarrollarse solidariamente y dar nuevas formas a la sociedad. Y no creemos que esta etapa pueda ofrecer particulares dificultades. Ya es bastante fácil comprender que nadie está aislado de las esferas financieras, internacional, pedagógica, agraria, cívica, política, etc.; que los problemas sociales son solidarios y que cualquier solución por separado es efímera, cuando no viene a agravar las mismas situaciones que se trató de remediar.

Una nueva legislación, ágil, directa, de flexibles resortes actuales, podría simultáneamente realizar la aproximación y consulta entre los poderes públicos y los sectores todos del trabajo. Entonces nuestro sistema democrático comenzaría a trabajar con dos estructuras a la vista: la de los partidos políticos y la de los gremios, siempre bajo la hegemonía parlamentaria. Esta fórmula doble ya está bosquejada en los hechos: sólo es cuestión de mejorarla y llevarla adelante hasta lograr la solución.

## SENTIDO DE LA PROPAGANDA EN LA NATURALEZA

Casi todos los que han tratado el tema están de acuerdo en que la propaganda no se puede definir específicamente. Sin embargo,

allá adentro de la palabra vibra su significado primero, terminante y claro; su fe de bautismo etimológica que no deja lugar a una duda. Propagar significa multiplicar la especie por vía de la generación. Sin dificultad se traslada el concepto al mundo de las ideas: acto por el cual el espíritu se multiplica y difunde por ansia de continuidad y perduración. Tal es el íntimo y último sentido de lo que es o debe ser propaganda y en el cual se halla la clave de su interpretación final, que sirvió de base a nuestra «Filosofía de la Propaganda».

Las formas de propagación en el mundo vegetal guardan cierto paralelismo con las del pensamiento. Conocemos y celebramos el estallido de ciertos frutos que proyectan la simiente a distancia; el largo vuelo en paracaídas del cardo y otras semillas; la adhesión del abrojo a la piel de las especies trashumantes; las fecundaciones indirectamente logradas por intermedio de insectos o pájaros a quienes se ofrece premio o retribución por su labor. Y bien, volvemos a encontrar los mismos expedientes en la manera expeditiva o complicada con que los innovadores suelen soltar, al destino o al viento, sus ideas, doctrinas y exaltaciones.

Hay candentes proclamas de Martí donde se diría que las maduras cápsulas del espíritu explotan sobre el auditorio para proyectar la irresistible simiente. En cambio, oportunidades se cuentan en que las ideas, faltas de fuerza para domeñar el ambiente, suelen, como el abrojo, asirse a un sistema constituido y poderoso que las conduzca. A demostrar la esfericidad de la Tierra pudo llegar Colón porque hincó su novel geografía en el vellocino de oro de Indias. La Reforma incipiente se ampara en las demandas del nacionalismo germano y desde el primer momento la palabra «extranjeros» (Welschen) alterna en las protestas de Lutero con los temas de la predestinación y las indulgencias.

Tras ese primer paralelo, encontramos luego que la naturaleza nos ofrece propaganda no sólo en el sentido genético del vocablo, sino también en los conceptos corrientes del anuncio y las fórmulas de prestigio. Así, desde antaño se hace hincapié en el aspecto llamativo de que se revisten tantos frutos: naranjas, manzanas, fresas, granadas. La *vistosidad* se ha asociado aquí a la *visibilidad*; la promesa o acicate al toque de atención.

Sin embargo, no podemos aquí abalanzarnos a las habituales y optimistas conclusiones. Muy por el contrario, será preciso abrir un paréntesis de los más reflexivos. Porque junto a esas frutas doradas o rojas existen otras de apariencia humilde e incluso disimulada: cocos, aceitunas, nueces, almendras, bayas de cacao, paltas, etc. Un racimo de uvas es tentador; en cambio, el salutífero zumo del magüey está secretamente envasado en una planta de hostil continen-

te. Atractiva es la presencia de cerezas y duraznos; empero, si nos atuviésemos a ella, no comeríamos higos ni piñones.

He ahí, al parecer, un plan publicitario bastante singular. ¿Qué diríamos de una agencia de propaganda que incurriese en semejantes incongruencias? Y éstas no paran ciertamente allí. Hay otras más considerables: frutos tóxicos y semillas peligrosas revestidas de aspecto promisor y atrayente; hermosas bayas absolutamente insertibles; hierbas o mieles aromáticas y traidoras. En el trópico el catálogo es particularmente complicado y Horacio Quiroga le dedicó más de una fuerte página.

Si ante un panorama semejante adoptásemos los viejos criterios adecuacionistas, llegaríamos a las conclusiones más peligrosas desde el punto de vista social. Porque si la naturaleza realiza ese doble juego; si su ejemplo es el de instituir normas de presentación atractiva y de pronto valerse de ellas para precipitar a un engaño ¿cómo culpar al hombre que utiliza similares arterías?

En cambio, prologando las líneas mismas de la analogía trazada, advertiremos que la cuestión adquiere contornos de un interés incomparable: la naturaleza señala no sólo los legítimos procedimientos de propaganda y difusión, sino también sus insuficiencias, imperfecciones y descuidos, así como sus abusos, vicios y deslealtades. Acabamos de ver esos tres aspectos en unos ejemplos; desarrollar el tema por completo sería faena darwiniana y es por otra parte seguro que los lectores poseen experiencias y recuerdos específicamente vinculados al tema.

Consideremos, desde esa perspectiva, un espectáculo de los más conocidos: un campo de trigo ofrece un bellísimo aspecto, mientras que los cultivos de maíz brindan una impresión de vulgaridad desprovista de todo valor estético.

De primera intención, no podría pedirse nada más inexplicable que esa diferencia en la presentación de dos cereales de idéntico valor. ¿Por qué la tosca hoja y el ridículo penacho del maíz, que no sabe cimbrear al viento como el trigo? Mas en cuanto abandonamos la perspectiva simplemente humana y observamos un poco más el contenido de ese planteo, aparece la lección; la formidable lección que restalla, plástica y viva, desde todas las formas del mundo vegetal; el largo rumor que a manera de advertencia repiquetea, incansable, desde la tierra misma. Ese es precisamente el primer y eterno capítulo de la enseñanza: prevención de las apariencias, de la presentación sugestiva y estimulante. Así en ese mundo como en el humano, la vistosidad y el aparato son cosa aparte del valor, y es éste quien justifica a aquellos, no a la inversa. Las apariencias —por serlo— son además imitables y falsificables. Es

preciso, pues, tenerse firme ante los dos planos, no siempre coincidentes, del ser y del parecer; del valer y el aparentar.

\*  
\* \*

Ciertamente, de esa primera lección tenemos antecedentes a través de los fabulistas. Mas queda todavía la parte profunda, inmensamente profunda. En ella se diría que la naturaleza nos propone, junto al desbordante paganismo de sus formas, el cristianismo insondable de esas sus retracciones. Colma el modo pagano en la exhibición insolente de fuerzas y poderes; los ropajes brillantes; los pigmentos que desafían los sentidos y los aromas que los enervan. Pero introduce el acorde cristiano, el intenso juicio ad-valorem, al presentarnos los desheredados de la forma; los insignificantes; los que no aciertan una exhibición y poseen igualmente espléndidos valores.

\*  
\* \*

«Porque es áspera y fea, yo le tengo piedad a la higuera» cantaba Juana de Ibarbourou en uno de sus primeros poemas. Esta es una síntesis feliz del sentimiento cristiano ante la desigualdad de las formas naturales. Sentimiento que no se hallará expresado en toda la literatura antigua, pero al cual el mundo cristiano se aficionó a su vez en demasía, hasta el punto de olvidar el anverso. Contra este subsiguiente exceso hemos de tener, decididamente, cuidado, ya que estropearía de nuevo la magnífica lección que hemos de leer siempre en su íntegro contexto. Porque si los citrus y los trigos plasman el vigor y la gracia, si el olor de manzanas es anunciación de salud, tampoco es ello mero azar ni puede borrarse del cuadro de universales proposiciones. Y de este modo se equilibran las dos irrenunciabiles visiones: profundidad de los valores y opulencia de la plástica; el reino del espíritu y la dorada república de las formas.

\*  
\* \*

Para los que gustamos estudiar la vieja cuestión, la doctrina es todavía más exigente. Dijimos que la naturaleza nos presenta no sólo los legítimos procedimientos de difusión y propaganda, sino también su imperfecciones y descuidos y aún sus vicios y truhane-rías. Hay que recordar ahora que el hombre es un ser esencialmente crítico y reactivo. Debíó reparar en que junto a las fórmulas sub-

yugantes de reclame y prestigio, la naturaleza estampa la más seria indicación de criticarlos y superarlos; que nos advierte, casi tomándonos del brazo, la necesidad de no entregarse completamente a su imperio. Presenta su aparato —maravilloso casi siempre— pero bien se cuida de dejar aquí y allá constancia de que se trata sólo de eso: un aparato. Introduce la técnica de sugestión imaginativa y sensible, a la vez que promueve dudas y conflictos respecto a su empleo. Todos los años, a la vuelta de las estaciones, la doctrina es la misma.

La crítica y la desconfianza humanas se ven así imperiosamente exigidas por la contradictoria pompa del mundo vegetal. De una sola vez y para siempre se nos han dicho allí las cosas. Por concretas y reiteradas ya debían estar aprendidas totalmente, sobre todo teniendo en cuenta que es el signo de interrogación el que ha servido de antena al intelecto humano en todos sus avatares. Mas no es así. Aunque venga planteando sus réplicas con todo vigor desde la antigüedad helénica, el hombre vuelve a caer una y otra vez en los estadios ingenuos de la gran cuestión. Se diría, tanto en la historia como en la vida, una duplicidad o alternación irresistible: desconfianza y reacción contra el embrujo de las apariencias, e ilusión que de nuevo le hace alargar la mano ansiosa hacia las cortezas doradas y las promesas fascinantes. Incomprensible alternativa; sin embargo, ahí está, hoy como ayer.

### DESPUES DE LA SUBA DE PRECIOS

Es difícil darse cuenta del momento en que se vive; se diría que lo conocemos recién cuando ha dejado de ser presente, cuando comienza a alejarse y se proyecta hacia atrás en sus primeras formas históricas.

Oyendo hablar a la gente de suba de costos y penurias económicas se confirma ese aserto. Ahora se va comprendiendo más y más lo que ocurre, precisamente porque el proceso inflacionista de postguerra ha girado el primer tramo de su trayectoria y podemos ver un segmento que ya es pretérito.

¿Qué tiene de específico ese momento; qué es lo que le diferenciaría de otros similares que le precedieron? ¿Qué ocurrió en él a los sectores sociales que no le hubiese sucedido antes? Trataremos de explicarlo. Y por supuesto, no se trata de opinar aquí sobre problemas de producción, moneda o abastecimientos; es la fisonomía humana, es el perfil psico-social el que quisiéramos explorar en relación a las líneas principales del tema.

El acaparamiento o retención de mercaderías con fines especulativos es asunto tan viejo como el mundo. Más de una ley frumentaria se votó en la antigua Roma para reprimirlos. Las maniobras de precios o los variados recursos con que se multiplican despiada-

damente los efectos de la ecuación oferta-demanda son también cosa de todas las épocas. Pero hoy existe un elemento que consideramos nuevo en esa esfera. Es nada menos que un estado de conciencia colectivo; es la formación de una entidad gregaria en torno a la especulación y a la urgida plus-valía que levantó los precios a velocidad de remate.

En Psicología Social se admite la existencia de masas o grupos sociales compuestos por personas que jamás se han visto entre sí ni tendrán oportunidad de reunirse: los componentes de un partido, los lectores de un mismo diario, los ciudadanos comprendidos en los efectos de alguna ley. Hay sentimientos y expresiones genéricas en la clase media, sin que ésta se haya organizado jamás como tal. Guy de Maupassant, en el más célebre de sus cuentos («Bola de Sebo») nos habla de la fraternidad del dinero, que por cierto existe en perpetua vigencia entre las personas que lo poseen de sobra.

Aunque las personas así vinculadas abstractamente no se traten o lo hagan circunstancialmente, no por eso deja de actuar en ellos el espíritu colectivo, *group-mind* o como quiera llamársele. Y ésta es la presencia que se advierte en el proceso inflacionista y las maniobras de especulación. Se ha formado un complicado grupo o grey social que responde a ese espíritu.

Hemos estado —en el país y quizá en el mundo entero— frente a una comunidad especuladora cuyos miembros se desconocen casi todos entre sí pero que actúan con idéntico temperamento. Sus procedimientos son definidamente genéricos. Es un abigarrado conjunto de importadores, industriales, intermediarios, minoristas, corresponsales, etc. etc., cuya urgencia de ánimo deja muy atrás los caracteres que corresponden a todas las demás formas colectivas de nación, raza, credo, idea u oficio. Se sale a la calle en ese estado de ánimo; se le afirma en cada acto y en cada palabra. El total proyecta la imagen de una gigantesca Bolsa Negra donde se está perpetuamente a la espera del «golpe». Tan nítida es la imagen que ha podido servir de asidero a la inspiración artística. Así, la última obra teatral de Jean Giraudoux, «La loca de Chaillot», estrenada no hace mucho entre nosotros, no es más que un rudo y repugnante enfoque de esa forma social brotada en el desorden de la posguerra.

Como rasgo diferenciador de las fórmulas que habitualmente inviste el instinto de lucro, se observa que esta vez no hay planes a largo plazo ni previsiones de valorización futura; todo ha de ser rápido, inmediato, ahora mismo acaso. El telegrama y el telefonema son las expresiones concretas de ese afán que por momentos desborda el carácter mercantil y viene a asemejarse al de las expediciones hambrientas de oro y marfil o al de los jugadores. A los tradicionales factores sociales de imitación y contagio se ha sumado la intensidad, a veces feroz, con que se trata de explotar un momen-

to que se presiente pasajero, próximo a caducar. ¡Aprovechemos el instante! Es el viejo *carpe diem* horaciano traducido al vértigo financiero del siglo XX.

Ahora bien, la actividad de esta Bolsa Negra se complica a causa de las muchas leyes de control, represión y vigilancia establecidas en el orden comercial por gobiernos y municipios. Son necesarias las más ingeniosas y solidarias estratagemas para burlar aquellas medidas. Lo que significa que en última instancia la actividad ilícita se perfecciona, paradójicamente, en las leyes que la prohíben. Es preciso casi siempre la consulta, la disciplina y la connivencia para enhebrar, una tras otra, las lagunas de la legislación represiva; para hallar los puntos vulnerables en inspecciones, registros y contralores. Con ello se ha robustecido el *group-mind* de la especulación, dando en oportunidades a sus miembros los firmes y definidos caracteres correspondientes a la *societas secreta*.

Aparecen aquí como verdaderos competidores del Estado cuya actividad es facilitada por las condiciones de la economía moderna. Como ya observara Jorge Simmel, «desde que el tráfico de valores se realiza por medio del dinero, se ha hecho posible un secreto que en otras formas económicas no podía conseguirse. Tres cualidades de la forma monetaria tienen importancia para estos efectos: 1º) el ser comprimible, es decir, permite enriquecer a una persona con un cheque que se desliza imperceptiblemente en su mano; 2º) el ser de condición abstracta y sin cualidades particulares <sup>(1)</sup> gracias a lo cual pueden llevarse en secreto transacciones, adquisiciones y cambios de propiedad, lo que era imposible cuando los valores estaban formados por objetos extensos y tangibles; 3º) su acción a distancia, merced a la cual puede invertirse en valores más alejados y sujetos a continuo cambio, escondiéndolo así a la mirada de los más próximos».

Paralelamente a esta grey especuladora se ha formado, aún cuando con caracteres mucho menos definidos, la de quienes padecen sus efectos. Es la correlativa constitución de otro estado de ánimo colectivo cuya saliente genérica podría denominarse «psicosis de la víctima». Es la de aquellos que han acabado por aceptar ese estado de cosas y por así decirlo, se han plegado a él.

En efecto, ningún mercado negro puede sostenerse sin la colaboración de los clientes. Y no se arguya que éstos obran impulsados por la necesidad de obtener a cualquier precio y de cualquier modo una mercadería esencial. Se ha observado muchos casos en que no es así. Artículos tan alejados de lo imprescindible como las estilográficas, los relojes, los perfumes o los marfiles han sido ob-

(1) Podría irse más lejos y establecer simplemente: el dinero es siempre *quantum* y nunca *qualitas*.

jeto del tráfico ilícito en todas sus formas. Pareció en determinado momento como si el espíritu colectivo ordenase comprar lo que escaseaba o resultaba muy caro obtener.

Otras veces el consumidor entra en competencia sin necesidad o urgencia que lo impulse en tal forma contra sí mismo. Se ha visto a interesados en arrendar un inmueble de categoría ofrecer espontáneamente un alquiler mayor del que estaba fijado. Se sabe de los muchos clientes que llegaban a la tienda o la carnicería con ánimo de mejor postor. En fin, hay todavía constancia oficial de que las propias clientes de un modesto establecimiento se dedicaban a ejercer vigilancia en favor del comerciante, para evitar que éste fuese sorprendido por inspectores al aplicar sus precios fuera de tarifa.

De todas esas maneras los consumidores se han prestado al juego de la especulación, dando origen a un peligroso ciclo dentro del cual no hay controles ni normas posibles. No es desde luego un estado colectivo formado, sino entrecortado por las protestas, críticas y violencias propias del instinto de reivindicación. Pero de cualquier modo la universalidad de los mercados negros; la facilidad con que una maniobra comenzada en un país halla en otro su inmediata corresponsalia y sobre todo, la continuada adaptación que se observa entre la doble grey de los explotadores y los explotados, hacen necesario que estos temas sean muy atentamente considerados por la Psicología Social contemporánea. Sólo desde su campo será posible el proceso educativo popular que dé a la legislación de control y ordenamiento una eficacia mayor que la lograda hasta el momento.

### LA CRISIS OCCIDENTAL DE LA FAMILIA

Según Carl Zimmerman, sociólogo de Harvard, asoman en Occidente los síntomas claros de la culminación próxima de una crisis de familia, semejante en formas a aquellos procesos que acompañaron la decadencia del mundo griego después de Pericles, o el descenso del mundo romano hacia los siglos II y III de nuestra Era. En esa época el matrimonio y el sistema familiar de la sociedad romana se habían convertido en una farsa.

Los síntomas que se observaron entonces, y que se reiterarían hoy, son para Zimmerman los siguientes: 1) Aumento de los divorcios sin causa fundamental; 2) Decadencia de la natalidad; 3) Eliminación del significado de la ceremonia nupcial; 4) Negativa de las personas casadas a mantener las tradiciones y a cumplir con sus deberes; 5) Difusión del anti-familismo; 6) Rebelión de la juventud contra los padres; 7) Desarrollo de la delincuencia juvenil; 8) Aceptación corriente de actos anteriormente considerados como anomalías o perversiones; 9) Aparición del matrimonio de compañía u otras formas inestables de convivencia, etc., etc.

En el curso de su investigación, hace notar el profesor de Harvard que en la actualidad los padres deben vivir bajo un sistema que se va ajustando más y más al de las parejas que no quieren ni tienen niños. «La persona olvidada de nuestra sociedad occidental es el hombre o la mujer que honesta y sinceramente quieren tener hijos». Deben adaptarse a un ambiente cuya tendencia es la de rehuir las dificultades que traen consigo la paternidad, la educación, la unión a perpetuidad y demás serias obligaciones familiares.

En tales caracteres se ha gestado gradualmente la crisis de familia, que ahora se desenvuelve rápidamente, acercándose a un gran final, como en Grecia y en Roma.» Predice Zimmerman que «los Estados Unidos, junto con otros países de la cristiandad, llegarán a las fases finales en un período comprendido entre los años actuales y el final del siglo».

Es mucho lo que hay para comentar en los conceptos del ilustre sociólogo. Pasaremos por alto el determinismo con que enfoca los hechos y los hace forzosos e irresistibles, y que no aceptamos aunque esté muy en boga y sea muy respetable; en materia histórica hay que prever siempre lo imprevisto, como apuntaba sagazmente Lord Beaconsfield. Y vayamos directamente al asunto.

Obsérvese primero que el proceso de debilitamiento familiar se nota particularmente en dos países de los más grandes, poderosos e influyentes sobre sus vecinos: EE.UU. y la URSS. En Estados Unidos el desmembramiento es la resultancia de una manera de vivir y pensar; una consecuencia de la despreocupación de sentir y realizar los viejos e íntimos valores hogareños. No hay materialmente tiempo para un cultivo tan prolongado. Y ello va unido a un ansia de radical independencia personal. De ahí que no sólo la relación entre los cónyuges, sino la tanto más seria padre-hijos esté a menudo desprovista de todo contenido espiritual. Se desvirtúa en fórmulas de compañerismo a menudo chocantes; podéis verlas hasta en las historietas popularizadas por la prensa de todo el mundo. En cambio, en la URSS, es el fruto de una política premeditada; de la legislación impuesta por una minoría para acabar con los «prejuicios» del matrimonio y de la familia. En ambos casos, los efectos sobre los países sometidos al área de influencia material o moral han sido rápidos y profundos.

Ciertamente, ante esta corriente mundial de hechos, podrán algunos argüir: ¿Y no se tratará de una manifestación de progreso? ¿No será la familia una forma social anticuada que debemos superar? ¿No se estará operando el cambio de una estructura arcaica por otra mejor adaptada a las realidades del tiempo?

Contestamos rotundamente que no. Primero, porque ese proceso de debilitamiento familiar no lleva consigo ningún principio o sentido que lo sustente y vivifique. No es constructivo, sino de aban-

dono. No muestra la marca de nuevos valores, sino que más bien parece una crisis de desgano, irritación e incomprensión. Y segundo, por fundamentales razones biológicas y sociales que explicaremos sucintamente. <sup>(1)</sup>

Una de las ideas más notables que he oído exponer acerca de la necesidad de la estructura familiar firme y continuada, pertenece al biólogo holandés Bolk. Hizo notar el enorme tiempo que, en relación a las demás especies, demora el hombre en llegar a la adultez. A los dos años, es decir, cuando el niño está todavía ensayando sus piernas, la mayoría de los mamíferos está en condiciones de reproducirse. El caballo y el perro son viejos cuando el hombre recién franquea la pubertad. Aún las grandes especies longevas, como el elefante, cumplen su crecimiento en tiempos harto más breves que el humano. Y bien, este extraordinario lapso, único en el mundo, que requiere el ser humano para alcanzar la adultez, es el que exige la presencia de un vínculo estable entre dos generaciones, que es la familia. Ninguna otra organización puede brindar, durante un tiempo tan largo, la asistencia necesaria al niño y al adolescente según los diversos y difíciles períodos que debe cumplir hasta alcanzar su completo desarrollo. Quien tenga alguna duda al respecto, hará bien en visitar un asilo u orfelinato, así sea el más moderno del país más adelantado del mundo.

Ese es, pues, el fundamento biológico de la familia. Veamos ahora algunos aspectos sociales y pedagógicos directamente relacionados con éste.

Desde Aristóteles se ha dicho que el hombre es un ser social; que complementa su propia persona en sus relaciones con los demás. Y la primera y más importante de estas complementaciones es la familiar; es la que realmente le hace ser más él mismo. Por eso los países donde el hombre es más individualista, más diferenciado y menos gregario, son aquellos donde, como en España e Italia, la familia es precisamente más fuerte.

La explicación de este hecho es sencilla. Es un viejísimo lugar común de la poesía aquello de que «los sentimientos florecen al calor del hogar». Ahora bien, los psicólogos han encontrado que esta es una completa verdad, hasta el punto que muchas rarezas de carácter en el adulto y hasta verdaderas psicopatías, tienen su origen en las páginas de una niñez desventurada. Con su enorme tiempo vital, con la continuidad de sus experiencias, la familia es el único sistema que puede proporcionar un desarrollo equilibrado de las emociones y los instintos. Porque los sentimientos y las emociones, pese a su intensidad, son fuerzas de corto alcance; deben desarro-

(1) Aquí se repiten conceptos expuestos en mi obra «Caracteres Sudamericanos», México, 1951.

llarse y actuar en medios bien protegidos. Es la intimidad, en la segura intimidad, donde pueden desplegarse y florecer sin sufrir los desvíos y *refoulements* que tanto trabajo dan al psicoanalista.

El hombre desposeído de esa intimidad difícilmente llega a alcanzar el desarrollo completo y equilibrado de su persona. Son muchas las experiencias que le faltan. Frecuentemente llega a perder su propia capacidad de sentir íntimamente; sustituye el sentimiento por la sensación y su propia vida interior, su soledad, son para él motivo de mortal aburrimiento, del cual debe escapar a cualquier precio.

Este es el caso tantas veces descripto por los novelistas norteamericanos contemporáneos del hombre de negocios 100 %, educado desde la primera infancia en la única disciplina de la competencia económica. Este hombre ha matado en sí todo lo que hace estimable la vida; casi no es un hombre. Aunque sea benévolo y humanitario, no está ligado a nadie; no quiere a nadie y lo que es peor, no podría ligarse a nadie aunque lo pretendiera, porque carece de intimidad, y por lo tanto, no puede entablar relación íntima con ningún otro ser humano.

Donde quiera que el hombre abdica de su capacidad de sentir íntimamente se observa un inmediato empobrecimiento de la aptitud de vivir. La deshumanización trae consigo una innegable decadencia vital, una característica ineptitud de resolver los conflictos personales. De ahí el aspecto tragicómico que ofrecen la vida amorosa y la relación conyugal, en esos grandes países donde la familia ha perdido ya casi toda su significación.

Y ante tal planteo, y no aceptando como fatales los hechos históricos que Zimmerman señala ¿cuál es la política a seguir? Es un tópico extenso que quedará apenas indicado. Diremos en primer término que la familia, para subsistir, debe renovarse a compás del tiempo. Ello significaría que sería perfectamente inútil querer retornar a los grandes cuadros patriarcales de antaño. La familia tiende a reducirse a la órbita indispensable: cónyuges e hijos. Aceptémosla así; dentro de tales límites están todavía los valores de una generación y de todas las subsiguientes.

Esta unidad fundamental es la que debe ser resguardada y robustecida. Los utopistas de otros tiempos querían que los hijos fueran criados en común por el Estado. Hoy no existe ya quien piense de ese modo; y por el contrario, es el Estado quien se preocupa de estimular la tarea, tan onerosa al presente, de la crianza en el hogar.

La gratuidad de la enseñanza, las asignaciones familiares y la legislación de viviendas son, entre nosotros, tres pasos dados hacia esa sana política. Pasos importantes de tendencia universal pero a los cuales debían seguir otros y otros.

Además esas conquistas, si bien importantes, están situadas en

el plano concreto e inmediato donde afloran los síntomas y efectos, pero no donde están las causas, que son más profundas. Y que están ligadas de tal modo a otros fenómenos de la época que, de primera intención, se diría inútil cuanto se hiciera para conjurarlas.

Pero no es así, y todo lo que debemos hacer es afrontar esas cuestiones en el mismo plano profundo en que se hallan. Tendremos, pues, que remontar hasta una de las zonas más íntimas de la educación humana, aquella que Schiller llamó educación estética del hombre, y todavía, darle proyección social.

Hay dos sentidos o valores indisolublemente ligados al instinto familiar: el de la propiedad y el de la herencia. Bien sabemos que los sociólogos utopistas al estilo de Rousseau afirmaron que ellos son la causa de todas las calamidades; que el primer hombre que se atrevió a poner un cerco a un trozo de tierra y llamarle «mío» fué el promotor de desgracias sin cuento. Pero ésto es sólo cuando hay propietarios y desposeídos; latifundistas y despojados. El día que todos puedan ejercer ese primario derecho a estar sobre el planeta, como tan gráficamente llamó el Dr. Vaz Ferreira a la posesión de la tierra de habitación, la mayoría de los problemas de la propiedad habrá terminado.

Y luego, ninguna legislación podría quitar del alma humana ese instinto de conservación y seguridad que le induce a mirar como suyo el trozo de tierra y la vivienda largamente habitados y a veces trabajados por las propias manos; donde todas las cosas se han ido moldeando conforme a las costumbres de la familia, hasta que llegan a poseer un estilo propio y definido, diferente al de todas las demás.

Y hemos llegado aquí al quid de la cuestión. Bien conocida es la resistencia de los pueblos latinos a ocupar viviendas colectivas o de tipo standard, tan usuales en otros medios. El latino aspira a que su vivienda sea una *expresión personal*, y ésto es también lo que se desea poseer y transmitir en herencia, no meramente la tierra y las paredes.

Esta es una manifestación frecuente de esos dos instintos o tendencias, que junto con el familiar, forman el cimiento del instinto social. Está adherido a la psique humana el deseo de poseer y transmitir las realizaciones individuales, nombre y carácter, ejemplo y costumbres, ideas y creencias. Subyace detrás de este afán, como último estrato del alma humana, más profundo que todos los que entrevistara el psicoanálisis, la voluntad de perdurar, el ansia de continuar o ser continuado el individuo a través de la especie. Tal vez hasta en el afán pueril con que los padres buscan el parecido fisonómico en el recién nacido deba verse un reflejo de ese apetito de inmortalidad o perpetuación. Y tal vez sea ese mismo afán el que induce a conservar y supervalorar imágenes y recuerdos, modos par-

ticulares de lenguaje —que en algunas familias de arraigo llegan a constituir casi un idioma propio, usos, costumbres y hábitos, en fin, todo lo que hace que cada familia se precisamente distinta a las otras.

Todos estos valores, ya se den en planos populares o refinados, suponen siempre la posesión de un estilo y una forma de vida. Y es eso lo que el hombre trata de conservar y transmitir; eso es también propiedad y herencia, indisolublemente ligadas a la organización familiar. Y bien, precisamente las formas y los estilos de vida tienden a disgregarse en nuestra época, como bien puede observarse, por ejemplo, en las esferas del arte. No hay seguridad ni casi tiempo para mantener la tensión que ellos suponen. Ya sea por el afán igualitario y standarizante de aquellos grandes países que mencioné antes; ya sea por presiones económicas o exceso de ligámenes colectivos, como sucede en otros, el hecho es que se observa un renunciamiento general al compromiso que consigo mismo trae aparejado un estilo de vida, y se prefiere adoptar un *modus vivendi* más llano y acomodaticio, donde ningún valor signifique demasiado y ninguna pérdida importe mucho.

Esta es la profunda causa de disgregación familiar que sólo puede ser afrontada con la educación estética en su sentido social más elevado. Cuando no hay una forma de vida propia que conservar y transmitir, la familia pierde su razón de ser y lo que es más, se transforma en un estorbo para la sucesión desesperada de ensayos, readaptaciones y novedades. Este es el momento que estamos entrando a vivir actualmente y que, como he dicho, afecta a nuestra civilización entera. En él hay que advertir algo más: a semejanza de lo que ocurre con la tierra, los desposeídos se convierten en enemigos de los propietarios; los que ya no pueden poseer esos valores de largo cultivo, muestran resentimiento y amargura contra quienes todavía los tienen. En el Río de la Plata esta reacción adopta formas cínicas que se ven crecer año a año, y este es un problema subsidiario que agrega al descenso de formas de vida en que se origina la crisis de la familia.

En resumen, más que en el plano de la moral o de las costumbres, la crisis de la familia debe afrontarse en el plano de una educación creadora que permita al hombre y a la mujer alcanzar formas y estilos de vida dignos de perpetuarse. Estos valores son el secreto de la organización familiar y además son los que constituyen el punto de partida para el proceso renovador de la generación siguiente, ya que toda renovación parte siempre de una forma definida, nunca de un vacío ni de un caos.

ROBERTO FABREGAT CUNEO

## ALGUNAS POETISAS DEL URUGUAY

### MARIA ADELA BONAVIDA

Hay muertos que es como si no hubiesen muerto. Son los que dejaron estela de ternura o de emoción artística. De tanto en tanto sentimos su presencia como cuando eran carne mortal. Ocasiones se piensa que acaso influyen en nuestros estados elevados y puros. Lo dijimos alguna vez a propósito de María Adela Bonavita; lo repetimos ahora. Vive todavía la inspirada de *Conciencia del canto sufriente*; vive, sí, a veinte años de su desaparición física. ¿Qué importan veinte años? La poesía es eternidad. Tornamos a su obra y nos invade una efusión de espirituales aromas. Aun alienta nuestra primera poetisa mística; alienta, sí, sin el peso de su envoltura carnal, en sus estrofas —melancólicas, estremecidas estrofas— que manan sutiles y tiernos sentimientos. La que antes era una joven dolorosa y resignada, irradiante de mundo interior, se ha transmutado en una fuente. Es a Ernesto Pinto —exégeta impar— a quien debemos su semblanza definitiva, el proceso de sus días harto sencillos, la imagen de su idiosincrasia, su dolor, su arte y su gloria. El nos ha narrado cómo, «una tarde apacible de otoño, la sorprendió cuando vestida de blanco, apretando contra el pecho una paloma, cruzaba la plaza principal» de San José de Mayo. El ave no era sino el sufrimiento, al que quiso de veras y abrazada al cual exhaló, en el solemne clima de su soledad, un lirismo austero y hondo. Pedro Leandro Ipuche, en el hermoso pórtico de *Conciencia*, la llama «alma del frenesí de Dios.» Y como la vieron tales poetas, Pinto e Ipuche, estrechando contra sí un ave cándida y embargada del delirio divino, nos la representamos nosotros. Criatura fugaz; individualidad de las que no existen sino para la expresión poética, y que, en cuanto la han articulado, abandonan su sitio en el mundo! Que el don de arte era en ella fatalidad, es obvio; de ahí su perseverancia en traducir sus anhelos de altura; por eso, sin que la abatiesen las más terribles circunstancias, mantuvo hasta el instante último su voluntad de crear.

¿Qué decir aquí de su personalidad y su obra estudiadas ya prolijamente? ¿Qué decir, que signifique tanto como la unción con que difundimos su mensaje? ¿Qué decir digno de ella, que representaba los valores desinteresados y nobles; de ella, voz incontaminada de la crueldad y el utilitarismo de estos tiempos?

Se fué de la tiniebla en que vivimos, pero generosa, caritativa, en cierta manera ha quedado a nuestro lado.

María Adela Bonavita es la artista que trabaja en lo profundo del silencio, atenta únicamente a los movimientos de su alma. Absórbela por completo lo trascendente. Ni un asomo de frivolidad, de pequeñez. Entristece imaginar que le fueron negados los goces conferidos a la generalidad, pero reconforta el saber que fué suya, en compensación, la euforia que posee a los grandes al ir descubriendo —con desgarradura de la que proceden las alegrías máximas— el cúmulo de sus tesoros escondidos. Sí, sus escondidos tesoros de amor, de amor múltiple: a sus semejantes y a cuanto ven sus ojos en la *Santa Tierra*. A ésta dirígese al divisar el esplendor del Arco Iris:

¡Que brinque el corderito alegremente!...  
 ¡Que se empine en el éxtasis tu árbol!...  
 ¡Que se alboroce en trinos  
 la inocencia dulcísima del pájaro!...  
 ¡Que se alegre tu mar de eternas olas!...  
 Y yo también me alegre,  
 Santa Tierra, pues ya tienes aureola!...  
 (Santa Tierra)

Cree adivinar un espíritu en los matices de una flor predilecta:

¿Quién me mira,  
 Dios mío,  
 a través de los pétalos sonrosados o lilas  
 de la hortensia?  
 (El misterio de la hortensia)

La naturaleza tiene para ella un alma humana, o sobrehumana, que se complace o acongoja según la invadan la luz o la opacidad:

La tierra sufre y sonríe  
 cuando le arrancan el color  
 (La tarde)

Y dice a la tierra, en *Santa Tierra* ya citada:

¡Tú que sufres tantas manos circulares  
 giradoras y tremendas!...

Pero sobre todo otro amor, el de la Divinidad elevaba en éxtasis a esta alma angélica. Flor agostada, enferma, María Adela Bonavita bendice el mal que habrá de acelerar su ida al senc la Divinidad. La Divinidad es su meta, su obsesión y su sed:

.....  
 ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!  
 Y aunque me afirmo en la sombra  
     todavía...  
 ¡ya levanto las alas  
     hacia Ti,  
     Patria mía!

    ¡Alegría!...  
 Bajo mis pies luminosos  
 siento la danza sombría  
     de la Curva...  
 Cada vez más pausada...  
 Cada vez más opaca...  
 Cada vez más callada...  
 Cada vez más fría  
 ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

Que, aunque me afirmo en la sombra  
 todavía...  
 siento cómo me estiro  
 en el ímpetu del vuelo  
 cuando la Carne se hunde  
 en la agonía!...

    ¡Alegría!...  
 Cuando toque con mis pies  
 los labios de la boca fría...  
 ...Cuando la sombra ya duerma...  
 ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!  
 la de mis alas ligeras  
 embriagadas en el Día!

(Tránsito)

De una intensidad pocas veces dada, estremece el grito nostálgico de María Adela Bonavita, cuya es la primacía cronológica de *Conciencia del canto sufriente* y El nacimiento de los símbolos; de aquella criatura musical y levísima que vivió lo que las rosas de Malherbe, legándonos obra lírica de alta calidad a la que, con recogimiento emocionado, será siempre grato volver.

#### ESTHER DE CACERES

Buscando lo absoluto hace su camino —que ya no es breve— esta poetisa mística cuyo verso, *del Divino Amor herido*, derrama luz misteriosa desde *Las insulas extrañas*, 1929, el libro que edita-

ran solícitos amigos suyos, lejanos pero no remotos: de Santiago del Estero, Argentina. (Retrotraemos el hecho porque revela que en la familia literaria, la más trastornada de las familias, no todo es batalla de rencores, como suele creerse; caben también los rasgos hidalgos.) Persiguiendo lo celestial, interpretando el éxtasis religioso, evoluciona de entonces al presente la poesía de Esther de Cáceres; a cada nuevo libro, más se muestra poseída de la fe. ¿Qué, sino un bracear hacia Dios, un bracear gozoso o dolorido sobre olas siempre renovadas; qué, sino el afán de arder en su llama, encontramos en *Canción de Esther de Cáceres*, 1931; *Libro de la soledad*, 1933; *Los cielos*, 1935; *Cruz y éxtasis de la pasión*, 1936; *El alma y el ángel*, 1937; *Espejo sin muerte*, 1941; *Concierto de amor*, 1944; *Mar en el mar*, 1947?

Poesía de rara subjetividad, y desde luego simbólica en sumo grado, ha de ser necesariamente la que no desaparta los ojos de lo divino; y tal es el caso de ésta.

\*  
\* \*

Tú que tienes la ternura del lino,  
Fueres muros para mi voluntad  
Me diste.

Hondas ventanas para mirar tu noche  
Tú que eres claro como el mar  
Me diste.

Tú que no tienes casa ni barca,  
Casa para todos mis sueños  
Me diste.

Pero yo abandono tus fuertes muros,  
Tus hondas ventanas nocturnas,  
Tu casa...

Porque quiero vagar a tu lado  
Por la orilla del mar y del campo  
Cantando...

¡Hacia los cielos libres  
Tu ternura y tu noche sin muros  
Y mi alma...!

Esta página de *Los cielos*, se nos ofrece como tantas otras de ese libro y los siguientes, inflamada de inspiración —mejor, de gra-

cia—, ávida de humildad; austera y contemplativa. ¿Influencia de Fray Luis de León, de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz? Puede ser; en especial del Carmelita Descalzo y de la doctora de Avila; sobre todo de aquél. El vínculo vendría de lejos. Es significativo que la autora haya convertido un heptasílabo tomado de sus lirás egregias, en título de su primer libro. Parécenos advertir frecuentemente en Esther de Cáceres, el rastro de quien produjo esa maravilla que es el romance de la Trinidad. Pero se trata de influencia trocada en carne y sensibilidad propias. Influencia, por otra parte, del espíritu y el acento, no de la forma expresiva. Quizá sólo analogía en el ímpetu, en el arrebató:

## CANTO III

Llego a un otoño de árboles...  
 Llego a un otoño de mar...  
 Mis pies van buscando un puente  
 Para la gran soledad.

—Alma mía, flor de fuego,  
 El viento leve se va...

Dejo un otoño de árboles...  
 Dejo un otoño de mar...  
 —En el jardín de la noche  
 Ya canta la soledad.

—Alma mía, mar de fuego,  
 En ráfaga de Dios vas!  
 (El alma y el ángel)

¡Cuán distintos la apacibilidad de Fray Luis, su sueño de descansada vida, su sereno remanso!

\*

\* \*

«Lo poético lo considero como profundamente religioso», confiesa Juan Ramón Jiménez, santo del arte. La religión es poesía para Esther de Cáceres; y labra ésta, cantos dos veces religiosos y dos veces poéticos, siempre exquisitos, siempre ardientes. Cantos que admiramos. Gente más docta en la apreciación de este tipo de poesía, abordará su análisis amplio, explorará huellas, buceará estados de alma, estimará y calificará sus valores según el rigor de la Mística. Nosotros nos limitamos a sentir su vibración emotiva, franqueando las puertas a su corriente de espiritualidad y arrobo.

Abunda en sutiles recursos retóricos, sin aparentarlo, esta poesía poblada de ángeles, es decir, de seres intangibles, incorpóreos, sin mácula, pues las máculas provienen de lo que ocupa sitio y de lo que se puede palpar. Sabias aliteraciones, bien dosado hermetismo, cuidado del ritmo... ¿Del ritmo? sí, de un ritmo especial que se descubre frecuentando esta poesía, esta manera, privativa de Esther de Cáceres, de crear y creer. Esta poesía a menudo arrítmica, trae su ritmo propio. En su territorio ensayan las alas o el gesto pensativo los ángeles, de un modo determinado. ¡Otra vez los ángeles!, pues estamos hablando de la autora de *El alma y el ángel*, libro cuyo nombre, como el de los demás suyos, es de por sí un poema; de la que «anda desde hace años enamorada de los ángeles», según Gabriela Mistral; y en cuyo *Mar en el mar* se deslizan, a cual más leve, el Ángel de la Música, el Ángel del Sol, el Ángel de la Luna, el Ángel del Templo; que ningún parentesco tienen con los ángeles colegiales, ni los ángeles de las bodegas, ni el ángel de la prisa de Rafael Alberti; y menos con su ángel avaro y sus ángeles envidiosos. Algo se acercan en cambio a los de Rilke. Tan ceñida se ha hecho la expresión de Esther de Cáceres, que semeja un batir de alas de ángel; apenas se nota que utiliza en ella el convencionalismo de la palabra. Leamos esta «Saeta Cuarta»: (1)

¡Qué lejos está el cristal  
de la mañana!

Abandono melodiosas  
arpas del mar,  
y contemplo, en soledad,  
sienes que nunca he tocado,  
como dos flores de estío  
ya olvidadas,

hombros de un cuerpo glorioso  
bajo un madero invisible  
curvados,

y la palma de tus manos,  
palma hermana  
de la palma de mis manos,  
para siempre atravesada.

¡Como el correr de las ágatas  
y el mirar,

(1) *Mar en el mar*, Edición Reuniones de Estudio, Montevideo, 1947.

es callada  
la gran arpa solitaria  
de este Mar!

Esta poetisa pugna por sacudirse —ello es visible— de toda atadura terrestre; de ahí que nos sea a veces esotérica; su voz llega ocasiones de un bosque del que poco sabemos y en el que ella se mueve como en ambiente familiar, sin que nada la turbe demasiado, absorba en su diálogo con Dios.

### CONCEPCION SILVA BELINZON

La poetisa Silva Bélinzon —quien había dispersado algunas notas líricas en las revistas de arte— publica su primer libro en 1943. Y por ese libro, *El regreso de la Samaritana*, premio del Ministerio de Instrucción Pública, recibe el óleo encomiástico de la crítica autorizada, vale decir, no la anónima, de importancia relativa siempre, sino la suscrita con firma responsable. Unánime elogio se tributa a esta artista de intenso temperamento, cuyo rasgo principal no es otro que su perenne inmersión en el ensueño. Eco semejante suscita después *La mano del ángel*, precedido de una epístola de Jules Supervielle, que las escatima, y *El plantador de pinos*, con prólogo poemático del egregio Humberto Zarrilli. *Amor no amado*, 1950, es, pues, su cuarto libro. Y porque se define asimismo como el más característico, detengámonos en él.

¿Por qué *Amor no amado*? Desde el título, la cifra del arcano y la oceánica sugerencia. Sugerencia ilimitada trae la frase, por cuanto sabemos que el amor, aun el amor amado, abarca un área de extensión tal que fatiga las alas de toda fantasía. Amor no amado... Quizá el amor no posible, trocado en un arte que pugna por desasirse de la realidad. A través de los senderos del libro notamos que nos alejan de ésta cada vez más, como ocurre con el Suntuarismo, el Paroxismo, el Integralismo, el Unanimismo y demás escuelas con origen —remoto origen— en el Simbolismo.

Poesía hermética. Afirmar en una nota liminar Angel Núñez: «Concepción Silva Bélinzon es, fuera de toda duda, una expresión concreta y pura de la poesía moderna. Podrá no entenderse, en lo hondo de su contenido o en la mística de un arte que tiene el sello de su personalidad.» A nosotros nos hace pensar en la teoría de la poesía pura, del Abate Henri Brémond, y en *Plegaria y poesía*, de este académico francés, uno de los tratados realmente ricos en sugerencias que hemos tenido ante los ojos. <sup>(1)</sup> De la presencia, la irradiación, la acción transformadora y unificadora de una realidad

(1) *Prière et poésie*, Grasset, París, 1926.

misteriosa nace, para Brémond, la poesía, hecho sobrenatural cuya fuerza y esencia es justamente su enigma. La poesía se revela de inmediato, sin necesidad de conocer los poemas íntegros. Tres o cuatro versos tomados a capricho de la página abierta bastan, y hasta pueden bastar fragmentos de versos. Esta afirmación reconoce un antecedente en Baudelaire, quien sostenía que una tela de Delacroix contemplada a distancia que permita adivinar el asunto, produce ya una impresión en el alma. La sensación que versos separados del todo despiertan, es por igual repentina y dominadora. Explicando cómo concibe él la poesía pura, recalca el Abate que la poesía y la prosa requieren predisposición distinta. Leer *De Rerum Natura* como si se tratase de una tesis filosófica, o esperar de la *Eneida* emoción análoga a la de *Los tres mosqueteros*, sería colocarse en una actitud inadmisibles. Apresar el sentido del poema no es siempre necesario. Ignórase ocasiones lo que expresa una canción de Shakespeare, pero se la siente exquisita. Retrotrae una cita de Gerardo de Nerval: «No son más impenetrables mis sonetos que la metafísica de Hegel, y explicados se desvirtuarían». Comenta Brémond: «¿Nos impide ello encendernos en su hermosura?» Hace suyo un concepto de Paul Valéry: «Eso que fué bautizado como simbolismo, se resume muy sencillamente en la intención común a muchas familias de poetas... de recobrar de la música sus bienes...».

Poesía y música son una misma cosa —acepta— pero como la música pura no parece menos misteriosa que la poesía, inquiere si eso no es definir lo desconocido por lo desconocido. Digamos nosotros modestamente: Poesía es la linfa imaginaria que satisface la sed de belleza. Y tal linfa, ¿ha sido vertida en el ánfora de este libro, *Amor no amado*, de Concepción Silva Bélinzon? si, no cabe duda.

—¿Podría usted aclararme eso?, urgiame en cierta oportunidad un simple, que nunca faltan.

—«Ah, no y aunque pudiera no lo haría. Relea usted. Vaya adónde quiere ir por sus propios pies o sus propias alas. Tome un ómnibus o si le acomoda mejor, un avión.»

Aplique su oído, cabría agregarle, al susurro que se desprende de las páginas de Rabindranat Tagore, príncipe oriental de la sabiduría estética, quien nos enseña: «¿Se escribe poesía para explicar algo? Lo sentido por el corazón busca corporizarse en un poema. Cuando alguien, después de leerlo, dice que no lo ha comprendido, me siento reducido a silencio. Si aspiras el perfume de una flor y dices: *No comprendo*, la respuesta es que no hay nada que comprender, que no es más que un perfume. Y si insistes: *Lo sé, pero ¿qué significa todo esto?*, no queda sino cambiar de tema o afirmar que el perfume es la forma que toma el gozo universal en una flor. El inconveniente es que las palabras tienen un significado.

Por eso el poeta está obligado a disponerlas según modos métricos, para que su significado se atenúe y el sentimiento pueda abrirse paso.

La expresión de un sentimiento no es la de una verdad fundamental, ni el enunciado de un hecho científico o de un precepto de moda. Como una lágrima, como una sonrisa, no es más que una imagen de lo que pasa dentro. ¿Que la ciencia y la filosofía encuentran algo que espigar allí? Sea. Pero no es ése el fin perseguido. Si al cruzar el agua en una balsa, atrapas un pez, has tenido suerte; pero de ahí no se deduce que una balsa sea un barco de pesca y nadie reprocha al batelero porque no ejerce el oficio de pescador».

¡Oh, abuelo Rabindranat! Qué bien me has servido para reforzar mi pensamiento. Yo te ví por las calles, cuando viniste al Río de la Plata; te ví y no te olvido. La rara conformación de tu rostro, tus ojos como diamantes negros, tu andar pausado tal el de ciertas figuras oníricas, tu vestimenta exótica, y uno como halo sobrenatural de tu frente de bronce, forzaban a decirse: Así es de extraña la presencia de un poeta en el mundo.

\*  
\* \*

Concepción Silva Bélinzon... Nos hablaba de sus versos, exaltadamente, otro fanático de la poesía incontaminada, Pascual Márquez Guichón, que tentó aislar su ensueño de lo insignificante y, no pudiéndolo, sufrió, sufrió, sufrió y fué el suyo el aspecto de un peregrino vuelto de otros orbes, hasta que al fin se abrió las puertas del Más Allá por sus propias manos exangües.

### EDGARDA CADENAZZI

Contrastando con los que se muestran impacientes por alcanzar la notoriedad —a veces deseosos de ella en demasía, hasta lo ilícito— autores hay que no emplean en conquistarla el menor esfuerzo. No nos referimos, por supuesto, a los abúlicos, ni a los dotados de vocación débil; aludimos a los de personalidad vigorosa que se cultivan sin cesar, queriendo dar de sí el máximum, pero sin apurarse porque su obra llegue al público. Si poetas, pulirán meses y años un poema, como Heredia, como Mallarmé, como Valéry, como Jiménez; o de un haz de creaciones sólo una librarán al juicio ajeno, de tanto en tanto —las demás, ¡al fuego!—; o no producirán sino con prolongadas intermitencias. Autocríticos exigentes, de extremada rigidez ocasiones morbosa, generalmente no se deciden a la aventura del libro. Nunca están satisfechos; siempre ansían mayor plenitud, celosos en su ahincado laborar, y expectantes y sin prisa como si tuvieran —diría Rilke —la eternidad por delante;

siempre sin resolución para aceptarse definitivamente. La amistad les arranca con destino a revistas de arte, algún canto perdido, y este canto suele eclipsar a los de autores profusos, sin tan severos tamices. Hacen estos artistas poco ruido en su vida social, como en su obra; mientras otros se perecen por lucirse, estos se esmeran en pasar inadvertidos y en que el silencio los circunde, a fin de facilitar la visita infrecuente de la Gracia.

¿Pero existen en nuestro país poetas de esta categoría, de este extraño tipo de selección? Sí, por fortuna. ¿Nombres? Roberto Sienra, de la generación de Herrera y Reissig. Vive como un hongo en Montevideo el exégeta de San Juan de la Cruz, de Stechetti, del Discurso central del Quijote; el poeta de *Naderías* y de *Hurañas*; uno de aquellos silenciosos (concepto de Alberto Zum Felde, que compartimos), de «aquellos silenciosos que siguen viviendo o empiezan a vivir, bronce o estrella perennes, cuando el ruido del circo literario —forma del mundanal ruido— se ha desvanecido en el viento.»

Roberto Sienra, y algún otro... Acerca de Edgarda Cadenazzi diremos en seguida algo de lo que nos sugiere. Fué, creemos, en «La cruz del sur» que dirigía Alberto Lasplaces, donde por primera vez vimos este nombre. Se nos grabó. Se nos grabó, dado el arrastre suavísimo de sus dos zetas italianas; por lo de *cadena*, ¡tan luego! cuando se vinculaba, en contraposición a la idea de presidio, a versos modernísimos y libérrimos; y por presentar el femenino del nombre de quien concibió «Annabel Lee». Se nos grabó porque, sonante a cosa nueva, suscribía también un estilo nuevo de sentir y soñar. Más tarde en «Alfar»; luego, otra vez, en «La cruz del sur», y en «Amauta» de José Carlos Mariátegui, encontramos —regalo inapreciable— poemas de esta mujer, de este sensible y aéreo ángel de poesía.

Dos o tres versos, una sola imagen de prestancia singular, condensan en Edgarda Cadenazzi todo un proceso del espíritu. Posee el don del adjetivo insustituible. Lo subjetivo y el paisaje externo, forman una unidad viviente e inconsútil en la visión que su poesía nos alcanza. Pero, ¿qué mejor que rememorarla con sus propios versos? He aquí su «Poema de un antiguo muelle»:

Con la fina niebla  
que da temblor al muelle,  
siento la aguda imagen  
de los alucinados mástiles  
y dolorosa como un velamen  
me acerqué a los musicales desembarcaderos.

Pasó la gaviota con su ceniza que alivia

y la gris complejidad del nubarrón  
me buscaba como a una lámpara muerta.

Y yo que un día me sentí luz,  
porque mi cuerpo estuvo en los maizales gozosos,  
y me aclaré en la dulzura del eje,  
y me avanzó la avispa con júbilo de antigua miel  
y me avivó el perfil la quilla sonámbula,  
estoy dolorosa como un velamen  
sobre la madera triste de los barcos.

Los crucifijos de la sal  
amargan la glicina.

Yo que fui celestísima  
como jarra de mar,  
viviré entre las lonas grises  
de ese cansado barco.

Poesía de amplitud y síntesis, la de Edgarda Cadenazzi escapa a encasillamientos y rotulaciones estrictas. Medularmente de estos tiempos, no podría señalársele influencias. Emanada de un temperamento intenso que conoce el desvelo y se ha buscado a sí mismo a la luz de la literatura más actual, lo cual no obsta a que deje trascender a su flor, indudable temblor humano, de todas las épocas. Este es su «Poema de las vidas»:

¡Siento la verdadera luz de mis hermanos!  
¡El dolor que se hizo luz en mis hermanos!  
Ya no soy la fina tanagra de antiguos júbilos,  
ni el ágil damasco,  
ni el fresco eje del agua,  
ni el gozoso dátíl.  
¡La luz! ¡La única luz!  
¡Oh criaturas oscuras y sin voz!  
Y tú, madre ,  
que me hiciste creer en luminoso pan  
y en el brujo grano de sal.  
¡Madres!  
¡Me aclaré con la sangre del hijo!  
Contra la tierra y el agua.  
Contra la fruta y el júbilo.  
Porque tu sombra es un tajo.  
Porque el amor es la avispa.

Desde hace un tiempo, nada se lee de Edgarda Cadenazzi. Pero

—hay que suponerlo— exáltase su emoción, su fantasía vuela, su mano escribe y guarda. No olvida Apolo a los soñadores cuya frente un día besó. Esperemos, pues.

### BLANCA LUZ BRUM

Al principio nos sorprendía —ahora ya no, a fuerza de repetirse— el encontrar en boca de los escritores expresiones peyorativas para su propio oficio: «Eso no es más que literatura...» «No formo yo entre los intoxicados de literatura....», «Y sin comedia y sin literatura —si hay un alma sincera, esa es la mía...», «Tu libro, fuera de la literatura, expresa tu alma sonora y valiente.»

Entonces, ¿es poca cosa, fruslería despreciable la literatura? ¿De modo que la literatura envenena? ¿De manera que los términos literatura y falsedad se equivalen o poco menos? Indudablemente, no es así; se ha dicho *literatura* en vez de *mala literatura*, como se enuncia *política* en lugar de *baja política*; pero, ¡qué lejos de merecer aversión el político verdadero —apliquémosle otro dictado, de los que aún conservan crédito— el *estadista*, presa de la pasión del bien colectivo; e idénticamente el literato que pone en sus letras lo mejor de su ser!

Hemos de referirnos aquí a una poetisa —intrépida poetisa— que en alguna oportunidad aludió con dureza a esa profesión consistente en exprimir la propia sangre del espíritu en la copa del lenguaje escrito: «Salí a cantar por todas las calles del universo. He llorado a gritos. He amado a gritos. No entren en mí los que al perder la frescura del corazón inventaron la literatura.» Se llama Blanca Luz Brum. Es ecuaníme reconocer en ella a una óptima cultivadora de la literatura; entre las *almas sinceras*, la suya.

Blanca Luz Brum es nervio y pasión desde el título de su libro iniciador, *Las llaves ardientes*, 1925. Es siempre nervio y pasión. La inflama un quemante y abarcador anhelo de justicia; los innumerables dolorosos y preteridos de no importa qué latitud, tienen un lugar en su sentimiento. La primera iniquidad de que fué testigo la encendió en cólera y puso en su garganta un reto; los años pasan y su indignación no declina, pues la alimentan sucesos sublevantes que se suceden sin interrupción. Estallando de esa ira, ha peregrinado a través de la Argentina, las tierras del Pacífico, Centroamérica, México. Sobrellevó lutos y desgarramientos; la pérdida de su compañero, Juan Parra del Riego, la prisión por motivos ideológicos, el que se la privara sañudamente de tener consigo su hijo pequeño. Hoy vive en Chile, país de generosidad. Que sea por largo tiempo y sin sobresaltos.

Congoja, desvelo, pesadilla y esperanza —oh sí, también resplandeciente e incontaminada esperanza en un mañana armonioso— en-

cierran sus versos reunidos en el libro preindicado y en los que se titulan: *Levante*, 1926; *Atmósfera arriba*, 1933; *Cantos de la América del Sur*, 1938; *Romancero de Frutos Rivera*, 1942; de poesías; lo mismo que en los de prosa de combate: *Penitenciaría*, *Niño perdido* y *Contra la corriente*, 1940.

He aquí una composición de Blanca Luz Brum, poetisa considerable, de forma desaliñada, y mujer de agitado vivir y fuerte personalidad:

#### HIMNO

Nosotras queremos la tierra  
libre y hermosa bajo el sol,  
con el rumor de los tractores  
y la marcha del trabajador.

Nosotras queremos las fábricas  
movidas por nuestro pulmón,  
tejer el vestido del hijo  
y no fabricar el cañón.

En un solo frente de acción  
todos los pechos se unirán.  
¡A las filas contra la guerra!  
¡Defendamos la humanidad!

Nosotras queremos la ciencia,  
arte y civilización,  
y llenar de belleza inmensa  
la vida del trabajador.

Nosotras que somos madres,  
odiamos la guerra brutal,  
por la sangre de nuestros hijos  
se haga en la tierra la Paz.

En un solo frente de acción  
todos los pechos se unirán.  
¡A las filas contra la guerra!  
Defendamos la humanidad.

«El ceñir de amor a la humanidad toda, significa restar afecto a los lares, cuando no olvidarlos con ingratitud» — juzgan personas de corta comprensión. Sin embargo, aquellos cuya ternura abraza el mundo, suelen ser los mejores hijos de su propio país. De tal modo, en el pecho de esta poetisa y combatiente cabe, sin que le falte

cuidado solícito, la flor del cariño inalterable al rincón natal. Dígallo, si no, su *Romancero de Frutos Rivera*, vibrante de entrañable uruguayismo. Cantos recios, cálidos; cantos contentivos de cuadros épicos de tintas violentas; cantos que reprimen lágrimas y en los que alguna vez se nota alterado el pulso de la mano que los escribió.

Andando... andando a través del mundo, Blanca Luz ha llevado consigo una pequeña nación (por el norte, el Río Cuareim, el arroyo de la Invernada, etc.); un departamento —Maldonado— lleno de bizarras elevaciones (bizarras para ser nuestras); y una amplia y rústica morada de piedra, a la cual llegaba, llamando a la aventura, la ráfaga salobre del mar.

### SELVA MARQUEZ

Por los días aquellos, del año 1935 al 1945, en que alcanzaba su plenitud la revista *Aiape*, de Montevideo, solíase captar a menudo signos de la actividad literaria y social de Selva Márquez. Esta alma angustiada, hipersensible que no es de las que se hacen un mundo aparte, tapiado a todo clamor, intervenía como factor eficiente, como promotora en el movimiento cultural e ideológico; impulsaba corrientes de renovación; prodigábase en la prensa y la conferencia pública. Después, si el ritmo de su trabajo visible disminuye la tensión, la agonía, la faena mental y corazonal de Selva Márquez, mántiense las mismas porque no amenguan nunca en seres de su calidad. De la obra de esta escritora —obra en marcha de entonces al presente— no estimaremos aquí sino un aspecto: su poesía.

Pedro Henríquez Ureña, en el inapreciable libro en que fijados dejó para siempre los perfiles intelectuales de nuestros pueblos, <sup>(1)</sup> sólo menciona dos poetisas uruguayas nuevas: Sara de Ibáñez y Selva Márquez. Pudo haber tomado en cuenta otros nombres, pero al incluir estos acertó indudablemente. La vastedad de su trabajo le hizo incurrir en omisiones considerables en lo que al Uruguay toca, pero jamás caer en juicios falsos ni menos confundir cocuyos (o pseudo cocuyos...) con estrellas. Entre las que registra como *mujeres de nuevo tipo* (ni sentimentales, ni eróticas, ni puramente intelectualistas) cuentan esas dos, como así las argentinas María Alicia Domínguez, Victoria Ocampo, Norah Lange, entre otras; Marta Brunet, Magdalena Petit, de Chile; la venezolana Teresa de la Parra... una treintena en total, representativas del espíritu de su tiempo.

Selva Márquez, nuevo tipo de mujer... Aunque a un lado hicieramos la sugestión de su nombre veríamos sin embargo en su verso cierta abruptez de bosque bravío. Pero ésta se combina —apresu-

(1) *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, por Pedro Henríquez Ureña, «Fondo de Cultura Económica», México, 1949.

rémonos a decirlo— con una fina, suave, acendrada dulzura. Nuevo tipo de mujer, exactamente. Ni el clamor desesperado del deseo, ni la delectación ante el paisaje cándido y las dichas elementales, ni el sólo hundirse en la especulación metafísica. Otra cosa:

Y junto con el trigo, el hambre crece!

Selva Márquez va a la raíz del desasosiego de nuestra época; mejor: de éste sube la savia cruel de que se alimentan las flores castigadas de su numen. Inconformidad, reproche, desprecio agitan sus poemas de una densidad como la de los *Cantos de Maldoror*. Pero no se advierte en ellos la influencia de Lautreamont, entiéndase bien; ni la de poeta alguno; responden en absoluto al espíritu de que emanan y a la hora en que nacen.

Y junto con el trigo, el hambre crece!

Es decir, la inocencia de la tierra y, en oposición, la crueldad del hombre. Y el pánico de una criatura sensitiva que observa el hecho y en cuya garganta el alarido se trueca en mudez o sollozo o sarcasmo.

Y junto con el trigo, el hambre crece!

Endecasílabo para ser grabado en mármol, como el del colombiano José Joaquín Casas:

El gusano que al rey viste de seda.

Ese verso, en su dolor, su fuerza, su brusquedad, su amargura sin orillas, constituye una maravillosa síntesis de esta escritora, el hilo más firme de su ligazón con dos enormes poetas del sufrimiento y la bondad: Dostoiewski y Tolstoi.

La mirada de Selva Márquez penetra hondo, horada tiempo y espacio. A esto debemos poesías de sorprendente alcance como la que sigue:

#### YA ME DUERMO

Este zapato tiene sueño,  
este zapato viejo  
que hace un año era cabra  
con pezuñas y cuernos.

(Duerme, zapato,  
duerme zapato, abierto

que conoces las calles  
tan bien como mis nervios!)

Este abrigo tiene sueño,  
este abrigo negro  
que hace un tiempo fué cabra  
de los Pirineos.

(Duerme, abrigo,  
duerme, abrigo viejo,  
lacio y doblado  
sauce de cementerio!)

Este guante tiene sueño,  
este guante seco  
que hace tiempo fué cabra  
retozando en el viento.

(Duerme, guante,  
duerme, guante desparejo,  
muleta sin pierna,  
vanidad sin cuello...)

Cuántos vientos furiosos.  
Cuántos soles hambrientos,  
cuántos riscos pelados,  
cuántos valles edénicos

rizaron esta lana,  
mordieron este pelo,  
subieron estas patas,  
llamaron a estos muertos.

En un retablo había una Virgen  
de madera de abeto,  
con rico olor de sal...  
En otro establo un hombre y fuego.

Una mañana era de amores  
otra mañana era de truenos,  
alguna esquila entre las rocas,  
un pastorcito, pan moreno,

palabras sin palabras se sabían,  
era distinto el alfabeto  
ondulando en el balido  
endurecido por el eco,

otro planeta y otra vida,  
remolinos que giran con luceros...  
y de pronto, otra vida con cuchillos,  
llamas y vértices de acero!

(Duerme, zapato,  
duerme, guante desaparejo,  
duerme, abrigo...)  
Cómo quisiera entrar en esos sueños!

Cabras acróbatas como escapadas del Zodíaco,  
ahora abrigo, zapatos, guantes viejos...  
Yo sé que estoy pensando... y... ya me duermo...  
—Dónde habré estado yo... antes... de... esto?

Revelan estos versos el poder de abarcarlo todo; revelan una actitud ante la vida y una categoría temperamental que no son para ser estudiadas en una rápida semblanza; revelan experiencias repetidas y persistentes estados de alma; todo ello a pesar de un gesto que se esfuerza por parecer ligero, despreocupado, intrascendente. La autora, saturados los ojos de su propio dolor y el del prójimo, ha bajado a un abismo en que descubre también el de lo inanimado, no menos sombrío. Como en «Ya me duermo», comprobamos esto en «Dando vueltas», pieza en la cual nos empuja, convulsiona y lastima el rodar implacable de la máquina vertiginosa del tiempo.

Un niño llora y en seguida es un hombre!

Esta es una semilla y en seguida es un bosque.

Entre las cosas y la sensibilidad del artista, establécese una correspondencia perfecta:

Las manchas de las paredes me gritaron  
hasta que mis venas las oyeron.  
(La mudanza)

La vela muerta con la virgen muerta  
(Una noche cualquiera)

Hay femineidad en Selva Márquez, pero no es la que se conforma con exclamar: «Pobrecito! Angelito!», sino cosa más extrañable. Ocasiones una complicada desolación, que no es exclusiva de la mujer, ni del varón, sino del individuo racional, allá en su fondo, gobierna los timbres de su canto, que es entonces la desesperación y la violencia mismos. Léase «Invocación a la vieja», imagen de des-

garraduras y miedos, copa colmada de horror; léase «El subterráneo», léase «Los perros y los muertos». Tanto la femineidad esencial como la tremenda congoja humana afloran a inspiraciones de acento dramático que informa un lacerado y clamoroso sentido solidario; tal «La puerta abierta», tal «Alguien está llamando», tal «Tiempo de éxodos». Dice así «La puerta abierta»:

Pensamos una vez  
que no había nada mejor que nuestra puerta  
con su cerrojo bien echado  
y su aldaba quieta.

La noche mordía como un ácido  
el umbral y los clavos  
y los pedidos de socorro se morían  
de fatiga y de horror a su costado.

Alguna mano oscura nos llamaba  
arañando y golpeando...  
La moneda de luz, en nuestra mesa,  
sobre la placidez de nuestras manos!

Fué cuando aquella calle se nos vino  
en oleadas de niños sin zapatos  
cuando en el hombro nos tocó la Mano!

Abrimos nuestras puertas a la noche  
y el dolor se hizo un hueco a nuestro lado.

De parecida inspiración, pero más tremenda resonancia; comparable con «Brumas (Yo soy un gran jardín de noviembre, un jardín desconsolado —donde tiritan los abandonados del viejo arrabal), pero más amarga y obsesiva que la creación de Milosz, ésta que nos sobrecoge cada vez que volvemos a ella:

#### ALGUIEN ESTA LLAMANDO

Escuchemos! por favor, escuchemos!  
Que cese el manubrio del piano rodante  
que mastica las vértebras de la hora!  
Que callen las bocas de los cromos  
y de las botellas con olor a sueño!  
Que calle el ruido inmenso de la bola  
que empujan los escarabajos.  
Y el de la risa oscura de la taba,

y el cascado rodar  
de los amores con taxímetro.  
Alguien está llamando en algún lado.  
Su voz rompe los vientos,  
se asoma a las corolas y a los niños,  
está en la lengua de los muertos!  
Alguien está llamando en algún lado!  
Ayudadme a escuchar, que yo no puedo!

Recordemos el artículo aquel, sobre Vogeler, en que manifestaba Rilke su deseo de que «la vida se haga algún día tan grande que el gran arte —que ahora yace incógnito y sin relaciones— brote de ella, por sobre los países, como la luz del alba por sobre las calles de nuestras ciudades». De realizarse esa aspiración, que embarga también a Selva Márquez, ésta, con lágrimas de júbilo, alzaría en sus brazos al *niño pobre*, aquel que

Cuando llora  
riega una planta de cicuta.  
Cuando llora  
nace un escarabajo en la basura.

Cuando llora  
una serpiente  
rompe la elipse hermética del huevo  
y presta al Odio un nuevo diente.

Y daría otro canto, o mejor, adquiriría otro acento, temblante de regocijo materno, su canción actual que no exhala sino tortura.

En sus tres libros —*Dos*, *Viejo reloj de cuco* y *El gallo que gira*— Selva Márquez alcanza igual nivel.

La crítica capacitada aun no ha enfocado desde sus diversos ángulos la personalidad y la obra de esta excepcional mujer, poseída del anonadamiento ante lo fatal y el anhelo de una humanidad redimida, no menos poderosos en ella que el *ansia frenética del amor* en Delmira Agustini.

#### MARIA ESTHER LLANA BARRIOS

«...La búsqueda de lo artificial en ropas, gestos y versos; el dolor y el vicio, el inconformismo le procuran un lugar aparte»—... —«se ve obligado a destruir todo brote de solidaridad y simpatía, rodeándose de una fría tierra de nadie. Rechaza todo goce en común, esa dádiva suprema de lo humano.» Esto, que dice el crítico compatriota Washington Lockhart, a propósito de Baudelaire, po-

dría convenir asimismo al retrato psicológico de innúmeros poetas de la hora actual. Pero existen los que son respecto de ellos como el reverso de la medalla: los sensibles a las aspiraciones, el júbilo, el contraste y la desventura del prójimo; los dotados de sentido cordial, los ardientemente humanos. Entre nuestras poetisas jóvenes no faltan las de este linaje. María Esther Llana Barrios es ejemplo de ello, no el único pero sí de los mejores.

En el extremo Este del país, al rumor del Atlántico mecióse la cuna de esta mujer superior, «bellísima cifra de conciencia social activa,» como la llama el chileno Andrés Sabella Gálvez. Es del departamento de Rocha, a cuya naturaleza mágica diera personería en las letras Miguel Víctor Martínez, el sutil y pulquérrimo evocador; es conterránea de José A. Ribot, de Wilfredo Pí, de Carlos N. Rocha, de José Carduz Viera; de la romancista que un día deshojó esta flor melódica:

Niño, mi niño, el que tarda,  
el que tus ojos tendrá:  
el de las marimorenas  
fuertes y tiernas al par.

(Leíamos y celebrábamos antaño a Zulma Núñez; después se nos perdió de vista.)

Autora de *Rondas de muerte y vida*, 1939, y *Tierra y sol*, 1949, María Esther Llana Barrios ha impuesto su nombre con esos dos brazos poéticos y además con otras composiciones hasta ahora dispersas, en que, o bien canta al amor, signo de astros que genera las extremas dulzuras, el máximo dolor y la soberana esperanza, o bien pone el dedo en la llaga de las injusticias sociales. —¡*Temas viejos!*— podrá exclamar alguien. —No señor. Temas flamantes, recién nacidos a cada momento de la entraña prodigiosa de la vida.

Adalid de postulados sociales y políticos concilia con su actitud de lucha un delicado instinto de arte. Y reuniendo ambas características desenvuelve su personalidad y acendra su obra. Por eso, al prologar su último libro, expresa con insuperable precisión Emilio Frugoni, que «el encantamiento de su lirismo se afina sin desprenderse del contacto con la vida real.»

Dice en «Aymarás», de su libro en preparación *Cielo en el agua*:

.....  
Descendiendo la pendiente  
—viva estatua del silencio—  
trae el padre al niño muerto  
lunita del desamparo  
hecha hielo entre sus brazos.

La blanca enfermera clava  
un cajoncito  
con madera que da el árbol  
para el hijo del aymara.

La blanca enfermera pasa  
sus leves manos de seda  
sobre oscuro dolor indio  
encadenado al olvido...

Curiosidad de las nubes,  
desgarrándose los senos  
en afilados picachos  
por mirar cuanto sucede...

El aire de la montaña  
va repitiendo una queja,  
que es como un eco perdido...

Todos los Andes de pie  
como un clamor se levantan!

Ha ido a acompañar un dolor que sangra lejos esta poetisa en la que —tal vez influencia de su solar oceánico— acentúase el sentido universalista que es uno de nuestros rasgos primordiales. Antes había vibrado con España en su tragedia sin igual y su alegría fugaz, en el martirio y la euforia. Pero se está atenta de continuo a cuanto es en torno suyo, aquí mismo, inmerecida amargura, aridez de corazón, desamparo, iniquidad...

María Esther Llana Barrios siente visceralmente la belleza de la lucha por una humanidad superada; va en sus versos llenos de pasión vital el aliento de un alma clara y fraterna; es evidente que quisiera hacer de sus cantos, como de su prosa periodística —constante aporte a la intensificación de la cultura— el instrumento capaz de elevar el mundo, del oprobio en lo que lo ven sus ojos azorados, al plano eminente de la convivencia armoniosa, la espiritualidad y la justicia.

#### MARIA ELCIRA BERRUTTI

Contemplábamos la ciudad de Rivera, desde lo alto del Cerro del Marco, una luminosa tarde otoñal. Bajo el cielo cerúleo, ¡cuán bellas las viviendas, las calles, las plazas, los jardines innumerables, en la gracia de aquel terreno undivago que es una gloria! Junto a esa urbe nuestra —admirable siempre por su hermosura natural y

hoy día también por sus adelantos de todo orden— Livramento, su gemela brasileña, asimismo atrayente, activa, dinámica. Sólo una calle las separa —calle ancha como es menester sean entre ellas los sentimientos de convivialidad. Detuvimos la mirada en un punto del lado uruguayo, cercano a la arteria que limita y une a las dos poblaciones hermanas. Allí —pensamos— palmo más o menos, nació medio siglo atrás, Juan Carlos Abellá, el intenso poeta; allí recogió de niño el soplo que andando el tiempo habría de animar su «Arrullo sombrío»:

Sentado en el umbral de la casa paterna,  
escuchaba, una noche tenebrosa,  
el extraviado suspirar del viento,  
el límpido murmurio de las aguas,  
el extenso croar inacabable,  
la vibración de innumerables élitros  
y el temblor de los árboles lejanos.

Y uníanse las voces de la tierra  
en un monstruoso acorde apaciguado,  
en una voz arrulladora y triste  
que hablaba del abismo de los tiempos.

Hemos transmitido estos graves y esenciales versos, fijos en nuestra memoria, al grupo de camaradas que nos acompaña. ¡Versos de Juan Carlos Abellá, el silencioso, el buzo de sí mismo, el desinteresado de toda manera de notoriedad, y cuyas sienes están reclamando sin embargo, desde hace tiempo, según la opinión de Raúl Montero Bustamante, que compartimos, el laurel glorificador!

Platicase luego en torno a otros poetas que han florecido en la ciudad o el departamento, o que, foráneos, se han radicado allí con ánimo de permanencia.

...Había que presentar a la luz de la expresión literaria, el paisaje y el hombre uruguayos en la linde rivero-brasileña, y Agustín R. Bisio lo hizo en biensonantes rimas y, para mayor perfección, empleando el lenguaje, mechado de vocablos y giros portugueses y localismos riograndenses, que hablan no pocos hijos del pueblo en tan privilegiada zona. Privilegiada porque encantan y cautivan sus panoramas y el trato de sus gentes, y porque ha dado poetas de jerarquía. Bisio ofrece, en «Brindis agreste», piezas poéticas de indudable valor en su género, dentro de una modalidad enteramente suya y no recomendable, por supuesto, a otro que no sea él. El idioma es sagrado.

Uno de los amigos recita «Mae Bemvinda». Surgen en la plática, en seguida: Olinto María Simoes, de quien se retrotrae «Ri-verense»:

.....  
 Llevé cuando niño  
 escondida en el forro del saco,  
 la «Oración de la puerta del cielo»  
 que preserva de pestes y daños.

María Luisa Larena, que colma sus poemas —cambiantes de forma y clima— ya de la inquietud de sus introspecciones, ya de un sentimiento que cuenta entre lo más fragante de la mujer: la ternura para con la infancia.

Juan E. de Carlos, fanático de Herrera y Reissig.

María Elcira Berrutti.

—¿María Elcira Berrutti?

—Sí. Muy joven. Recién surgida. Su producción hasta ahora se encierra en *Momentos*, poemario que firma con el seudónimo *Paula Miranda*.

*Momentos*, 1949, no es en ningún sentido un primer libro común y corriente. Obra mixta de prosa y verso, contiene efusiones sentimentales, descripciones de cuadros y circunstancias campesinas y motivos de la pequeña urbe. En las efusiones hay limpidez emocional; en las descripciones rurales, penetrante observación; en las escenas de ciudad, colorido, vibración, movimiento. La claridad, la transparencia —nunca el tono bístre— domina en este centenar de páginas rebosantes, sin blancos; termina una composición y a renglón seguido empieza otra, pues es mucho lo que la autora tiene que decirnos de sus sueños, sus esperanzas, sus encantamientos y sus hondos amores. Multitud de emociones y sensaciones consigue comunicarnos valiéndose de un estilo sencillo y fácil que, por cierto, no cae jamás en la vulgaridad y, por lo mismo que es fácil y sencillo, supone bien asimiladas lecturas, morosas jornadas de reconcentración, batallas incruentas sostenidas tenazmente y ganadas al fin. De sus versos, preferimos los que saben a cosa vivida como éstos:

.....  
 Cariñito de tu mano,  
 los dos bajando la cuesta.  
 Cómo rezongaba el viento  
 volándome la pollera!  
 Cariñito de tu mano  
 blanca y la mía morena,  
 como una flor de diez pétalos  
 color harina y canela.

Pero lo exacto es que, si a menudo el verso de este libro es poesía, su prosa lo es más frecuentemente aún. Su prosa suele ser —acen-

tuamos— no prosa poética, poesía. Como es poesía la prosa del chileno Pedro Prado (¡oh «Los pájaros errantes»!), la del argentino Enrique Banchs; como son poesía los relatos de Juana de Ibarbrou en «*Chico Carlo*» y las *Fábulas y Apólogos* de Montiel Ballesteros.

María Elcira Berrutti, que nació y vió transcurrir parte de su niñez y adolescencia en ambiente rural (más concretamente: en la estancia paterna), describe en sus prosas el carácter y modalidades del paisano, con esmero y eficacia. Otras de sus notas —y de las mejor logradas— consagra a la confesión afectiva, a la confidencia en voz baja; otras todavía, a interpretar la actitud que suscitan en ella las cosas que ama y venera. Entre estas últimas, ninguna tan compendiosa y alada como la que sigue.

#### UNA VEZ

«Pensé que podría escribir un libro. No con letras y palabras, sino con colores, perfumes, sonidos y formas.

Un libro para tí.

Lo abrirías y tendrías el campo sobre las rodillas.

Lo escucharías y tendrías mi alma vibrando junto a tu oído.

Lo acariciarías y tocarías mi forma de mujer.

También podría suceder que las gentes lo comprasen.

Los que viven en casas pequeñas y cerradas donde no entran ni el viento ni el sol, lo llevarían consigo para tener sobre la mesa o en un cajón de algún mueble, el viento, el sol, la lluvia, los pájaros, las flores y el campo al alcance de la mano. Qué libro revoltoso sería! Qué libro distinto y vivo!

Caería sobre las faldas solas y vacías, como un montón de pájaros alborotados, despertando una canción de cuna. Se abriría ante los ojos tristes y enfermos como un abanico de paisajes. Temblaría entre las manos débiles y desalentadas, como una estrella de fuego. Y perfumaría junto al lecho o el sillón de los ancianos como un álbum de recuerdos.

Los niños lo hojearían indefinidamente, porque al abrirlo se internarían en bosques de misterios y leyendas. La casa donde estuviese no conocería el tedio ni la monotonía.

Una vez pensé escribir un libro así. Si más tarde tú te disgustaras por mi afán andariego, yo te pediría perdón diciéndote, «que todos tenemos nuestros malos momentos».

Y el libro se deshojaría entre tus manos como un ramo de flores».

¡Belleza, suprema belleza! Poesía, Creación para ser regustada como un licor de reyes. Rosa verbal que hace pensar en la «Oración al libro» que concibió el maravilloso Rafael Heliodoro Valle. ¡Cómo sería amable oírla de labios de la propia autora, una tarde apacible, bajo el cielo cerúleo, en lo alto del Cerro del Marco!

JULIO GARET MAS

## ENUMERACION DE LAS AVES SILVESTRES URUGUAYAS (1)

### EL SABIA Y EL ZORZAL

*(Fernán Silva Valdés)*

Hermanos o primo hermanos,  
porque parecido son  
en la forma y en el canto,  
con excepción del color.

El sabiá es gris, pecho claro;  
el zorzal, lomo marrón  
y el pecho color ladrillo,  
con tibiezas de fogón.

Uno claro, otro rojizo,  
y por eso pienso yo  
que uno se mancha de luna  
y otro se manchó de sol.

Ambos silban al cantar  
—silbos de salvaje son—  
dulce y agreste silbar  
que me atan el corazón;

porque son largas hilachas,  
largas hebras de dulzor  
estos cantos que te digo  
y que al par silbando voy.

Con el alba desanudan,  
sus hebras de dulce son,  
como desatando al día  
para que le entre el sol;

y al llegar la nohecita  
—luna, estrella y oración—  
vuelven a anudar sus cantos  
con infinito dulzor;

(1) Véase tomo LV, pág. 263.

y uno dice: buenas noches,  
luna de claro color;  
y el otro dice: hasta mañana,  
sol rojizo como yo.

#### AZULEJO

##### *Polioptila dumicola dumicola (Vieill.)*

Integrando el grupo de las más pequeñas, esta avecilla es hermosa por su plumaje que la destaca dentro de sus congéneres.

11 cm. y medio de largo y el macho 13; inferiormente cuerpo plumizo azulado que le da nombre; alas plomo medio oscuro; cola larga, cuatro rémiges castaño oscuro, dos negras con la extremidad blanca y cuatro totalmente blancas. Superiormente: plomo azulado más oscuro; alas castaño oscuro con filete marrón; cola con plumas negras y blancas; ojos negros; pico chato, liviano, con diente; en el lorum mancha negra más grande que la hembra. Esta difiere en detalles bastante pero no en el aspecto general.

Frecuenta los montes y los bañados donde colocan sus nidos tangencialmente sostenidos por pequeñas ramas o fibras, cónicos, muy bien contruídos incluso con cerdas, líquenes, etc. y hasta con lana, pareciendo querer disimularlo con sus tonos predominantes, miméticos, que sirven de estuche para hasta cuatro pequeños huevos muy hermosos, celeste claro con pintas marrón.

Canto insignificante; come insectos exclusivamente, anda en parejas viéndosele mucho en terrenos anegadizos, pareciendo preferir los juncales. Habita la Argentina y el sud del Brasil además de nuestro país.

No es muy abundante por lo menos en los parques del este y en Cerro Largo no lo he visto.

#### CACHIRLA

##### *Anthus correndera correndera (Vieill.)*

Es la alondra correndera de Azara, también «cachirla de uña larga» en la Argentina.

Pequeña —14 cm.— muy popular que tiene una coloración suave, entonada dentro de similares tonalidades. Ojos pardos; pico recto y delgado color ámbar; patas amarillentas; cuerpo castaño jaspeado de igual color pero en tono más oscuro; alas y cola también castaños. Inferiormente, la garganta y el cuello blanco amarillento; tronco blanco; alas plomo claro; cola idem casi blancas.

Es un avecilla humilde y simpática. Nadie la persigue. Corretea

por los campos abiertos sin hacer daño, sola o en pareja, corriendo frecuentemente aunque no se la persiga por lo que se le ha dado el nombre de «corre caminos». Cuando se la espanta vuela corto y bajo, vuelve al suelo y prosigue sus correteos. Son muy sociables y no temen al hombre.

Anida entre el pasto donde en Octubre pone cuatro huevos de fondo blanco con pintas rosadas. Su expresión sonora es insignificante.

Su área de dispersión geográfica es muy grande: Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia, Perú y sud del Brasil.

Se suele aplicar como sobrenombre cariñoso a las «gurisas» inquietas y simpáticas el nombre popular de esta ave.

## LAS CACHIRLAS

*(Montiel Ballesteros)*

Casi siempre andan en compañía esas niñitas de las cachirlas: muy finas, faldas abullonadas, recogidas, como si las dueñas temieran se ensuciasen o cual si fueran a atravesar un charco.

Corren ágiles, incansables, por los callejones soleados y cuando se las espantan, se apresuran, inician un breve vuelo y continúan por el camino, delante del viajero.

Tu crees que juegan y se divierten y te llaman la atención que, aunque les arrojes una piedra, insisten en preceder tu paso.

Es su deber.

Cuando aun no existían los caminos y podían perderse los exploradores, los chasques, las primeras pintorescas y somnolientas carretas coloniales, ellas sirvieron de guía, enseñaron el rumbo y llevaron de la mano al Tiempo Nuevo y al Señor Progreso.

Ellas prestáronse también para conducir mensajes y correr con recados y noticias.

Hoy ya no las utilizan.

Como a las carretas.

Los senderos están delimitados, se creó el teléfono, el telégrafo, el ferrocarril...

Y las cachirlas mientras vagabundean por los caminos, insisten, desinteresadas, en querer guiar y si en verdad no van a ninguna parte, incitan y estimulan a los pasajeros:

Adelante, adelante, adelante.

## GORRIÓN

*Passer domesticus* (Linné)

Algo mayor que el chingolo, al que desplaza, de 15 cm. de longitud, es de origen europeo y una de las aves más discutidas en nuestro medio sobre si es útil o no, siendo mi opinión la de Teodoro Alvarez; que no siendo abundante es muy útil porque come una enorme cantidad de larvas y de insectos —no tanto las que dice Quatrefages, defendiéndolo en Francia donde se le odia— mas siendo una plaga cuando abundan, como lo ha demostrado en todas partes incluso en los Estados Unidos donde al principio se le protegió como ave útil y ahora se le persigue como perjudicial. Esto también ha ocurrido en Australia y en otros países pues sus condiciones de adaptabilidad a los nuevos ambientes es notable.

Aquí, como en la Argentina, se introdujo a fines del siglo pasado y ha pasado a ser, donde abunda, una calamidad, pues siendo omnívoro come granos en cantidad.

La controversia es casi universal y las opiniones están divididas, pero, a riesgo de ser una perogrullada mi modesto parecer es el expuesto. Llego a ello presionado porque en los países en que se logró disminuirlo las cosechas sufrieron por el ataque de las larvas y de los insectos, de todo lo cual se desprende que habría que buscar el equilibrio pero, desde luego, esto no es nada fácil.

El gorrión es manso, sociable en extremo, hace su nido en la casa del hombre, es glotón, camorrero con los otros pájaros, bullicioso y se reproduce una enormidad.

Pico cónico, fuerte, corto, castaño; superiormente el cuerpo es ceniza marrón claro, castaño y ante; cabeza ceniza con puntos rojizos con franja marrón clara que se va del ángulo del ojo a la base del cuello; alas predominando el castaño con franjas transversales blancas. Inferiormente, garganta y pecho castaño muy oscuro; franja blanca al costado del pescuezo; abdómen y vientre blancos; alas y cola plumiza con algo de blanco. La hembra difiere pero, siendo un ave tan conocida, todo el mundo la identifica a primera vista sin consultar texto alguno.

En Río Grande también ha sentado sus reales como en el norte de nuestro país donde felizmente no está muy difundido, pero en cuanto se intensifique la agricultura lo tendremos como plaga número uno. De consiguiente hay que destruir los nidos y mezclarlo con la polenta, quien guste hacerlo, en la seguridad de que hace un plato succulento y útil para la recuperación de las energías gastadas en el diario trajín y de que realiza una acción constructiva al contribuir a la disminución de un enemigo potencial de su mesa, de su pan, por el trigo, y los demás productos de huertas que el insa-

ciable gorrión apetece y consume disminuyendo los rendimientos del agricultor y encareciendo la alimentación del consumidor.

Es originario de Asia este pájaro que viene conquistando al mundo.

En Río Grande, donde lo introdujo cierto comerciante lusitano importándolo de Portugal, ha invadido casi todos los Municipios.

A Río Janeiro parece ser que lo trajo el gran Intendente Pereira Passos, el iniciador del trazado moderno de la ciudad carioca, inducido —se dice— por el deseo de poner un ave bulliciosa y movediza en los jardines de la urbe a cuyo mejoramiento consagrara sus desvelos. Y se agrega, lo importó de París, comprobándose el popular decir de que es propio de humanos el errar, de ser cierta la versión de que me hago eco, pues precisamente ese ilustre brasileño es uno de los que menos puede ser sospechado de falta de capacidad y de acierto para la realización.

Allí como aquí y como en todas partes desalojó a los pequeños pájaros nativos: al «Cambazirra», nuestra popular «ratonera»; al «tico tico», nuestro popular «chingolo», tan conocido y querido ambas aveillas tanto allá como acá.

En los populosos estados de San Pablo y Minas Geraes se ha diseminado superabundantemente al punto de haberse declarado plaga.

Cuenta Clemente Onelli en «La Chacra», la forma curiosa como entró en la Argentina, callando, discretamente, el nombre del introductor. Parece ser que una persona trajo un grupo de España y que al pasarlo por la aduana de Buenos Aires se le exigió el pago de derechos que juzgó exorbitantes, por lo cual, negándose a pagarlos, los soltó en el propio puerto.

No dice, desde luego, el importe de los derechos que sin duda alguna sería una bicoca, pero de ser altos, nunca lo sería, ni de lejos, como para compensar las millonadas de pérdidas que para el agro argentino ha significado al propagarse y ser hoy una plaga.

Allí se les combate y a fondo.

#### BOYEROS

##### *Archiplanus solitarius (Vieill.)*

Este boyero, que es el grande, tiene una longitud de 23 cm. y su característica exterior es ser negro con el pico marfilino blanco. Alvarez lo define en detalles: pico comprimido de arriba hacia abajo, color marfil en la extremidad y en los bordes de las mandíbulas, plumoso en la base; iris amarillos; patas y uñas negras. Superiormente: cabeza, cuello, dorso y rémiges primarias y secundarias

así como las rectrices, castaño oscuro con filetes internos de color ante claro; tectrices amarillas en las alas y cola. Inferiormente: garganta, cuello, y tronco castaño oscuro; cola plumizas muy oscuras. La hembra más o menos igual.

Es un pájaro muy difícil de encontrar, pues anda en parejas, al parecer siempre en lo impenetrable de los grandes montes que, por tales, son tranquilos, por lo menos expuestos a las andanzas del hombre.

Yo tengo nidos de la barra del Yaguarí —ríos Negro y Uruguay—, del Yí y del Tacuarí pero jamás he visto uno en libertad, de cerca o de lejos o en jaula criado de muy pichón.

El nombre hace suponer que andan encima o alrededor de los bueyes o vacunos pero jamás los he visto aunque dada la similitud de su color con los tordos y lo arisco que es todo puede ser, pero por más que he preguntado a la gente de campo, observadora sutil por lo regular, nada positivo puedo asegurar. Sin embargo, por algo es... salvo, que los españoles chapetonos que seguramente fueron los autores del bautizo, lo hayan confundido con aquellos tordos negros, de lejos, bastante similares en el color del plumaje. Hay una cantidad de errores en las antiguas clasificaciones —de las que de algunas me haré eco a su debido tiempo— y esta quizá pueda ser una más.

Su nido es maravilloso. Muy popular es esa larga bolsa, angosta, semejante a una media de mujer que, arteramente, cuelga al extremo de una rama flexible y fina de manera que el gato o la comadreja, y menos sus enemigos mayores de mayor volumen, puedan ir a robarle sus pichones o a comerle sus huevos blancos con pintas oscuras en que guardan el germen de sus amores primaverales. Como medida de defensa debe de ser en la práctica de una eficacia poco común; pero si ya este instinto de previsión es de destacar como capacidad de su inteligencia, la baquía que demuestra en el trenzado de su nido, válido sólo de su pico y patas, es extraordinario. Piénsese un momento como el animal debe ingeniárselas para mantenerse en equilibrio, ya el nido comenzado, y trenzar en posiciones inverosímiles su casa alada formada de la trabazón de pequeños filamentos vegetales, fuerte y consistente, pues aguanta su peso y el de su prole y resiste los embates del mal tiempo. He mirado, al detalle ese entrecruzamiento tratando de ver como hacía los remates de esos filamentos pero a naca concreto he podido llegar.

Ya dije en otra parte de esta contribución, que he visto nidos de cerda que son de admirar porque resultan lustrosos, brillantes y de superficie más unida y, hasta uno de cerda blanca que tenía un admirador de la naturaleza y un hombre por varios conceptos excepcional, el Dr. Alejandro Gallinal, quien lo hubo de los montes

del Yí, de donde también tenía otro, creo recordar que no tordillo como ese sino zaino...

Habita el norte de nuestro país, la Argentina y el Brasil donde se le conoce por «grauna de bico branco» en oposición al Boyero —*Psomocolax oryzivorus*— que es el «grauna de bico preto» que dispersa hacia el norte del Brasil con un sin fin de nombres raros, populares. Este es mayor que el grande nuestro pues mide 35 cm.

Eurico Santos, se hace eco y transcribe las observaciones que consigna Pedro Serié en el tomo V de «El Hornero», año 1932, con curiosas observaciones que realizó con algunos mantenidos con reiteración muchos años, en cautividad.

Expresa el ornitólogo argentino que tenía como la Calandria y el loro hablador, facilidad para imitar cantos de pájaros como «no te veo» y palabras nuestras: «papá», «te gusta», «Sara».

También creyó poder separar, fuera de su canto habitual, tres sensaciones físicas que expresaba musicalmente: la de hambre, por la mañana, delante del comedero vacío; la de miedo o sorpresa al sentir un gato extraño correteando por la azotea (porque con el que había en la casa mantenía cordial relación) y hasta de alegría al reconocer una persona amigo pues gustaba acercarse a la trama metálica de la jaula —como hacen algunas cotorras y mirlos-charrúas— para que le rascara la cabeza removiéndole suavemente las plumas que previamente erizaba en demostración de confianza y de placer.

El boyerito —que sólo también he visto en cautividad de pico más chico— dicen que es un excelente cantor. En el Tacuarí abajo, hacia la Laguna Merim, donde los montes son muy anchos, vírgenes muchos —es antieconómico el corte de leña por los altos fletes a los mercados de consumo— pese de ser achaparrados y de difícil tránsito todos, hay de las dos clases, paraje propicio por solitario.

Los dos son muy ariscos en estado salvaje y, como no salen del monte, es fácil de inferir que insectívoros —aunque, dicen los leñateros, comen las frutas silvestres siendo frecuente verlos picoteando cuando ellas están maduras—, es indudable que sus platos generales lo constituyen moscas, arañitas, orugas, mariposas, gusanos, y ese mundo de insectos, para mi desconocido, que se encuentran entre los viejos troncos carcomidos y que también se descubren bajo las hojas secas que tamizan el suelo.

\*

\* \*

El boyero industrial, tejedor ágil y prolijo, es el criollo que hacía trenzas de guascas sobadas, de finos tientos y componía arreos para adornar las caballerías del gaucho.

Filigranas de cabezadas, riendas flexibles, arreadores, lazos y boleadoras, hacían de sus manos hábiles y eran orgullo de los hombres camperos que estimaban más su obra paciente que los herrajes de metal relumbroso.

Después vinieron las máquinas a sustituir su tarea y vino la suela y el cuero coloreado, la estampa mecánica y ya, lazo, boleadora y presillas, se transformaron en antiguallas de museo.

Entonces el trezador, muriéndose de hambre, se fué a ver al Dios de la tierra y le explicó sus tribulaciones.

—Trabajar sé y voluntad de hacerlo no me falta, pero mi obra no es apreciada como antes.

—¿Quieres que anulemos el progreso?

—No señor... Los años no pasan de balde... El tiempo va arrinconando las pilchas del gaucho como lanzas de las patriadas y la carreta trabajadora...

—¿Y qué pretendes?

—Vivir tranquilo.

Y Dios resolvió:

—Te voy a volver pájaro.

Así fué: lo transformó en boyero, y el ave alegre y libre, pió, saltó, voló, hizo el amor con su compañera y cuando ésta, preocupada, le solicitó:

—¿Dónde deposito los huevos? ¿Dónde va a vivir nuestra prole?

El futuro padre quedó un momento pensativo; luego, mientras resolvía que no debía trabajar más, pues había hecho demasiado en la vida, descubrió una media de Dios puesta a secar.

La tomó, se ingenió para atarla en un árbol y tuvo su nido.

Pero no contaba con la huésped...

Dios tenía que salir a cortar un poco el pico a los caranchos y pidió su ropa.

¡Faltaba una media!

Como los pichoncitos del boyero estaban tan calentitos y bien instalados, que era una pena incomodarlos, sus padres hubieron de tejer a toda prisa una media para su señor y la hicieron tan perfecta que Dios aún no se ha dado cuenta de la sustitución.

Así cuenta hermosamente Montiel.

## TORDO

### *Molothrus bonariensis* (Gm.)

De 20 cm. de longitud, es este pequeño zángano verdadero impuesto o tributación que obtienen —como ciertos sujetos inescrupulosos pero que más o menos guardan la forma de una manera convencional— de las aves trabajadoras y amantes de la familia.

El tordo —hay que apedrearlo de entrada— no se toma el trabajo de hacer su nido, de incubar sus huevos y de criar su descendencia. Ha encontrado la manera de vivir al margen de los trabajos fundamentales que todo ser viviente debe ofrendar a la vida, y esta característica me trae el recuerdo del cínico gandul de la conseja popular: «el vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo.» Y este es vivo en grado superlativo.

Individualicémoslo, pero... ni siquiera su carne vale no digo un tiro, ni media docena de aves, pues andan en bandadas, compensa el valor de un disparo. Ojos y patas negras; color general, negro azulado con reflejos metálicos. Inferiormente: azul oscuro de brillantez metálica; cola castaño oscura; con tectrices negro azuladas con reflejos; alas plumizas. Superiormente: cabeza, pescuezo y tronco castaño oscuro, etc. El plumaje de la hembra no tiene brillo, colores más apagados, anotándose otras diferencias.

Como perfecto sinvergüenza que es, pone, discretamente, un solo huevo en el nido ajeno, quizá para no llamar la atención de quien incubará y luego criará el pichón que, al ser más grande, suele tirar al suelo a los demás para aprovechar el sitio y estar más cómodo, teniendo así una mayor comida. Se ve que, por instinto, busca el «alivio» desde los primeros pasos, y su mamá, previsora, no sólo pone un solo huevo por lo que se dijo, sino que lo deposita en nido de pájaros más pequeños, para que el bebón pueda disponer de él a su libre albedrío. ¿Por qué no lo deposita en nido de aves más grandes? ¿El instinto aprovechador lo guía?

Su huevo es blanco, discretamente manchado de marrón, y simboliza, por su color inmaculado, la pureza, la virginidad, la candidez... justito, como se observa en otros lados...

Es granívoro pero come muchos insectos y en la época de la labranza cuando no se ve tras la reja del arado en promiscuidad con gaviotas, etc. hartándose de las succulentas lombrices, larvas, isocas, que aquella descubre y que él ingiere con el mismo esfuerzo de captación. Se le ve en pequeñas bandadas, o casi solitario y también asociados a los músicos, posarse sobre los lomos de los vacunos, al parecer limpiándolos de insectos.

¡Qué estatua se merece este vividor!

Suele andar en grandes bandadas con el músico o mulata; canta pero no trina, de manera que su expresión sonora pasa desapercibida.

En el vecino país, donde es popularísimo, merece el poco poético nombre popular de «virabosta»; en Río, de «anú»; en Río Grande vecino, de «passaro preto» (aquí también se le suele llamar «pájaro negro», «parásita» (que le viene al dedo) y «chopim» junto con vira bosta en territorio paulista. Y muchos más; maria preta, gauderio, engana-tico, etc.

Constituye una de las amenazas más serias de los arrozales y en Río, ha sido calificado como depredador mayor llegando a destruir el cien por ciento de esa cultura según expresa el profesor Moojen consignada en la revista brasileña «Campo» de Abril de 1938.

Algo hay que decir en favor de ellos y para no cerrar la nota con puros vilipendios —porque al fin y al cabo Tata Dios los hizo así, y agregaré que son muy aseados y, hasta en pleno invierno, se bañan por la mañana. Y para terminar en esta tesitura cedo la palabra a Eurico Santos: «En la época de los amores acostumbran a andar solos, o mejor dicho, una hembra en compañía de sus cortejadores.

A la realización efectiva del connubio antecede una escena de seducción: El macho eriza el plumaje negro que brilla, abre las alas, y al reflejar en ella los rayos del sol le produce reflejos de acero reluciente. La hembra muéstrase mentidamente confundida con la audacia de su cortejante, finge perseguirlo, más, por fin, abre también sus alas, y dobla, dulcemente, los metacarpos». . . Y filosofa: «La naturaleza ha hecho siempre capitulables las fortalezas femeninas para dar al macho la impresión hercúlea de la fuerza. Magnífica mentira de la diplomacia de las especies».

Y magnífico relato, crudo, realista, pero fotográfico, agrego yo.

## EL TORDO

Nunca hace nido; por eso,  
por no querer trabajar  
la gente dice que el tordo  
es el pájaro holgazán...

Ataca en bandadas negras  
los trigales, el maizal;  
y «pone» en nidos ajenos  
por no tener que empollar  
ni alimentar sus pichones  
y él, a comer y a volar...

Pero tiene por castigo  
la cosecha de su mal;  
por nacer en nido extraño,  
ya se tiene que criar  
ignorando quienes son  
sus verdaderos papás.

Sobre las guampas del buey  
le gusta dejarse estar

cual en las ramas de un árbol,  
y de una a otra saltar.

Y el buey, que es manso y es triste,  
mucho se debe alegrar,  
al sentirse preferido  
por dos alas y un cantar.

Tordo: no eres tan inútil,  
ni eres tan holgazán,  
si tu no aras, alegras  
a los que deben arar.

#### MUSICO O MULATA O TORDO MULATO O IDEM MARRÓN O CORRENTINO

*Molothrus badius badius* (Vieill.)

Ave pequeña —20 cm.— pico y patas negras; uñas fuertes y encorvadas. Inferiormente: cuerpo, tronco plumoso; alas canela, castañas las extremidades de las rémiges. Superiormente: tronco plumoso con un ligero tinte verdoso; alas canelas con extremidades castañas; cola idem.

Viven en bandadas generalmente mezcladas con los tordos; ambas especies muy poco desarrolladas en los parques del Este, no son ariscas; gorjean agradablemente y de ahí la calificación popular que las distingue.

Desovan en la primavera y, para no ser menos que sus primos los tordos, hacen la postura en nidos abandonados de otras aves, al parecer prefieren los de espineros, y ponen hasta cinco huevos, que pueden ser más pero de sus colegas, los tordos.

Son omnívoros pero, como aquellos, gustan de la espiga de maíz tierno a la que atacan y al abrirla la perjudican, pues echan a perder todo o casi todo el marlo, que no grana como debiera por la penetración de las aguas y otros factores adversos.

No obstante comen muchos insectos y demuestra su afición a éstos acompañando a las aves ya citadas que van tras el arado en pos de lo comestible que la vertedera pone de manifiesto.

En el Brasil se le llama «ala de teja» quizá por la coincidencia del color canela de las alas con el amarillo-rojizo-marrón que caracteriza la mayoría de las tejas del Brasil no tan rojas como las nuestras (No por falta de cocción sino por calidad de la tierra).

La coincidencia de estos hábitos en el tordo, de nidificar en nidos ajenos, etc. en el músico y otros de la familia, ha preocupado a nuestros vecinos del este y del oeste y desde luego de una porción

de europeos —Jenner, Hérissant, Fabre, Lenick, H. Friedman, Hudson— etc.

Me interesa destacar una observación del norteamericano Friedman y el comentario de Santos.

Friedman, que estuvo en la Argentina estudiando el parasitismo entre las aves, fundamenta el parasitismo de los *Molothrus* que nos ocupa en el siguiente hecho: «Cada macho posee su territorio o su área de influencia, durante la época en que se acasalan y, en él se mantiene vigilante. Cuando surge una hembra, a ella se une, y ésta pone en nidos existentes dentro del área de influencia de aquel macho».

Como existen 50 % más de machos que de hembras, éstas se desligan continuamente y van en busca de otros machos que habitan diversas zonas, territorios exclusivos dentro de la influencia de sus respectivos jerarcas.

Y así va la original procreadora cumpliendo el extraño «fadário, mãe a quem a Natureza não consentiu a ventura de cuidar dos filhos, caixeira viajante do amor, fugitivo e passageira como a «Venus vaga».

Esta es una de las tantas incógnitas que no ha podido aún develar la Ciencia y que presenta un amplio campo para la investigación de los especialistas y de quienes gustan de estos estudios, pues es indudable que se trata de casos aberrantes que deben tener una satisfactoria explicación científica, a la que están completamente ajenos los pobres animales, a los que vapuleamos sin considerar que ellos obedecen a leyes naturales que no son, todavía, del conocimiento del ser humano.

Y, con ésto, creo deben considerarse por no pronunciadas las inectivas empleadas al tratar del tordo regalón...

ALFÉREZ

*Agelaius thilius petersii* (Laubmann)

Ave también pequeña —20 cm.— de pico aplanado en forma de pinza; ojos pardos; patas negras; cuerpo negro con los bordes de las plumas castaños con excepción de las rectrices no primarias que son amarillas; cola, negra en la parte superior con filete castaño.

La hembra tiene el pico más corto, las alas más pequeñas y de color pardos, como los tarsos.

Vive en el Uruguay, Argentina, Paraguay, Chile y Bolivia.

Andan en parejas en los montes y en las arboledas y también en los juncales donde hacen sus nidos poniendo cuatro huevos de fondo blanco con manchas marrón y negras. El nido va colgado a ramas o juncos hecho con mucha prolijidad.

Su canto es insignificante pero su presencia es agradable porque su plumaje es hermoso.

No abunda y siendo omnívoro, es una razón de más para que no se le considere perjudicial, pues si bien come semillas consume insectos en cantidad.

Tremoleras cita otras especies para el país, ruficapillus, en Canelones.

### AMARILLO

#### *Xanthopsar Flavus (Gmelin)*

Es un pequeño pajarillo —20 cm.— pero no por su pequeñez deja de ser muy hermoso. Su plumaje es brillante y suave, la cabeza amarilla; la parte inferior del pecho, la base de las alas y la de la cola amarillo muy fuerte; el resto del cuerpo y las alas negras, de manera que semeja una joya alada, de topacios engarzados en onix. Patas y uñas negras.

Es una lástima que no exista en abundancia este pájaro en el país pues es como el churrinche, los picaflores, los federales y otros más, de un valor decorativo extraordinario que llama la atención y concita la admiración del más indiferente.

Parece habitar sólo al sud del río Negro. Me ha sido mostrado en Minas, en Aiguá y en la sierra de Carapé varias veces y me temo que en esa zona serrana, por ser una de las importantes fuentes de provisión de las pajarerías montevidéanas, terminen con esta avecilla, los rey del bosque, cardenales amarillos, naranjeros, etc. que allí abundan.

Las gestiones que en diversas oportunidades he hecho en el desempeño de cometidos administrativos me hacen llegar al convencimiento que, por muchos años —salvo excepciones— la letra de la ley protectora no servirá para nada eficaz por falta de cultura.

Cuando en Montevideo no se ha podido terminar con los embarques clandestinos de pájaros y con la venta de los silvestres prohibidos, donde hay mayor cultura, existe todo a la vista y hay una concentración que permite una eficaz represión, pienso que todo será inútil. Pero, no hay que desanimarse y debe proseguir una lucha que si fuera continuada por un par de años fundiría a todas las pajarerías que no tienen recursos económicos para aguantar exitosamente semejante presión.

La misma inocuidad de las disposiciones legales se ha visto con la perdiz servida, no de lata, en todos los restaurantes en época de veda, a la vista de la autoridad.

El mayor progreso y un mayor nivel intelectual terminará con esas lacras propias de la incultura de los más.

Es omnívoro, anda en casales, mitad en el campo mitad en las orillas de los montes de las corrientes de agua y hace su nido en matorrales, pareciendo que prefiere los de sarandí, inclinados sobre el agua, donde pone cuatro huevos piriformes —alargados— de fondo blanco azulado con pintas marrón subido. Su canto es un silbido que no llama la atención.

A más de nuestro país habita la Argentina y el Paraguay.

#### FEDERAL

##### *Amblyramphus holosericeus (Scopoli)*

Es un conocido pájaro de bañado, muy apreciado por su canto que es un silbido dulce y muy fuerte, muy buscado por los pajarreros por su plumaje negro y rojo, que se paga mucho. Desgraciadamente, lo sé por experiencia, no soporta la cautividad y muere más o menos pronto, no cantando en la jaula salvo casos excepcionales en que se haya cazado y criado desde pichón, pero mismo así, si bien algo puede cantar, muere pronto.

Es muy escaso en el país y bastante abundante en el estero de Santa Teresa por lo cual me habilita para decir lo que acabo de expresar y para consignar que gusta de los maíces. En el pequeño maízal que tenía, «para el consumo» en la costa del bañado, cuando el marlo empezaba a granar, era el contorno un vivero de federales, pechos amarillos, y cotorras, temible hueste alada a que se trataba de contrariar en sus nefastos —para mi— propósitos pero, desde luego, sin matarlos: tirando tiros al aire, ahuyentándolos con muñecos de trapos y por tiras de géneros, largas y angostas, colocadas al extremo de palos que al flamear con el viento le impedía acercarse.

Lo que consigné anteriormente se puede verificar viendo lo escasos que son los federales mantenidos en cautividad y la experiencia de veinte años de convivir con ese inmenso estero, que por tal, era invadido por cazadores furtivos de noche, que acampaban en esa hora para que nadie los viera, que hacían fuego para comer también en las horas sin luz, con el fuego escondido en aquella inmensidad, pues el humo, de día, los denunciaba. Pues bien, cada vez que se encontraba un campamento con gente o recién abandonado, era el tendal de pájaros, en especial de Federales, los que habían quedado muertos en los primeros días de cautividad, comprobándose, de entrada, su inaptitud para el encierro.

Con permiso de la autoridad, disponía de dos armas de fuego, largas, para batir el bañado, desde luego en la parte fiscal. En cuanto se veía el menor movimiento sospechoso para los pájaros, ciervos, nutrias, lobos, carpinchos, se disparaba. Y todo el mundo sabía que

era de amedrentar, que la cosa iba en serio; pero, pese a ello, siempre había audaces.

En la parte correspondiente matizaré estos relatos con algunas anécdotas muy interesantes, más o menos similares a la que el escritor argentino Alvarez, con su otrora popular pseudónimo de «Fray Mocho», matiza sus cuentos, con base histórica, de los pajonales en las costas entrerrianas del Paraná. Son trozos de vida palpitantes, realidades de antaño y de ogaño que van en camino de desaparecer pero que deben perdurar para la reconstrucción de la vida rural que se va con las modalidades que le fueron propias, que tienen color y sabor de tierra americana, y que si bien están destinadas a desaparecer corridas por los modernos métodos de vida, deben perdurar en las páginas de los libros en que se evocan cosas de nuestra tierra.

El federal canta posado en las ramas de los árboles o arbustos del bañado, alto o bajo, como le acomode. Es un silbido sonoro, fortísimo, que se oye de muy lejos, dulce y armonioso, agradable al oído.

Observando las pequeñas bandadas que corretean siempre dentro del bañado, me han dado la impresión que, por lo menos en determinadas temporadas, no es muy caminador, y que la pequeña colonia —15 o 20 y más— no se aleja de determinado sector. Por lo menos siempre encontraba, cuadras más o menos, entre los juncos y las espadañas, la misma bandadita que, acostumbrada a mi presencia, volaba pero no se iba nunca lejos.

Es uno de los pájaros más hermosos con que cuenta nuestra avifauna. Es llamativo, aterciopelado y sus vivos y nítidos colores desde lejos rebrillan a los rayos del sol.

Su tamaño es de 27 cm. y su arboladura de 30 aunque no lo creo mayormente buen volador; patas pardas; pico negro; cabeza, pecho, cuello y muslos rojo escarlata; el resto del cuerpo es negro con reflejos aterciopelados; pico largo achatado en la extremidad.

Es arisco; hace su nido entre las pajas del estero y en primavera desova poniendo cuatro huevos blancos pintados de rojo.

En el Brasil, se le conoce por «soldado» pero en Río Grande y otras regiones en que se hace más justicia, se le ha ascendido a «capitao». Lo merece por su belleza y por su canto.

#### MIRLO O CHARRÚA

##### *Gnorimopsar chopi chopi (Vieill.)*

Es el «Mirlo» criollo llamado así quizá indebidamente, aunque se me informa que el europeo, el clásico mirlo, —ambos de cuerpo negro y este pico amarillo mientras que el autóctono es negro,— se ha aclimatada en las sierras de Córdoba, en la Argentina. Ambos

parecen reunir las mismas cualidades y el plumaje también negro y brillante. Es el único pájaro, que durante muchos años, mantuve en cautividad. Fueron tres ejemplares distintos; el primero de Minas y los últimos de Rocha, del palmar de Castillos uno y del de San Luis, el último, pues en esos lugares anidan en el cogollo de las altas palmeras.

Soportan la cautividad, al ser criados desde pichones, en una forma conveniente: jaula lo más grande posible, carne picada, y algún grano; alpiste y cáñamo. Todos los tres fueron mansos e inteligentes. Conocían a los familiares de la casa e, incitados, iniciaban sus clásicos y agradables silbidos. Dos veces, dos de ellos, se escaparon al limpiarles las jaulas; revolotearon por los alrededores y, al caer la tarde, a mi regreso del trabajo, los llamé imitando sus silbidos, acudieron y entraron a la jaula sin esfuerzo mayor.

Se acercaban a los barrotes, y, como las cotorras mansas, erizaban las plumas de la cabeza, se dejaban hurgarla con un dedo y cerraban los ojos con intensa demostración de agudo placer.

En Santa Teresa y San Miguel se allegaron algunos casales, posiblemente venidos de los palmares relativamente vecinos.

Andan en pequeñas bandadas y es un placer muy vivo oírlos silbar, alegre, clara y distintamente.

Anidan en los árboles, se dice que buscan los naranjos y los árboles de hoja premanente; sin embargo en las dos estancias que he arrendado en Cerro Largo, con buenos montes de naranjos, nunca ha anidado ninguno y sí otros pájaros.

Ponen cuatro huevos blancos y son omnívoros, detalle que he podido comprobar con los primeros que tuve en cautiverio, que pellizcaban algunas hojas muy tiernas de lechugas y devoraban la gran cantidad de moscas que capturaba en verano, ahogadas, un aparato de vidrio en forma de campana que tenía en uso, posteriormente desplazadas por los insecticidas. Las moscas así abatidas nunca me animé a dárselas por tener casi la seguridad de que podían matarlos.

Es un animal salvaje y fiero en estrecha unión y forzada convivencia con otros pájaros. El primero que adquirí, lo traje de Minas en el auto encerrado en una gran caja de cartón. En el viaje sentí que había lucha y cuando abrí la caja el compañero, un cardenal, estaba muerto a picotazos. Lo mismo me sucedió, años después, con dos que, jauleros, adquirí en Castillos. Antes de soltarlos los puse en una pajarera chica, de  $2 \times 2$  mts. y hube de sacarlos y ponerlos en libertad. Eran feroces. No se si es la prolongada cautividad —pues todos eran jauleros— lo que engendra ese afán de matar porque sí, pues en libertad, jamás los he visto perseguir un pájaro ni he oído que nadie haya presenciado esa escena.

## PECHO AMARILLO

*Pseudoleistes virescens (Vieill.)*

25 cm. de longitud presentando la arboladura, hacia abajo, en forma de pinzas, dice Teodoro Alvarez presenta amarillo el pecho, parte de los muslos, las rectrices secundarias y terciarias y una mancha en la región superior carpeana o ángulo anterior; el resto del cuerpo es castaño verdoso. En el pecho algunas manchas verdosas maculando el campo amarillo, esto en el macho. La hembra idéntica descripción de color con la excepción dicha.

Anda en grupos, anida en los pajonales y circulan por los campos en bandadas no muy grandes en busca de semillas y de insectos.

En Santa Teresa abunda mucho pero su existencia es mucho menor en San Miguel. En Cerro Largo hay, pero no tantos.

Contra lo que se diga en contrario puedo afirmar que ataca los maizales y, en éstos se le debe perseguir.

La bandada es bulliciosa, alegre y si no fuera por esa tendencia, es un ave que no puede considerarse perjudicial, aunque tampoco procura beneficios, ya que ni su carne es comestible.

## PECHO COLORADO

*Pezites defilippii (Bp.)*

Longitud 22 cm.; pico color plumizo amarillento, largo y fuerte, achatado en la extremidad; patas negras; uñas del pulgar muy desarrolladas. Superiormente: cuerpo castaño con tinte verdoso, jaspeado de castaño más oscuro; alas castañas; cola idem con líneas transversales más oscuras. Inferiormente castaño jaspeado de negro, cola y rectrices castaño con el ángulo anterior rojo, cuya mancha, bien pronunciada y de lejos visible, le da el nombre.

Es omnívoro. Hace el nido en el suelo resguardado entre los pastos, de forma semiesféricas, entrelazado de pastos, donde pone hasta cuatro huevos blancos con pintas rosadas.

Vive en nuestro país y en la Argentina pero en Rocha, por lo menos en los parques, no lo he visto. En Cerro Largo sí.

Lo he cazado, con reiteración, hace muchos años en Tapia (Canelones) donde andaba en bandas por los campos abiertos poniendo una nota agradable con su pechuga roja y con su piar sin mayor valor como sonido.

## PECHO COLORADO CHICO O PRIMAVERA

*Leistes militaris superciliaris (Bp.)*

Es algo menor de tamaño que el anterior distinguiéndose por la mancha rojo fuerte que le ocupa el pecho; ojos y patas pardas;

pico, mandíbula inferior, marfil, la otra castaño oscura. Inferiormente: garganta y pecho pluma de base blanca roja viva en la extremidad; abdómen castaño oscuro; cola castaño con filete marrón; alas plomo oscuro. Superiormente: cuerpo, alas, tectrices, cola y cabeza castaño con las plumas ribeteadas de marrón; ceja, anterior, roja, posteriormente, blanca.

Habitat: Uruguay, Argentina, Brasil y Bolivia. Su alimentación es omnívora, pero, como el anterior, consume grandes cantidades de insectos, no obstante muchos labradores lo consideran perjudicial porque cuando nace el trigo gustan de los cotiledones.

En Rocha no lo he visto. Anda en bandadas como el anterior y le es en un todo semejante en cuanto a costumbres.

En el Brasil lo conocen por «soldado» pero no debe confundirse con el otro «soldado» brasileño, el *Archiplanus albirostris* que si bien es de la misma familia, es distinto.

Eurico Santos cuenta que cuanto la hembra se echa en el nido para incubar, el macho ronda por las inmediaciones distrayéndola con su canto y, sobre todo, con sus vuelos de fantasía. Sube hasta unos 10 o 15 metros y se deja caer trazando graciosa parábola e interín canta. La hembra, echada en el nido mira esas piruetas que, a la vez le da la seguridad de que no la amenaza peligro. Y termina diciendo que tal vez ese vuelo raro no tenga otro fin práctico que atalar los alrededores.

Llega hasta el Marañón donde recibe innúmeros bautizos populares: «ruiseñor del campo», «policía inglesa», «Puxa-verão» y «tem tem do espiritu Santo» nombre, este último, que comparte con cierto cerebideo.

Su nido, aquí como allí, es muy parasitado por el tordo haragán *Molothrus bonariensis*, del que a su tiempo se hablará como insigne inútil.

## NARANJERO O SIETE COLORES

### *Thraupis bonariensis bonariensis* (Gmelin)

Es hermosísimo por su plumaje y sólo tiene un valor decorativo porque no soporta la cautividad. Tampoco es buscado por su canto que es insignificante.

En los parques del este no lo he visto, sí en Cerro Largo, donde es relativamente común quizá por las plantaciones de naranjos que existen diseminadas en todas las poblaciones rurales desde Treinta y Tres hasta Aceguá hacia la derecha —hasta la Sierra de Ríos, muy afamada por su fruta con las del Tacuarí. Hacia el oeste me da la impresión que no hay tantos naranjales.

Es granívoro y frugívoro y en estas plantaciones de frutales

—donde suele hacer sus nidos pese a la persecución que se le hace por lo dañino— se le ve muy a menudo así como entre las arboledas no espesas y orillas de los montes.

19 cm. de largo; ojos pardos; pico con la parte superior negra, blanca la inferior; patas negras; superiormente, cabeza plumiza azulada; cuerpo negro; base de la cola, rojo escarlata; rectrices castañas con ribetes plumizos azulados; alas castaño oscuro también con el ribeteado anteriormente destacado, e, inferiormente: pecho escarlata; abdómen y base de la cola amarilla con tintes verdosos; cola castaña; alas plumizas, tal es el colorido espléndido de esta ave esbelta, siendo algo menor la hembra y de coloración uniforme en tono gris verdoso.

Habita a más de nuestro país, la Argentina, el Brasil austral, Paraguay y Bolivia.

Este thráupido entiendo que debe englobarse entre las numerosas especies que en el Brasil el vulgo las designa como «Gaturamo» —que según Samaio significa «lo que será bueno» y que Jorge Harley en su «Amazonia ciclópica» interpreta «alma de la patria».

Yo, en un examen superficialísimo, puramente libresco, no lo he podido ubicar pero no creo que sea el «Gaturamo rei» —Tanagra musica aureata— que Eurico Santos da para nuestro país, pero este es menor —11 cm. y que describe «sin duda uno de los más lindos ejemplares de la familia, por a más de vestir el uniforme que a ella le es común —negro azul en la parte superior y amarillo oro en la inferior— «traz uma coifa azul celeste, que se assenta no alto da cabeça e desce até a nuca.» El pueblo, interpretando ese ornamento como una distinción real, una corona, lo consagró rey de los gaturamos, al que otros llaman «tereno».

## EL SIETE COLORES

(Montiel Ballesteros)

Después que Dios hubo dado la gracia y la levedad del vuelo a las aves, les impartió lecciones de belleza.

El anhelaba que todas poseyeran el canto armonioso —caricia del oído— o el joyante color, delicia de la vista, que presta a los seres alados apariencia de flores.

Así, unas aprendieron las delicadas melodías, los dulcísimos arrullos o las serenatas lánguidas, mientras otras tiñeron sus plumas con tonos brillantes, cálidos o tenues.

Pero, como en general todos estos dones se obtenían por la perseverancia y el esfuerzo —era preciso conquistarlos siendo diligentes o laboriosos— se contaron a montones las que, en vez de trinos y gorjeos, sólo emitieron graznidos y gritos y en lugar de vestir

vestidos hermosos, gastaron pobres, mediocres o descoloridas vestimentas.

\*  
\* \*

Cierta vez Dios enseñó a unos recién creados e incoloros pájaros de arcilla, que el divino cielo era un árbol azul florecido de estrellas, e invitó a sus discípulos a que fueran hasta él en busca de Belleza.

Las aves obedecieron y volaron a través de campos de nubes y de mares azules.

La mayoría se cansó o se distrajo, y cuando ya se vislumbraba la perfecta geometría de la arcada de la puerta celeste —hecha con el arco iris— renunció al vuelo, pretextando que aquello inasible e inconsistente, no era sino una engañosa visión.

El naranjero fué el único que continuó.

Y si no trajo el resplandor de una estrella o el milagro de una música desconocida, fué porque, enamorado de la visión que tenía ante sus ojos, pidió que le tejieran un traje con la aguja polícroma del arco iris.

Como correspondía, le complacieron.

Y por eso puede usar, orgulloso, su hermoso poncho de siete colores.

HORACIO ARREDONDO

## PAGINAS OLVIDADAS

### DISERTACION SOBRE LOS ABOGADOS (1)

Cum relego, scripsisse pudet; quia plurima cerno  
Me quoque qui feci, iudice, digna lini.

*Ovid. de Ponto, eleg. 5, lib. 1, vs. 15 y 16*

Señores: Después de haber vagado largo tiempo para la elección de una tesis que, sin ser superior a mis fuerzas, llenase el objeto que se propuso el Reglamento al instituir esta clase de funciones, nada me ha parecido más oportuno que ocuparme de la necesidad que tiene la República de la noble profesión a que aspiro, llamando al mismo tiempo vuestra atención hacia su origen, las cualidades que las leyes exigen en los individuos que la ejercen y las obligaciones y derechos que les imponen.

Desde que se establecieron los tribunales para administrar justicia, fueron necesarios hombres instruídos y de probidad que hicieran valer ante ellos los derechos de los que por su ignorancia, su debilidad u otras circunstancias no podían verificarlo por sí mismos. Siendo imposible que las leyes, por claras y sencillas que se les suponga, se hallasen al alcance de todos los individuos; y conociéndose por otra parte la tendencia casi irresistible que tienen los fuertes a oprimir a los débiles, se hacía menester equilibrarla, proporcionando a éstos los convenientes medios de resistencia. Esta necesidad fué progresivamente aumentando a medida que se hacía mayor el número de las leyes, y que muchos queriendo conciliarlas y aclarar sus disposiciones, publicaban largas glosas y comentarios, que en vez de conseguir su objeto no servían, por lo regular, sino para complicar los puntos más claros, obscureciendo más y más la legislación. Ese prodigioso número de intérpretes que llevados de la manía de comentar han querido encontrar cuestiones donde no las había, unido a la multitud de leyes incoherentes y aún contradictorias de que bien pronto se compuso la jurisprudencia, hicieron de ella un laberinto inaccesible al común de los ciudadanos, y que los colocaba en la im-

(1) La reciente celebración del centenario del Código Civil del Dr. D. EDUARDO ACEVEDO, ilustre jurista que enriqueció con sus trabajos la literatura forense del Río de la Plata, da actualidad a la tesis que, en 1836, presentó a la Universidad de Buenos Aires para optar al grado de doctor. Tenía entonces veintiún años de edad y, no obstante su juventud, abordó un tema en que los conocimientos jurídicos, recién adquiridos en las aulas, se mezclan con conocimientos filosóficos y morales que solamente un espíritu profundo y reflexivo como el del autor pudo asimilar en tan temprana edad. Es de señalar también el elegante y elevado estilo de este interesante estudio jurídico social sobre el cual han pasado ya ciento diez y siete años sin marchitarlo.

posibilidad de saber sus derechos y obligaciones, sin recurrir a los que, para hacer de ellos un estudio particular, consumían la mejor parte de su vida.

Otro motivo, además, hace necesarios los abogados, y es el que eviten con sus saludables consejos la multitud de cuestiones que infaliblemente tendrían lugar, si careciendo los hombres del útil freno que deben encontrar en la probidad de los jurisconsultos, y dejándose llevar de sus pasiones, pudiesen hacer por sí solos sus gestiones en juicio; porque entonces, prescindiendo de las dilaciones y entorpecimientos que haría nacer su ignorancia de los trámites judiciales, se avanzarían a mil injustas pretensiones. La pasión que les dominara, les haría mil veces faltar al respeto debido a los tribunales y aun a los mismos adversarios, infringiendo las reglas de la moderación y de la decencia que es tan difícil guardar a hombres que, hablando en su propia causa, carecen generalmente de los medios necesarios para conservar esa impasibilidad y templanza que debe ser uno de los caracteres distintivos de los debates judiciales. Se requiere, pues, que haya sujetos instruídos e imparciales que haciendo de primeros jueces instruyan a los ciudadanos de sus derechos y obligaciones, protejan a los débiles, repriman la temeridad de los poderosos y contribuyan así a mantener el debido equilibrio en la sociedad.

Después de haber establecido la necesidad de los abogados y los bienes que acarrearán a la República, debo ocuparme aunque ligeramente de las causas que pueden haber contribuído a que su profesión no tenga ahora todo aquel esplendor y lustre que debiera y a que algunos se hayan avanzado hasta dudar de su actual utilidad. <sup>(1)</sup> Ciertos hombres poco precavidos, al ver los extravíos de algunos jurisconsultos, se han figurado que eran comunes a todos, y se han creído por ello autorizados a denigrar la profesión misma, sin reparar que ella no puede hacer que todos los que la abrazan se hallen animados de los sentimientos que requiere, ni hacer a los hombres mejores de lo que son. Tal modo de discurrir es tan poco conforme a la razón, como el de los que se atreven a depremir la bondad de nuestra religión, porque no puede impedir los desarreglos de algunos de sus ministros.

La multitud de abogados es la causa que más poderosamente ha contribuído al descrédito de la profesión; pues que siendo casi imposible que se hallen todos dotados de las cualidades necesarias, y no pudiendo, además, por la exorbitancia de su número, sostenerse decentemente con el producto de su trabajo, es indispensable que los unos cometan desaciertos y los otros no sean tan escrupulosos como debieran, al hacerse cargo de las causas que se les encomiendan.

<sup>(1)</sup> Gregorio López al proemio del tit. de los *abogados* y Luis Vives de *causis corruptorum artium*, lib. 7º de *jure civile corrupto*.

Y a la verdad, no pudiendo suceder que el número de pleitos justos o dudosos, sea bastante para que puedan subsistir todos los abogados, es claro que muchos se ven en la dura alternativa de perecer o tomar asuntos en que no aparece vislumbre alguno de justicia o que repugnan con las propias ideas del que los patrocina. <sup>(1)</sup> El vasto campo que les presenta la imperfección actual de nuestra legislación les sirve de excusa, y se aprovechan de él para eternizar los litigios favoreciendo la mala fe o no consultando más intereses que los suyos.

La causa de que haya tantas personas que se dediquen a la carrera del foro, es que muchos sin fijarse en las eminentes cualidades que se requieren y en la importancia de las obligaciones que se contraen, miran esa profesión tan sólo bajo su aspecto lucrativo. De aquí resulta que tantos sin consultar sus inclinaciones, sin examinar siquiera si tienen verdaderamente vocación, determinan ser abogados; y ésto es lo que hace decir al inmortal D'Aguesseau, a quien más de una vez tendré ocasión de citar, «que el foro se ha hecho la profesión de los que ninguna tienen, y que la elocuencia que habría debido escoger con una autoridad absoluta sujetos dignos de ella en las demás condiciones, se ve obligada al contrario a encargarse de los que son desechados por las otras».

Para ocurrir a estos inconvenientes, es preciso que antes de admitir a una profesión que pone a merced del que la ejerce los más caros derechos del ciudadano, se obtenga una completa seguridad de que los candidatos se hallan dotados, no sólo de los suficientes conocimientos, sino muy principalmente de las prendas morales que se requieren para desempeñar las delicadas funciones que se les encomiendan. Para conseguir tan importantes objetos, me parece incompleto el plan que establecen nuestras leyes y que con ligeras modificaciones se halla en práctica entre nosotros, atendiéndose en él más al tiempo que se ha impendido en el estudio, que al verdadero aprovechamiento que de él haya resultado. <sup>(2)</sup> Yo creo, pues, siguiendo la doctrina que tan sabiamente establece Salas, el ilustrado catedrático de Salamanca, que, para obtener el fin que desea, sería más conveniente que los exámenes fueran públicos y durasen muchos días; y que en ellos no se preguntase el tiempo de estudio, ni los libros, ni el modo cómo se hubiera hecho, fijándose tan sólo en la ciencia de los que solicitasen título de abogado. Esta debería graduarse por tribunales de hombres instruidos que decidiesen al mismo tiempo después de una imparcial inquisición, si el solicitante tiene todas las cualidades morales que se requieren para el difícil cargo a que aspira. Era conforme a estos principios la ley 13, título 6, partida 3ª que, sin fijarse absolutamente en el tiempo, daba licencia para abogar a cual-

(1) Van Espen. *Jus ecclesiast.* Part. 3, tit. 6, cap. 2, núm. 25.

(2) Castro. — Discursos críticos sobre las leyes, libro 3º Disc. 6º.

quiera «que los judgadores o los sabidores de derecho de nuestra corte, o de tierras, o de las ciudades, o de las villas en que oviere de ser abogado fallaren que es sabidor e ome para ello».

Acabo de decir que las cualidades que esencialmente deben tener los abogados son intelectuales y morales. En cuanto a las primeras, son tan varias y de tanta extensión, que la vida del hombre apenas basta para adquirirlas; y no pudiendo, por consiguiente, exigirse todas de los que empiezan la carrera, diré con Merlin «que los títulos que obtienen deben mirarse más bien como un permiso de entregarse al estudio de las leyes, que como una atestación de su actual saber; y que sólo deben concederse a los que manifiesten aptitudes para adquirir conocimientos». Un abogado debe, en primer lugar, tener nociones exactas de la ideología para poder ejercitar con rectitud las operaciones del espíritu; pues que muchas veces pende de la buena o mala deducción de una consecuencia legal, el honor, la vida o la fortuna de un ciudadano. <sup>(1)</sup> Ha menester también de la historia para que le sirva de la experiencia que le falte y le enseñe al mismo tiempo las causas que han motivado las leyes de que se ocupa.

El estudio del derecho natural le es absolutamente necesario para conocer los imprescindibles derechos del hombre y sus obligaciones, debiendo fundarse sobre él toda buena legislación. Debe hacer, sobre todo, un estudio profundo y detenido de los diferentes cuerpos legales que tengan vigor en el Estado, la que no es poca tarea cuando reina en ellos tanto desorden como en los nuestros. Para conseguir mejor su objeto debe estudiar el derecho romano que le servirá de clave para entender muchas de nuestras leyes, como que de él en gran parte han sido sacadas <sup>(2)</sup>; y así con no poca razón dice el señor Gregorio López, que mal podrá entender nuestras leyes el que ignore el derecho de los romanos. Deben, además, tener principios generales del derecho canónico que los pongan en aptitud de poder estudiar con fruto las cuestiones que diariamente ocurren en el foro y en las que sería vergonzoso tener que recurrir a otros para expedirse.

Un abogado necesita esencialmente hacer un estudio particular de los usos y costumbres de los lugares en que ejerza su profesión, y conocer a fondo la práctica de los tribunales. Para lograr esto, en cuanto sea dable, es que nuestras leyes señalan cierto tiempo a los que han concluido la teoría del derecho, para que se enteren de esta otra especie de reglas.

Además de todo esto, necesita el jurisconsulto conocer bien el corazón humano, para no dejarse seducir por apariencias las más

(1) Castro, lugar citado.

(2) Leyes 2 y 6, tít. 1, Part. 1.

veces engañosas, y poder distinguir bajo la capa del cliente que aparece como víctima de la injusticia, al hombre pérfido y de mala fe.

La elocuencia, será muy útil al abogado para ilustrar las cuestiones que se ventilen y hacer sentir mejor la justicia de la causa que defiende; pero como no a todos es dado el conseguirla, podré decir con el señor D'Aguesseau, «que para gloria de la profesión, la elocuencia misma que parece su más vivo adorno, no es siempre necesaria para llegar a la más grande elevación; y que el público, justo apreciador del mérito, ha mostrado con ejemplos siempre memorables, que sabe también conceder la reputación de grandes abogados, a los que nunca han aspirado a la gloria de oradores.» Pero aunque no todos puedan alcanzar la sublime elocuencia de que se habla, deberán al menos hacer lo posible por conseguir lo que consiste en la buena distribución de las ideas y la propiedad y pureza del lenguaje, pues que ésta no es difícil obtenerla por medio del estudio y una asidua contracción.

Nunca acabaría, en fin, si quisiese enumerar todos los conocimientos que debe poseer un jurisconsulto porque, como dice muy bien el célebre D'Aguesseau, a quien volveré a citar, seguro de no fastidiar, «cualquiera que se atreva a poner límites a la ciencia del abogado, jamás ha formado una perfecta idea de la vasta amplitud de esa profesión.»

Pero nada se habría conseguido aún, por extensos que fuesen los conocimientos que poseyese un abogado, si no tuviese al mismo tiempo las virtudes morales que le corresponden; porque ésto no haría sino colocarle en mejor aptitud para dañar y abusar de sus luces en perjuicio de los demás. La probidad, que es la que puede impedir semejantes males, es tan inherente a esta profesión que sin ella no puede concebirse un verdadero jurisconsulto, resultándoles además bienes incalculables de su ejercicio. El letrado que tiene reputación de probidad, lleva una presunción favorable en cualquier causa que defiende; y los Jueces, aun antes de oírle, están ya inclinados a sentenciar a su favor, por la convicción que les asiste de que no se hubiera encargado de la causa, si fuera injusta. Lo contrario sucede con un abogado que acostumbra defender pleitos injustos; la prevención que inspira su mala fe, hace que se le oiga con desconfianza, se le mire como un hombre peligroso; y en los momentos en que infundiendo aliento al crimen hace temblar a la inocencia, se quisiera, si fuese posible, despojarle de todo su talento. <sup>(1)</sup>

Otra de las cualidades esenciales a un letrado es el desinterés, no habiendo vicio más feo ni que repugne más a la nobleza de la profesión que la vil avaricia: *nam si lucro advocati, pecuniaque capiantur*, dice una ley del Código, *veluti abjecti atque degeneres inter vilissimos numerabuntur*. Aunque antiguamente las defensas eran

(1) Merlin: «Repertoire de Judisprud.», verb. *Barreau*.

gratuitas y mucho menor, por consiguiente, el número de los pleitos por faltar uno de sus principales móviles; sin embargo, como sería injusto no recompensar a los abogados de las fatigas que han sufrido para adquirir lo que saben y el abandono que hacen de sus negocios para ocuparse de los ajenos, se establecieron los honorarios. <sup>(1)</sup> Este solo nombre da una idea del aprecio que las leyes hacen de los trabajos de los jurisconsultos, no habiéndolos querido comparar con la retribución que se da por las otras clases de servicios, e impone al mismo tiempo más serias obligaciones a aquellos en cuyo favor se constituyen. Aunque tienen derecho a ser remunerados cuando han cumplido su deber, no siempre es decente exigirlo, porque, como dice una ley del Digesto, *quædam tametsi honestè accipiantur inhonestè tamen petuntur*. Nada más indecoroso, en mi opinión, que hacer resonar los Tribunales con demandas de honorarios, principalmente si se dirigen contra personas pobres; y parece que los letrados todos deberían tener presente lo que el Colegio de Abogados de Madrid, para justificar la pureza de su conducta en esta parte, exponía en 1748 al Supremo Consejo de Castilla <sup>(2)</sup> asegurando: «que a nadie se le pedía paga, salario, gratificación, honorario u otra cosa alguna por los abogados de alguna opinión: recibían con igual semblante a todos sus litigantes, sin hacer diferencia entre los que habían explicado su agradecimiento y los que no lo habían ejecutado: que solían ser preferidos en el despacho, los que por su mala correspondencia eran menos acreedores a él, no por otra razón, sino para que no entendiesen que el no haber cumplido como debían era motivo para retardar el curso de sus dependencias; y en fin, que se había hecho pundonor y caso de honra el no pedir los honorarios, sin que por lo mismo dejasen de trabajar cuanto se ofreciere en servicio de los litigantes». ¡Qué conducta tan noble y tan propia de unos verdaderos jurisconsultos! ¡Cuán pronto recuperaría la profesión su antiguo lustre, si todos los que la ejercen siguieran tan digno ejemplo!

Un abogado debe, además, ser un celoso defensor de los derechos de sus clientes, y hacer toda clase de sacrificios para obtener el triunfo de justicia. No ha de arredrarle la prepotencia o valimiento del adversario, ni olvidarse jamás de que siendo uno de los primeros objetos de su institución mantener el equilibrio en la sociedad, no debe dejarse sojuzgar por el temor ni especie alguna de consideraciones.

La discreción es también una de las cualidades que en sumo grado debe poseer el letrado, porque constituido por su oficio en depositario de los más importantes secretos de los hombres, debe hacerse digno de tanta confianza, alejando de sí hasta la sospecha de la

(1) Quintiliano: Inst. orat., libro 12, capítulo VII, núm. 2. Van Espen, lugar citado, número 45.

(2) Don Joseph de Covarrubias. Discurso sobre la abogacía.

indiscreción. Es tan amplio este deber, que el abogado no sólo no puede comunicar a otro lo que reservadamente le hubiera confiado la parte, como diré después; pero ni siquiera debe cumplir el mandato judicial, por el que se le quiera hacer declarar como testigo lo que sólo supo como abogado. Si se le llama a juicio, debe mostrar al Juez la obligación que tiene de guardar secreto, y no jurar decir toda la verdad sino tan sólo lo que haga relación a las cosas que no hubieran llegado a su noticia por razón de su oficio, siendo su misma conciencia el único juez para esta separación. <sup>(1)</sup> Pueden exceptuarse los casos en que la no revelación se seguiría grave daño a la República, porque entonces la fidelidad que se debe a la patria hace mirar todas las demás obligaciones como secundarias. <sup>(2)</sup>

La Ley de Partida hablando de los que no pueden ser testigos, dice que el abogado no puede serlo en la causa que defiende, pero que si la parte contraria lo exige, declarará. <sup>(3)</sup> Claro es que esta disposición sólo puede recaer sobre las cosas que el letrado hubiera sabido fuera de su estudio, porque lo contrario sería ir contra los principios de la moral y minar por sus cimientos la profesión quitándola su primer apoyo que es la confianza. Porque, a la verdad, ¿quién descubriría los secretos de su causa a un defensor, sabiendo que dependía de la parte contraria el hacerle publicar cuanto supiere?

No permitiéndome la naturaleza de mi trabajo ocuparme individualmente de todas las cualidades que deben tener los abogados, no quiero dejar de repetir la regla que en pocas palabras da acerca de ésto un autor moderno: «Sobre todo, dice, es necesario que el abogado esté dotado de un corazón recto y puro, de constancia y paciencia en sus trabajos, de vigilancia y fidelidad para con sus clientes, de integridad en sus consejos, de generosidad y franqueza en sus acciones, de pudor y modestia en sus palabras, y de grandeza y elevación de alma en todas sus acciones y modo de pensar.»

La ley de Partida al hablar de los que no pueden ser abogados, siguiendo a los romanos <sup>(4)</sup> distinguía tres clases: una de los absolutamente prohibidos sin referencia a persona alguna: otra de los que pueden defenderse a sí mismos, pero no a los demás; y otra, finalmente, de los que pueden abogar por sí y por determinadas personas. Los primeros son los que carecen del libre uso de su razón, los pródigos, los menores de 17 años y los absolutamente sordos <sup>(5)</sup>. Los que sólo pueden abogar por sí, son las mujeres, los ciegos, los condenados por adulterio, traición, alevosía, falsedad u otro crimen seme-

(1) Merlin: «Repert. de Jurisp.», verb. *avocat*. Questions de droit, verb. *témoin judiciaire*.

(2) Vilanova: «Pract criminales». Observación II, Apéndice, número 21, que cita a otros.

(3) Ley 20, título 16, Part. 3ª.

(4) L. 1 D. de *Postulando*.

(5) Ley 2, título 6, Partidas 3 y 4; título 9, libro 1, Fuero Real.

jante, así como el que por el interés lidia con fieras, bien que éste puede defender al menor que tuviere en guarda <sup>(1)</sup>. Los que son infamados por algún delito menor como hurto, engaño, etc., pueden ser abogados por sí, por sus parientes y por aquellos a quienes hubiesen dado libertad; pero no por otras personas aunque la parte contraria lo permitiese <sup>(2)</sup>. Los judíos, moros y herejes tampoco pueden defender en juicio a los cristianos <sup>(3)</sup>: ni en el fuero secular los religiosos, ni los clérigos ordenados *in sacris*, o que gocen de beneficios, a no ser que sea a sus iglesias, su parientes, personas miserables u otras a quienes hubiesen de heredar <sup>(4)</sup>. En cuanto a los clérigos aunque en todos nuestros cuerpos legales lo mismo que en los canónicos, se encuentren leyes que les prohíben la abogacía como contraria a sus funciones espirituales, sin embargo en la cédula de *gracias al sacar* publicada en junio de 1773, <sup>(5)</sup> se ve que era fácil obtener dispensa de estas leyes, siempre que se pagase la cuota de cien ducados que allí se señala.

Las leyes de la Recopilación establecen que nadie puede recibirse de abogado, sin haber cursado los años que señala el plan de estudios para graduarse y haber practicado después el tiempo prefijado. Justificando haber llenado estos requisitos, deben ser examinados por las Chancillerías, Audiencias o Cámaras de Justicia, exigiéndoles al mismo tiempo juramento de que no ayudarán en causas injustas ni acusarán injustamente, y que en cualquier estado de la causa que conociesen que sus partes no tienen justicia, las abandonarán, procurando en cuanto pudieran no perjudicar los derechos que puedan tener <sup>(6)</sup>. La ley castellana exige además que este juramento se repita todos los años; y así se practica entre nosotros.

Ninguno puede ser abogado, directa ni indirectamente, en tribunal de justicia en donde fuere oidor su padre, hijo, suegro, yerno o cuñado, ni debe siquiera ser admitido a la abogacía el que se hallare impedido por esta razón <sup>(7)</sup>. Donde hubiere un solo Juez no pueden ser abogados sus parientes en los grados próximos que he especificado; <sup>(8)</sup> ni los del escribano en los mismos grados <sup>(9)</sup>. Ningún oidor u otro Juez que resida en sus empleos, puede abogar por persona alguna en causas civiles ni criminales, aunque bien se

(1) Leyes 3 y 4, título 6, part. 3ª.

(2) Ley 5 del mismo título y 4 del Fuero Real.

(3) Leyes citadas.

(4) Ley 1, título 12, Libro 1, R. I. y capítulos 1 y 3 de *Postulando*.

(5) «Teatro de la Legislación», de Pérez López, verb. *gracias al sacar*.

(6) Leyes 3, título 24, libro 2, R. I., y 2, título 16, libro 2, R. C.

(7) Ley final, título 24, libro 2, R. I., y 1ª parte de la ley 33, título 16, libro 2, R. C.

(8) Dicha ley 33.

(9) Ley 7, título 25, libro 4, R. C.

permite al Juez apelado defender su sentencia adhiriéndose a la parte a cuyo favor ha fallado, con tal que no reciba honorario alguno <sup>(1)</sup>.

Para evitar los inconvenientes que, según he dicho tendrían lugar si las partes pudiesen por sí solas hacer sus gestiones en juicio, está dispuesto que no se admita demanda ni petitorio alguno en los tribunales, sin que vaya firmada por abogado recibido, incurriendo los contraventores en penas discrecionales, a no ser que la hiciese el dueño mismo del negocio o su procurador en ciertos casos <sup>(2)</sup>.

Habiéndome ocupado ya de las calidades que deben tener los abogados y de las personas que no pueden serlo, pasaré a hablar de sus principales deberes. El primero es instruirse bien de la causa, antes de comprometerse a defenderla, haciendo para ello al cliente todas las preguntas que juzgue necesarias, viendo por sí mismo los documentos que existieren y obrando en todo sin prevención y con la mayor imparcialidad. Nada más a propósito para alcanzar este objeto, que lo que Quintiliano, siguiendo a Cicerón, aconseja: «habiendo mirado bien a fondo la causa, dice, y teniendo como delante de los ojos todo aquello que la puede favorecer o perjudicar, debe revestirse de la persona del Juez y figurarse que en su presencia se ventila aquel pleito, debiendo persuadirse que aquello mismo que a él le haría más fuerza si tuviera que resolver la causa, será lo que mayor impresión haga a cualquiera que la haya de sentenciar; y de esta manera el éxito del pleito, rara vez le engañará; y si le engaña, será culpa del Juez.» ¡Cuántos litigios se ahorrarían si esta fuera la conducta de todos los letrados! ¡Cuán diferente es la de aquellos que tomando indistintamente todas las causas que se les presentan, ponen después en tortura las leyes y los autores para interpretarlos de modo que favorezcan sus pretensiones!

Si examinada la causa como recomiendan los dos célebres oradores que acabo de citar, la encuentra el abogado destituida de justicia, no puede defenderla en fuerza del juramento que ha prestado, aun prescindiendo de las obligaciones que acerca de esto le impone la equidad. En semejante caso desengañando al que le consulta y procurando persuadirle se deje del pleito, debe negarle su patrocinio. Ni el convencimiento que le asista de que el consultante encontrará otros defensores, ni los perjuicios que a él puedan sobrevenirle de no querer serlo, pueden excusarle de tomar tal determinación; pues que nada de ésto podría librarle de la nota de perjuero en que incurriría, intentando la defensa de la justicia <sup>(3)</sup>. Pero al contrario, si cree

(1) Ley 13, título 16, libro 2, R. C.

(2) Ley 1, título 24, libro 2, R. I. y 1, título 16, libro 2, R. C. que se refiere a la 8, título 24 del mismo libro.

(3) Van Espen, lugar citado, números 28 y 29.

que es justa la causa que se le encomienda, no deben retraerle, ni los males a que se exponga, porque son peligros que voluntariamente tomó sobre sí al abrazar la honrosa y difícil profesión que ejerce. Si desconociendo la importancia de sus deberes, rehusase encargarse de la causa, debe el Juez compelerle, y no cumpliendo su mandato, suspenderlo de su oficio por un año <sup>(1)</sup>.

Antes de empezar el litigio deben exigir una relación circunstanciada del hecho que motiva el pleito y de todo lo que haga relación a él, firmada por sus clientes, o por otros a nombre suyo si no supiesen escribir; <sup>(2)</sup> para que manifestándola cuando se les pida cuenta, puedan librarse así, del resarcimiento de daños y perjuicios a que quedarían obligados si se les probase que había medido malicia, culpa, negligencia o impericia de su parte <sup>(3)</sup>.

Deben poner todo cuidado en la defensa de sus clientes, viendo por sí mismos los autos, no pidiendo dilaciones, ni términos para probar lo que sepan que es impertinente o no han de poder justificar, no firmando la relación sin concertarla con el original; y procurando en cuanto esté de su parte, no se falte a la verdad en todo el proceso <sup>(4)</sup>. Han de exponer brevemente el negocio, no haciendo citas de derecho en sus peticiones, ni repitiendo lo que ya hayan alegado y consta de los autos, a no ser que fuera en diferentes instancias; <sup>(5)</sup> debiendo, además, firmar las peticiones que hicieran de cualquier calidad que sean <sup>(6)</sup>.

Un abogado jamás debe usar de palabras torpes o insultantes, a no ser que precisamente las requiera la causa; <sup>(7)</sup> y debe guardar la moderación siempre tan recomendable, desdeñándose de imitar a algunos, cuyas defensas no son otra cosa que un tejido de desvergüenzas e injusticias, que en lugar de mejorar su causa, no hacen sino mostrar su deficiencia absoluta de fundamentos legales. Es imposible determinar con más propiedad y elegancia que los emperadores Valens y Valentiniano, la conducta que deben observar los abogados en la defensa de las causas. *«Ante omnia autem universi advocati ita proebeanť patrociniť juzgantibus: dice la ley 6 C. de Postulando, ut non ultra quan litium poscit utilitas, in licentiam convinciandi et maledicendi temeritatem prorumpant: agant, quod causa desiderat: temperent se ab injuria. Nam si quis adeo procax fuerit, ut non ratione, sed probris putet esse certandum, opinionis suę imminationem patietur, ner enim conniventia commodando est, ut quisquam negotio delistio in adversarii (seri) contumetiam aut palam pergat, ant sub*

(1) Ley 28, título 16, libro 2, R. C.

(2) Ley 12, título 24, libro R. I.

(3) Ley 4 de dicho título y libro.

(4) Ley 8, título 24, libro 2, R. I.

(5) Leyes 14 dicho título y libro, y 4, título 16, libro 2, R. C.

(6) Ley 13, título 24, libro 2, R. I.

(7) Leyes 7, título 6, Part. 3, y final, título 9, libro 1, Fuero Real.

*dole.*» No puede excusarse con que la parte le ha comunicado los hechos y le ha exigido los haga valer; porque como sostiene muy bien Mr. Tronson du Coudray, el abogado es mil veces más culpable que aquel a quien sirve de órgano; pues que de una mera calumnia que podría no dañar, hace una calumnia destructora cuyos efectos son irreparables. «Si el letrado bajo la fe de su cliente, dice Mr. de Lacretelle, adelanta hechos injuriosos, indecentes y absolutamente inverosímiles, es culpable; si son hechos cuya falsedad ha podido conocer, lo es aún más; si son extraños al asunto de que se trata, en lugar de defensor de su cliente, se hace difamador de la parte contraria; y es el mayor exceso a que puede precipitarse.»

No pueden los abogados hacer iguales y conciertos de sus honorarios después que hubieren visto las escrituras de la parte y comenzado a hacer algo en el pleito, porque entonces con fundamento presume la ley que hallándose ya prendados los clientes no tendrán la suficiente libertad para decidirse. <sup>(1)</sup> Les está también prohibido el concertar con los litigantes que les den algo por la victoria del pleito; pena de suspensión de oficio por seis meses; y el asegurar la victoria por cierta cantidad, so pena de pagarla con el doble. <sup>(2)</sup> Tampoco pueden hacer partido de seguir los pleitos a su costa, imponiendo la ley una crecida multa al que lo contrario hiciere. <sup>(3)</sup> Igualmente se les defiende el que se concierten con aquel a quien han de ayudar, para que les de parte de la cosa demandada, que es lo que se llama pacto de *quota litis*, bajo la pena de privación de oficio, <sup>(4)</sup> *assi como persona enfamada*, añade la ley de Partida. Esta, explicando el motivo de semejante disposición, da dos razones tan exactas y convincentes, que no puedo menos de reproducirlas aquí: la primera es «por que tovieron por bien los sabios antiguos, que cuando el abogado sobre tal postura razonasse, que se trabajaría de fazer toda cosa, porque le pudiesse ganar, quier a tuerto, quier a derecho», y la segunda «por que cuando tal pleito fuere otorgado que pudiesen fazer con la parte a quien ayudasen, non podrían los omes fallar abogado, que en otra manera les quisiesse razonar, nin ayudar, sinon con tal postura.» Estas mismas razones pueden servir para explicar las dos anteriores prohibiciones, porque se conoce que las leyes han querido quitar a los abogados todo interés particular en las causas que defienden, para que conservándose en una esfera superior a la de los litigantes, tengan sólo en mira el triunfo de la justicia. Como una consecuencia de estos principios, la ley de Recopilación les prohíbe el que reciban además de sus honorarios, dádivas ni presentes, a no ser que sea de cosas de comer o de beber y en poca cantidad <sup>(5)</sup>.

(1) Ley 6, título 24, libro 2, R. I.

(2) Ley 8, título 16, libro 2, R. C.

(3) Ley 9, título 28, libro 2, R. I.

(4) Ley 7, título 24, libro 2, R. I.

(5) Ley 19, título 16, libro 2, R. C.

Los abogados están obligados a defender gratuitamente a las personas pobres y desvalidas, en los lugares en que no hubiere defensores públicos con ese objeto; <sup>(1)</sup> y aun en este caso la caridad y aun el propio honor de la profesión exigen que si los abogados de pobres no inspiran a éstos la suficiente confianza o se hallan impedidos, se les admita en los estudios y se les patrocine con el mismo interés que a los que pueden pagar, <sup>(2)</sup> correspondiendo así al llamamiento que se ha hecho a su generosidad y mereciendo la gratitud de las personas a quienes han favorecido.

Deben también abstenerse los letrados de patrocinar más causas de las que convenientemente pueden, evitando así las dilaciones que de otro modo habría en el despacho y que redundarían en perjuicio de los clientes; pero bien podrán hacerse cargo de ellas, si advertidos los litigantes se conformasen, atendiendo a la pericia u otras recomendables cualidades del abogado <sup>(3)</sup>. Admitida la defensa de una causa deben seguirla hasta su conclusión definitiva, y no haciéndolo así, perderán sus honorarios y deberán resarcir al dueño del pleito los perjuicios que le sobreviniesen, a no ser que el abandono de la causa proviniera de haberse conocido su injusticia; pues que en este caso, no sólo pueden, sino que están obligados a abandonarla en los términos que he expresado antes <sup>(4)</sup>.

Si algún abogado descubriese el secreto de su parte a la contraria o a otra en su favor, o si se hallare que aconseja a ambas partes en el mismo negocio, incurre por el propio hecho en privación de oficio, además de las penas a que se hace acreedor por la falsedad que comete <sup>(5)</sup>. El letrado que, instruido del negocio, ha aconsejado a una parte, no puede después defender a la otra. Sin embargo, si algún litigante maliciosamente consultase a todos los abogados de la ciudad o a los mejores, para impedir de este modo que auxiliasen a su adversario, *como a las maldades de los omes non las deven las leyes sofrir, nin dar passada, ante deven siempre ir contra ellas*, se ha establecido que en este caso pueda el Juez dar alguno de estos abogados *a la otra parte si gelos pidiere magüer fueran sabidores del pleito de la otra parte* <sup>(6)</sup>.

«Con mayor razón se prohíbe al abogado que hubiere ayudado a uno en la primera instancia, ir contra él en las ulteriores, imponiéndose al contraventor, además de una crecida multa, pena de suspensión de oficio por un año <sup>(7)</sup>. Tampoco pueden los letrados firmar escritos en causas que por ser de menor cuantía, deban decidirse ver-

(1) Ley 16, título 16, libro 2, R. C.

(2) Van Espen, loc. citado, número 49.

(3) Ferraris: «Prompta Bibliotheca», verb. *advocatus*.

(4) Ley 9, tit. 24, lib. 2, R. I.

(5) Ley 11, tit. 24, lib. 2, R. I.

(6) Leyes 10, tit. 6, part. 3; 3, tit. 9, lib. I, Fuero Real, y 19 del Estilo.

(7) Ley 10, tit. 24, lib. 2, R. I.

balmente; ni patrocinar en las que se ventilen en los tribunales de comercio, pues se les ha formalmente privado de toda intervención en ellas <sup>(1)</sup>.

Por lo que acabo de decir se ve cuán eminentes son las cualidades que se exigen en los abogados y cuán importantes las obligaciones que las leyes les imponen. Ellos sacrificando al bien público todos los momentos de su vida, se entregan a unas tareas cuyo término no puede distinguirse y de que huye todo descanso; se exponen a la animadversión y odio de los malvados cuyas falsedades han ayudado a descubrir y a la mala voluntad de aquellos a quienes no les ha sido lícito defender, por no encontrar la justicia de su parte.

Para equilibrar debidamente tamañas obligaciones y los serios compromisos que, según se ha visto, contraen los que se dedican a la lucida cuanto difícil carrera del foro, se hacía necesario concederles distinciones y privilegios que animándoles a arrostrar tantas dificultades, les sirviesen al mismo tiempo de recompensa de sus tareas y desvelos. Deben ser remunerados de su trabajo, y así aunque, como en otra parte he dicho, harán mal, generalmente hablando, en exigir sus honorarios ante los tribunales, no deben tener a menos de recibirlos cuando se les den. «*Neque enim video, dice Quintiliano, quæ justior acqulrendi ratio, quam ex honestissimo labore, et ab iis de quibus optime meruerint, quique si nihil invicem præstent, indigni fuerint defensione*». Una ley indiana <sup>(2)</sup> dispone que la Cámara, atendida la calidad de la causa, la de los litigantes y el trabajo de los abogados, tase y modere los honorarios; pero en la práctica sólo tiene lugar la regulación cuando no han podido avenirse las partes con sus defensores, o cuando alguno de ellos ha sido condenado en costas.

Otro de los derechos del abogado es su independencia, en virtud de la cual ningún poder humano puede obligarle a defender una causa que reputa injusta, ni hacerle desistir de la que tuviere a su cargo si es justa en su opinión. Al hablar de sus obligaciones dije lo suficiente acerca de la conducta que deben observar para formar su juicio sobre los negocios que se les encomiendan; y sólo me resta ahora añadir que su decisión en el particular, ni es apelable, ni puede juez alguno revocarla.

El gran Teodosio en su «Novella de Postulando», tributa a la abogacía todos los honores imaginables: dice *que no hay honor por eminente que sea que no se deba a su mérito*; agregando después que sería ofender a las ciencias no darles sino un vano nombre de privilegios, y que los mismos que les conceden son cortos relativamente al mérito de un *cargo tan necesario, tan grande y tan sagrado* como el de los abogados. Conforme a estos principios se creía entre los romanos que la jurisprudencia era de las profesiones que más ilustraban

(1) Ordenanzas de Bilbao, cap. I.

(2) Ley 7, tít. 24, libro 2, R. I.

en el Estado; y así muchos de sus emperadores, como nos muestra la historia, fueron jurisconsultos o abogados. La ley *Advocati*, C. de *Advocat divers jud*, que sirve también para mostrarnos el aprecio que antes se hacía de los abogados, compara su profesión a la de las armas en los términos siguientes: «*Advocati qui dirimunt ambigua fata causarum, suæque defensionis viribus in rebus sæpe publicis ac privatis lapsa erigunt, fatigata reparant, non minus providet humano generi, quam si præliis atque vulneribus patriam parentes que salvarent. Nei enim solos nostro imperio militare credimus, illos qui gladiis clypeis, et thoracibus nituntur, sed etiam advocatos: militant namque causarum patroni qui gloriosa voris confisi munimine, laborantium spem vitam et posteros defendant.*»

Nuestras leyes manifiestan a cada paso la distinción que hacen de los abogados, entre otras una de Partida dice que *son como guerreros e contralladores a los que embargan la justicia; que es otra manera de muy grand guerra que usan los omes en todo tiempo*, y la ley final, título 10, partida 2, queriendo justificar el encargo que hace a los reyes de honrar y amar a los que se dedican al estudio, dice que *la sabiduría de los derechos es otra manera de Cavallería, con que se quebrantan los atrevimientos y se enderezan los tuertos*. Siguiendo estos principios, conceden nuestras leyes a los abogados muchos privilegios como son el de nobleza personal, exención de tormentos y otros de que no me ocuparé por no tener la mayor parte de ellos aplicación entre nosotros. <sup>(1)</sup>

Pero nada es todo en comparación de la justicia que el público hace un buen jurisconsulto: se le mira como un oráculo: se le consulta en los mayores apuros, con la seguridad de obtener saludables consejos, y se le considera, en fin, como una especie de hombre superior a los demás.

Sobre todo, señores, ¿con qué podrá compararse la satisfacción que siente el hombre que tiene la conciencia de que por su saber ha salvado al inocente de la muerte que le amenazaba? ¿que ha sacado a una familia entera de la miseria haciendo valer derechos que se le desconocían? ¿que ha librado al hombre de bien de la ignominia, disipando las apariencias criminales de que iba a ser la víctima? La idea de que cada uno de nosotros puede aspirar a semejante gloria, trasporta y basta por sí sola para animarnos a arrostrar toda especie de sacrificios para conseguirla, haciéndonos dignos por vuestro estudio y por la probidad que debe siempre caracterizarnos, del universal aprecio de nuestros conciudadanos que nunca saben negarle al verdadero mérito.

Habiendo procurado demostrar la necesidad que tiene de abogados la República y establecido al mismo tiempo sus obligaciones y derechos, ha concluido la tarea que me había propuesto desempeñar;

(1) Véase a Vilanova, «Pront. Crim.», observ. 11, cap. 3, núm. 11.

y en ella, señores, al paso que notaréis mil vacíos casi indispensables por ser este mi primer ensayo en semejante clase de composición, veréis muchos principios que sólo he querido asentar o sobre los que he pasado ligeramente, reservándome explanarlos al contestar las réplicas que me vais a hacer.

EDUARDO ACEVEDO

### PROPOSICIONES ACCESORIAS

1ª La sociedad legal no se entiende continuada ni renovada tácitamente, entre el cónyuge *supérstite* y los herederos del otro, aunque los bienes permanezcan indivisos.

2ª Cualquiera puede acusar de adulterio a la mujer consintiéndolo el marido tácita o expresamente.

3ª Todas las naciones están naturalmente obligadas a la extradición de los reos de delitos atroces.

4ª Los clérigos que tienen como vivir de su patrimonio, no deben, por conservar éste, sostenerse con los proventos de la Iglesia.

---

## REVISTA SOCIAL Y POLITICA

### EL CODIGO CIVIL. MODIFICACIONES SOBRE DECLARACION DE AUSENCIA DE HEREDEROS PRESUNTIVOS.

El Poder Ejecutivo, por intermedio del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, ha enviado al Parlamento un proyecto de ley por medio del cual se introducen en el Código Civil modificaciones que responden a exigencias de la evolución social, y especialmente a las situaciones jurídicas que determinan los estados de guerra y los nuevos medios creados por el hombre en el orden de progreso.

La nueva ordenación jurídica que se proyecta está contenida en el articulado que transcribimos a continuación:

Artículo 1º.—Modifícase el texto de los artículos 55, 56, 57, 59 y 60 del Código Civil, los que quedarán redactados de la siguiente manera:

Art. 55.—Podrán solicitar la declaración de ausencia los herederos presuntivos y todos los demás que tengan derechos cuya existencia está subordinada al fallecimiento de la persona cuya muerte se ignora.

Art. 56.—La declaración de ausencia podrá solicitarse en las condiciones siguientes:

1) Cuando se haya dejado de ver en su domicilio a una persona y en dos años no se haya recibido noticias suyas.

2) Cuando se haya dejado de ver en su domicilio a una persona que ha dejado apoderado con facultades suficientes para entender en sus negocios y administrar sus bienes, y en tres años no se haya recibido noticias suyas.

Art. 57.—En los casos en que una persona haya sido herida en una acción bélica o se haya encontrado en cualquier situación que pudiese entrañar un peligro de muerte, y haya transcurrido seis meses sin tenerse más noticias de ella podrá solicitarse la declaración de ausencia por las personas indicadas en el artículo 55.

Los seis meses serán contados desde el día de la acción bélica o del peligro de muerte o, no pudiendo ser determinado ese día, desde un término medio entre el principio y el fin de la época en que pudo ocurrir el suceso.

Art. 59.—El Juzgado ordenará inmediatamente su publicación en el Diario Oficial y en otro del lugar del último domicilio, por dos veces, con intervalo de veinte días.

Art. 60.—La declaración de ausencia no podrá decretarse por

el Juez hasta pasado dos meses desde la primera publicación, con arreglo al artículo anterior.

Una vez decretada la declaración de ausencia, deberá ser publicada una síntesis de la misma en el Diario Oficial, y en tres días más del lugar del último domicilio, por una sola vez, y a partir de la fecha de la última de ellas empezará a surtir sus efectos.

Art. 2º—Modifícase el nombre del Capítulo III del Título IV del Libro I del Código Civil, el que en lo sucesivo se denominará «De los efectos de la ausencia y de la declaración judicial de muerte» y modifícase el texto de los artículos 67, 68, 69 y 71, los que quedarán redactados de la manera siguiente:

Art. 67.—Los poseedores provisorios de los bienes del ausente no podrán enajenar los bienes raíces del mismo.

Prevía venia judicial, podrán hipotecar los bienes inmuebles o enajenar a título oneroso los bienes muebles, si ello fuera necesario para la conservación de los otros bienes del ausente o conveniente a sus intereses.

Art. 68.—Transcurridos diez años desde la declaración de ausencia en los casos del artículo 56, u ocho años en el caso del artículo 57, o si han pasado setenta años desde el nacimiento del declarado ausente, el Juez, de oficio o a petición del Ministerio Público o de cualquiera de los interesados, declarará la muerte del ausente y ordenará al Oficial del Registro Civil del último domicilio conocido la inscripción de la correspondiente defunción con fecha del auto que declara el fallecimiento.

Inscripto el fallecimiento, los herederos deberán proceder a la apertura de la sucesión, la que se regirá por las leyes que estuvieren vigentes al momento de la declaración de muerte, y si otros hubieren obtenido la posesión de los bienes del ausente tendrán que restituirlos, salvo los frutos, conforme el artículo 66.

A partir de la declaración de muerte, cesarán las fianzas que se hubiesen otorgado de acuerdo con lo dispuesto por el artículo 61.

Art. 69.—En los casos del artículo 57 y transcurridos seis meses contados de acuerdo con lo dispuesto en el inciso 2º de dicho artículo, cuando los extremos configurantes de la situación prevista y las pruebas aportadas por los interesados, el Ministerio Público y la propia autoridad judicial, permitan a ésta obtener la convicción moral de la muerte de aquél cuya suerte se ignora, podrá procederse a la declaración judicial de muerte, la que tendrá los mismos efectos que la decretada conforme al artículo anterior.

A falta de solicitud del Ministerio Público, los interesados podrán optar entre la declaración de muerte y la declaración de ausencia conforme a lo dispuesto en el artículo 57; pero será suficiente que uno solo de los interesados solicite la declaración de muerte

para que el Juez deba darle preferencia, pudiendo entender en la declaración de ausencia sólo en caso de rechazo previo de aquélla.

Art. 71.—Si el declarado muerto regresa o acredita su existencia, recobrará sus bienes en el estado en que se encuentren, el precio de los que se hubieren enajenado, o las cosas adquiridas con el precio de las que se hubiesen vendido; pero no podrá reclamar frutos ni rentas.

Art. 3º.—Modifícase los artículos 79, 186 y 1037 del Código Civil, los que quedarán redactados de la siguiente manera:

Art. 79.—Ausente uno de los cónyuges, haya sido o no declarada su ausencia, la patria potestad será ejercida por el otro cónyuge, previa información sumaria ante el Juzgado Letrado de Menores, el que deberá comunicarlo a la Sección respectiva del Registro General de Embargos e Interdicciones.

Si por efecto de la ausencia de uno o ambos de sus padres el hijo menor queda sin representante legal, deberá nombrársele a solicitud del Ministerio Público o de cualquier interesado un tutor interino.

Declarada la muerte del ausente, se nombrará a sus hijos menores tutor definitivo.

Art. 186.—El matrimonio se disuelve:

- 1) Por la muerte de uno de los cónyuges.
- 2) Por la declaración de muerte de uno de los cónyuges pronunciada de acuerdo con lo dispuesto por los Arts. 68 y 69.
- 3) Por el divorcio legalmente pronunciado.

Art. 1037.—La sucesión, sea testamentaria o intestada, se abre en el momento de la muerte natural de una persona o en la fecha de la declaración judicial de muerte.

Art. 4º.—Comuníquese.

## REVISTA LITERARIA

### UN JUICIO INEDITO DE ALFREDO PALACIOS SOBRE EL ULTIMO LIBRO DE RODO

Insertamos a continuación el texto de la carta que el eminente ciudadano argentino Dr. Alfredo Palacios dirigió a la señorita Julia Rodó, hermana del gran estilista, con motivo del envío que le hizo ésta de la obra póstuma del maestro «Los últimos motivos de Proteo». El juicio que el Dr. Palacios emite en esta carta tiene alto interés, así por la jerarquía de quien procede como por referirse él a la madurez del gran escritor y a la labor literaria en cuya realización le sorprendió la muerte.

He aquí ese notable documento:

Buenos Aires, 30 de mayo de 1943.

Srta. Julia Rodó  
Montevideo.

Señorita: He recibido, con emoción, la obra póstuma de su ilustre hermano que Vd. ha editado con el título de «Los últimos motivos de Proteo». La noble amistad que desde nuestro primer encuentro me unió siempre a Rodó, y el diálogo que mantuvimos a través de nuestra obra respectiva, desde campos diferentes, confiere, para mí, doble valor a este libro, que ha tenido Vd. la gentileza de dedicarme en tan cordiales términos, lo que agradezco profundamente.

Muy serena y acertada es en mi concepto, la defensa y justificación de la obra de Rodó que formula en el prólogo mi eminente amigo, el escritor Dardo Regules. La objeción que él recoge como imperativo de los tiempos, contraria a la tolerancia, en el lema optativo «o con la tolerancia o con la verdad», considero que es deleznable en su fundamento, pues la verdadera tolerancia procede de convicciones inquebrantables, así como nace siempre la intolerancia de una duda en el error, que suscita la agresividad intelectual.

Estimo que ha hecho Vd. un servicio a la cultura, publicando este libro de Rodó, que aun así, incompleto, es sin duda una obra cumbre. Denota una madurez y un sabor de vino añejo, que es lo más atrayente de su estilo, y revela ya una cima de realización. Tiene algo de confesión y de breviario; y constituye un haz de suscitaciones, singularmente fecundas para las meditaciones del espíritu.

En esta etapa otoñal de la evolución del maestro, su mente se aquieta y se concentra; se densifica su pensamiento; y recoge así

los temas esenciales que, condensados en pocas páginas, contienen, sin embargo, el material de un libro.

Algunos de esos motivos son verdaderas claves y páginas de antología, tales, por ejemplo, «El alma nueva», «La vida integral», «La transformación genial» y, sobre todo, el maravilloso canto a la mujer contenido en «Maris Stella», una de las más brillantes y hondas páginas que se hayan escrito nunca sobre el tema.

Se evidencia en esta obra, que Rodó iba llegando a lo más alto de sí mismo; y que su muerte fué prematura, pues él entraba en el tiempo de cosechar los frutos maduros de los diferentes campos de su espíritu.

Nos deja, así, vibrando en el recuerdo, como el sonido de una campana que se prolonga en el eco; cuya incitación imperativa entraña un mandamiento: el de la propia superación.

Es este un libro consolador, a la vez que incitante e iniciático; y concentra los jugos substanciales de la vasta experiencia del espíritu, recogida por una vida próspera, de auténtica y excelsa nobleza humana.

Le agradezco, pues, el regalo que me restituye, transfigurada, el alma proteiforme del amigo.

Saludo a Vd. con mi más respetuosa consideración.

ALFREDO PALACIOS

#### UNA HERMOSA EVOCACION DE JULIO HERRERA Y OBES

Publicamos a continuación la breve pero hermosa semblanza del Dr. Julio Herrera y Obes de que es autor el Dr. Gabriel Chouhy Terra, en la cual se definen las principales aristas del ilustre hombre público, que fué también uno de nuestros más notables escritores:

#### JULIO HERRERA Y OBES

Es demasiado sabido que las colectividades que son algo más que meras muchedumbres, inorgánicas y dispersas, que los agrupamientos humanos que perduran al través de los tiempos ofreciendo el milagroso espectáculo de una unidad sustancial que las eleva a rango de nación, sólo lo consiguen merced a la lucha común, al dolor común y al inalterable recuerdo de las cosas comunes.

Entiendo, señores, que al reunirnos para inclinarnos en ademán recordatorio ante la tumba de uno de nuestros hombres ilustres, no hacemos otra cosa que cumplir con un mandato que nos viene de muy lejos y que se prolonga hacia el futuro, liberado de la atadura del tiempo. Significa que hemos sabido superar la pasión que pueda dominarnos en las luchas de nuestra época y que sabemos ofrecer nues-

tro tributo de admiración, con limpieza y sin reservas, a alguien que sufrió también la posición de la lucha, que fué tormentosamente combatido y escarnecido, por sus adversarios y enaltecido hasta lo sublime por sus adictos; porque hemos comprendido que él, por encima de lo circunstancial de su combate, con su dolor y con su fatiga, contribuyó, en notoria y apreciable medida a consolidar este todo milagroso que es nuestra nacionalidad.

No cabe señores, en este acto, repetir conceptos por demás conocidos por quienes, con tanto fervor recuerdan, año tras año, la memoria de Julio Herrera y Obes. ¿Quién no lo imagina hoy, hasta en sus más estrictas alternativas acompañando al presidente Tajés en su lucha incesante por el progreso institucional de la República, empeñado con él en la pacificación de los espíritus atormentados en horas de desasosiego y de incertidumbre; quién no recuerda su altivez inquebrantable, cuando desde la Presidencia de la República enfrentaba con serenidad de estadista eminente, la crisis angustiosa de 1890; confiando siempre, por encima de todas las cosas en las fuerzas immanentes de la nación, para superar, como al fin superó al desasosiego de la bancarrota y de la ruina; y quién no lo vislumbra en fin, como lo hace Montero Bustamante paseando su melancolía y su soledad por las viejas calles de Montevideo, vuelto hacia sí mismo, hacia sus recuerdos, sus glorias y sus fracasos, como antes lo hiciera extrovertido en su pueblo y en su tiempo.

El estar aquí, amigos, significa que hemos comprendido que este mundo nuestro convulsionado y descreído, sólo tiene el recuerdo para oponer a la tremenda desolación de la muerte. Que más allá del tiempo, por encima del fugitivo destino del hombre el recuerdo es la continuación, la supervivencia única y emocional, la inmortalidad misma.

Los seres simples y anónimos que pasan por la vida, dejan con mayor o menor intensidad, en el corazón de los suyos una porción de vida inmaterial que el tiempo debilita paulatinamente. Hasta que un día, con la muerte de otro hombre, desaparece para siempre. A este destino melancólico escapan milagrosamente algunos seres privilegiados a quienes la vida y la propia dimensión han colocado fuera de las normas comunes.

Cuando los hombres consiguen agrupar en torno a su persona los intereses o los destinos generales de un pueblo, cuando tienen algún particular mensaje que transmitir a los otros, cuando aciertan a hacer de su vida una cosa acabada y generosa, expuesta a la contemplación de sus semejantes, entonces ganan el derecho a la inmortalidad del recuerdo, el derecho a quedarse entre los suyos de una manera definitiva. Y es entonces que de ellos puede decirse que en su vida han sabido vencer a la muerte, y que han conquistado, con su dolor y su fatiga, la eternidad.

Hoy estamos aquí congregados, justamente, para regocijarnos ante ese milagro de supervivencia, ante ese radiante triunfo de la vida. Estamos en un lugar de tristeza y de duelo junto a las tumbas, entre los cipreses y la soledad. Pero nuestra presencia y nuestra voz, repetida año a año a través de tanto tiempo, son sin embargo un levantado canto de esperanza, y hasta diría yo de alegría, porque es el triunfo de la vida sobre la muerte, de la voz sobre el silencio, de la luz sobre la sombra.

Por nosotros, por los que vinieron antes y por los que vendrán después, se está creando permanentemente, tenazmente el milagro de la inmortalidad. Milagro logrado por la fuerza vital del personaje ilustre, contra la cual nada pudieron ni el tiempo ni el olvido, implacables destructores del hombre.

A pesar de ellos, aquí está una vez más, la presencia serena de Julio Herrera y Obes, llevando sobre sus hombros, con gallardía, el peso de la historia.

La inmortalidad tiene un precio, señores, no por cierto siempre fácil y ligero. No es con una vida trivial, más o menos feliz, como se adquiere el derecho a no morir. El doctor Fausto consiguió la juventud al elevado precio de su condenación eterna. Algunos hombres consiguieron la gloria y el recuerdo permanente de las generaciones, al influjo del sufrimiento y la amargura. La responsabilidad y la notoriedad son cargas a veces demasiado gravosas para las frágiles espaldas humanas. Es que se necesita de una voluntad y un espíritu férreamente disciplinados, para vencer los desfallecimientos de la materia. Julio Herrera y Obes, como todos los grandes hombres, vivió la tragedia de su propia grandeza.

La soledad rodeó su vida.

Alguien ha dicho que el hombre está siempre solo ante las grandes cosas de la vida, solo ante su destino, solo ante la muerte. Pero doblemente solos están aquellos que soportan no ya el peso exclusivo de su destino individual, sino la responsabilidad de los destinos colectivos y en cierto sentido, el peso mismo de la historia.

Así estuvo siempre, aquel ciudadano ilustre.

Su elegante juventud, su madurez gloriosa, su callada y melancólica vejez, transcurrieron en una época y dentro de una generación particularmente azarosa y difícil. Puede decirse que poseyó todos los privilegios de la fortuna y el talento. De todo eso sólo le quedó, en los últimos años de su vida el melancólico consuelo de su paz interior. Pobre y sereno, encontró en la soledad y en la ironía de su propio ingenio, la fuerza para culminar su destino.

La inmortalidad tiene un precio, señores, y Julio Herrera y Obes pagó generosamente por ella.

Pagó por nosotros, para legarnos su ejemplo y su recuerdo y este tonificante consuelo de comprender que la vida sabe y puede salir vencedora de su eterna lucha con la muerte.

GABRIEL CHOUHY TERRA

## BIBLIOGRAFIA

ESCRITOS DE ANDRES LAMAS. Tomo III. Biblioteca de Autores Nacionales del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Dirección, estudio preliminar y notas de Ariosto D. González. Imprenta Nacional. — Montevideo, 1952.

Este voluminoso tomo de más de 600 páginas, que viene a enriquecer la ya magnífica colección de impresos del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, además del estudio preliminar del Sr. Ariosto D. González, Presidente de la institución académica a que nos referiremos luego, contiene los antecedentes de la publicación y el repertorio documental relacionado con las negociaciones entretenidas entre la República y el Imperio del Brasil sobre materias de comercio y navegación de los años 1856 a 1858, con las reclamaciones renovadas en 1854 sobre el tratado de comercio y navegación de 1851 y gestiones de revisión del mismo, incluso los protocolos de las conferencias celebradas para lograr dicha revisión, el texto del tratado de 4 de setiembre de 1857 y documentos pertinentes; la correspondencia diplomática relacionada con la inteligencia de los artículos del tratado, ratificaciones, canje y principio de ejecución, con los convenios de navegación fluvial y con la reivindicación de los derechos de la República como nación ribereña sobre el río Yaguarón. Contiene además el libro un apéndice en que se dan noticias de algunos antecedentes relacionados con las negociaciones relativas a la navegación de la Laguna Merim y río Yaguarón, la discusión del tratado en el Cuerpo Legislativo del Uruguay y otros documentos sobre el tratado de comercio. Todo este vasto material histórico es objeto de sagaz análisis en el estudio preliminar del Sr. Ariosto D. González, que constituye uno de los más notables ensayos de historia internacional realizados en el país, así por lo que se refiere a la información y doctrina que hay en él como a la aguda exégesis que en el mismo se hace de la acción diplomática del Uruguay desde los primeros días de la organización nacional hasta los días en que Don Andrés Lamas ajustó los famosos tratados de 1851 con el Brasil, que tanto se discutieron y se siguen discutiendo hasta el presente, y sobre las negociaciones posteriores a 1851, y muy especialmente por el juicio intrépido y definitivo que le merecen la actividad diplomática de Lamas, cuya figura preclara, como la no menos preclara del Ministro de la Defensa Don Manuel Herrera y Obes surgen engrandecidas y dignas de la estatua que ya en 1891 pedía para el primero de ellos el Dr. D. Alberto Palomeque. Si algún elemento faltaba para la reivindicación definitiva del ilustre publicista y hombre público Don Andrés Lamas, lo obtiene, y cabal, con este tercer volumen de sus escritos, más que por el material histórico que él contiene, por el notable estudio preliminar del Sr. Ariosto D. González, a que nos referimos, en el cual el eminente historiador, al estudiar las gestiones de modificación de los instrumentos internacionales suscriptos por el Uruguay y el Brasil, ataca de frente el capítulo más discutido de la actividad pública de Lamas, esto es, el que se refiere a su actividad diplomática como negociador de los tratados de 1851 con el Imperio del Brasil. Es interesante señalar desde luego que el investigador y crítico que suscribe el estudio es un representante de las jóvenes generaciones cultas del Uruguay, lo cual autoriza a suponer que, cerrado el ciclo de los apasionados juicios de que fué objeto aquella figura histórica, y abierto el proceso en que solamente intervienen el frío análisis de los antecedentes, de los hechos y de la época y la aplicación desinteresada del juicio, la figura de Lamas, que tan discutida ha

sido, aparece ahora limpia de las acusaciones de que se le hizo objeto y singularmente engrandecida. Decimos engrandecida, no solamente en sus valores intelectuales, sino también en su carácter de fautor de los tratados de 1851 y de las tentativas de modificación posteriores, gestiones en que el diplomático ni hizo peligrar con sus alardes los intereses primarios de la República que se debatían en aquellos momentos ni aceptó sumisamente imposiciones del más fuerte. Lamas tuvo en aquellos días de prueba de la Guerra Grande, como los tuvo en las gestiones posteriores, junto al sentido realista de la situación y de las circunstancias, la dignidad y la energía que éstas exigían. Dentro de sus modalidades espirituales, superior al sentimiento romántico de casi todos sus contemporáneos que solían sacrificar intereses esenciales a un principio, a una actitud estética y, a veces, a una palabra sonora pero vacía de realidad inmediata, vió claramente cuál era la única manera de lograr el pronunciamiento del Imperio contra el General Rosas y obtener la alianza que dió fin al poderío de éste. Fué apoyado en este concepto por el Gobierno de Montevideo, y especialmente por el Ministro de Relaciones Exteriores Don Manuel Herrera y Obes que, desde años atrás lo había enunciado y perseguía su realización vinculando esa gestión a la que personalmente realizó ante el Gobernador de Entre Ríos General Urquiza, con el objeto de obtener también su pronunciamiento contra el tirano de Buenos Aires. Para juzgar la actitud de Don Manuel Herrera y Obes, numen del Gobierno de Montevideo en aquella época, y la de Don Andrés Lamas, no se puede aplicar el criterio actual ni dejarse influenciar por el sentimiento patriótico que naturalmente se siente herido por lo que la República en aquellos días de prueba pudo sufrir en su soberanía y en sus derechos, sino colocarse en la situación de la época, frente al peligro de perderlo todo, incluso la independendencia, y lo que acaso era más tremendo que eso, caer bajo la férula y el despotismo del General Rosas y perder, con la libertad, el goce de los más elementales derechos humanos. He ahí el cuadro dentro del cual Lamas negoció los tratados de 1851 mientras el Dr. Herrera y Obes, con su acción personal, lograba el pronunciamiento del General Urquiza. Logró Lamas, con el empleo de su inteligencia, de su habilidad diplomática y de lo que había de inflexible en su carácter dentro de la exquisita urbanidad de sus maneras, obtener, dentro del mínimo de sacrificios, la alianza con el Imperio del Brasil que significó la destrucción del poderío del General Rosas. Y puesto que nos hemos referido al carácter de Lamas, apuntemos siquiera que, prescindiendo de las acentuadas diferencias de ideología que los separaban, había entre él y Alberdi notoria semejanza de carácter como la había también de rasgos fisionómicos. Lamas y Alberdi, procedentes de dos culturas filosóficas distintas, coincidieron, sin embargo, en el sentido realista que aplicaron a la consideración de los problemas políticos y sociales de la época y, sin dejar de participar del sentimiento romántico, supieron eludirlo para lograr soluciones prácticas y útiles cuando ésto convenía a los intereses de la sociedad en que vivían. El carácter de estas notas nos impide extendernos, como sería nuestro deseo, en el examen crítico del estudio del Sr. González que juzgamos esencial y que como lo hemos dicho constituye la vindicación definitiva de la ilustre personalidad de Don Andrés Lamas.

**HISTORIA DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY**, por *Pablo Blanco Acevedo*. — VII edición. — Talleres Gráficos de «Impresora Uruguaya» S. A. — Montevideo, 1952.

En un volumen de 300 páginas, esmeradamente impreso, ha sido lanzada a circulación la VII edición de esta obra didáctica cuyo valor está acreditado por el hecho de que la primera edición fué publicada en 1900 y que, desde entonces a la fecha, no ha cesado de ser requerida por la población escolar,

normal y liceal. A su valor didáctico agrega el interés que ofrece a toda persona que desea obtener una noción general de la historia del país en sus varios aspectos. Obra primigenia del Dr. Pablo Blanco Acevedo, ya en su época llamó profundamente la atención este tratado didáctico de historia de la República, en el cual, con excelente método pedagógico y con clara y limpia prosa se ofreció a los estudiantes una obra de fácil comprensión que abarca la historia del país desde la época precolombina hasta los días en que fué escrito. El autor realizó seis ediciones y en ellas introdujo ampliaciones y reformas con el objeto de ceñir el tratado didáctico a los nuevos programas. Tanta boga alcanzó este texto de enseñanza que el Consejo Nacional de Instrucción Primaria y Normal lo incorporó a los textos oficiales. Se explica el éxito de este libro, pues a la autoridad de su autor como maestro en disciplinas históricas se agrega la claridad y sencillez del método que usó para realizarlo, el carácter de relato que imprimió a la obra y la sencilla pero noble forma literaria que utilizó para dar interés a la obra y atraer así la atención del estudiante. Evitó el Dr. Blanco Acevedo las complicaciones didácticas y pedagógicas y prefirió imprimir a su texto de historia un sello personal y ofrecer en él, dentro de su objetividad, la mayor garantía de veracidad histórica, basada ésta en la más respetable documentación y en las más insospechables autoridades. El libro, como hemos dicho, comprende la historia de la República hasta los días en que fué escrito; el autor lo fué extendiendo en las sucesivas ediciones, y esta edición póstuma ha sido anotado y puesta al día dentro de las normas que se trazó el Dr. Blanco Acevedo para escribir la parte relativa a la época posterior al año 1875.

#### REVISTA DEL INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY.

Tomo XIX. Año 1952. — Imprenta El Siglo Ilustrado. — Montevideo, 1952.

Este grueso e interesante volumen de más de 500 páginas que acaba de aparecer tiene cierto sentido conmemorativo, puesto que constituye el volumen XXV de la importante revista cuyo primer número data de más de treinta años. Da lugar este hecho a que el Director de la revista, que es el distinguido investigador e historiador D. Simón L. Lucuix, encabece el volumen con un interesante y sentido artículo titulado «El camino recorrido» en que, volviendo la vista hacia el pasado, hace una interesante síntesis retrospectiva de la labor realizada por la revista que le permite evocar los nombres de los académicos que intervinieron en la dirección de la misma o tuvieron parte principal en su desarrollo. Desfilan así los nombres de Gustavo Gallinal, Mario Falcao Espalter, Aquiles B. Oribe, Setembrino E. Pereda, Francisco J. Ros, Pablo Blanco Acevedo, Felipe Ferreiro, Horacio Arredondo, Rafael Schiaffino, Juan Pivel Devoto, Juan Carlos Gómez Haedo, Ariosto D. González y Carlos Pérez Montero. El denso volumen inserta los siguientes trabajos: Artigas y el Paraguay por Efraim Cardozo; La expedición contra los charrúas en 1801 y la fundación de Belén por José M. Mariluz Urquiza; Modalidades de la Arquitectura colonial peruana por Juan Giuria; El Congreso de las Tres Cruces y la Asamblea del año XII por Edmundo Favaro; Edición documental conmemorativa del Centenario de 1825 (Dirección y notas de Juan E. Pivel Devoto). Trae además este número de la revista la relación de diversos homenajes tributados a miembros de número fallecidos, homenaje a Francisco Bauzá, crónica de la actividad del Instituto que ha sido intensísima en los últimos años, homenaje al Hermano Damasceno al cumplir los 80 años, interesantes notas bibliográficas, necrologías de los miembros de honor y de número fallecidos y los programas de los concursos que la ley de homenajes a Artigas confió al Instituto.

CONCIERTO DE AMOR Y OTROS POEMAS, por *Esther de Cáceres*. — Prólogo de Gabriela Mistral. — Editorial Losada, S. A. — Buenos Aires, 1951.

Para escribir sobre este libro con cierta eficacia crítica fuerza sería disponer del sentido de penetración y del luminoso lenguaje de que hace gala Gabriela Mistral en el precioso Prólogo que forma pórtico al misterioso palacio en que Esther de Cáceres guarda los tesoros de su lírica. Difícil es penetrar en este palacio; aun haciéndolo, no todos han de lograr la cabal visión de lo que en él se custodia de tal manera es sutil, fluida y misteriosa la materia de que están formados estos sueños, estas imaginaciones, estos estados de alma, estos movimientos de la sensibilidad, estas exaltaciones, estos éxtasis, estas imágenes y, sobre todo, estos conceptos, que suelen escapar a la comprensión inmediata y que, para ser interpretados, se requiere que el lector se ponga en estado de gracia y participe del trance poético en que la autora dió expresión sensible a lo que es más para soñado que para ser transformado en palabra. Sin embargo, la palabra, el verbo, todo lo puede, hasta dar forma a lo que es esencia, estado potencial, y logra así realizar el milagro en virtud del cual el poeta transmite a los demás seres, con su obra, la aptitud de iluminación que les permite interpretarla y gozarla estéticamente. ¿Qué hay en este libro de poemas? En el orden puramente retórico hay un poeta que domina con maestría el lenguaje poético y que, con su sensibilidad y su numen realiza cabalmente el fin de la poesía como arte; pero hay, sobre todo, una constante elevación y una continuada superación que escapan, a veces, al orden literario para abarcar más remotos confines. Dice Gabriela Mistral que Esther de Cáceres, frente a su problema interno, escogió el desasosiego de Pascal. Esta afirmación breve y rotunda es orientadora para juzgar a la poetisa. Desasosiego esencial hay en este libro, como lo hay en toda la obra de la poetisa; pero este desasosiego no es la vana inquietud de que participan infinidad de poetas que nos cuentan sus cuitas y nos hacen sus confidencias. Aunque parezca una paradoja este desasosiego está hecho de serenidad espiritual colmada, pero que, no obstante ello, aspira aún a penetrar más el misterio y fundirse con él, que es el estado de los verdaderos místicos como San Juan de la Cruz y Santa Teresa. Estas confidencias líricas vienen de lo más trascendental que posee el hombre en su mundo interior, de lo que podría ser subconciencia, pero que es conciencia plena, posesión de lo que está más allá del conocimiento y de la sensación y que se halla próximo a lo que los preceptistas llaman suprema belleza. El instrumento de expresión, esto es, el lenguaje, se espiritualiza y adquiere esa calidad de cosa aérea y alada en que el verso se hace música y las imágenes, aunque parezca una metáfora, son luminosas sombras. Agregamos este breve comentario a otros que ya hemos hecho al dar cuenta de libros publicados por la poetisa, de los cuales éste es antología o selección de lo que Gabriela Mistral llama con verdadero acierto «tendal de hallazgos de su alma.»

LEVILLIER HISTORIADOR DE AMERICA, por *Atilio Cornejo*. — Rómulo D'Uva. — Salta, 1952.

En este volumen de 128 páginas, que es un apartado del «Boletín del Instituto San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta», República Argentina, el Dr. Atilio Cornejo, miembro conspicuo de esta corporación, estudia la obra histórica realizada por un gran amigo del Uruguay, el Dr. Roberto Levillier, diplomático y hombre de letras que durante varios años desempeñó con singular prestancia y señorío las funciones de Embajador de la República Argentina en el Uruguay, cargo en que sirvió a su país con singular eficacia y, a la vez, cultivó el sentimiento de fraternidad platense y conquistó el afecto y

la amistad de las figuras representativas de nuestro país y la consideración pública. Historiador de América le llama el Dr. Cornejo, y lo hace a justo título, pues la obra histórica del Dr. Levillier ya como investigador, ya como historiador puro, ya como crítico en estas disciplinas forma un vasto repertorio que se refiere a la historia del Continente y comprende colecciones documentales de carácter monumental, ensayos, estudios, libros en que se estudian y definen complejos problemas relacionados con el descubrimiento, la conquista y la colonización, vasta bibliografía que recientemente fué complementada con el libro, también monumental, titulado «América la bien llamada», que nosotros comentamos extensamente, y que constituye, además del fruto de una exhaustiva investigación realizada en los archivos universales, una interpretación y una nueva versión de los primeros descubrimientos en la región meridional de las Américas. El Dr. Cornejo en su obra, al exponer y analizar la bibliografía histórica del ilustre diplomático y hombre de letras, traza su bibliografía. Este libro es un notable aporte de crítica bibliográfica y de elementos biográficos de que no se podrá prescindir al estudiar la figura del eminente escritor y de su vasta obra.

---

## INDICE DEL TOMO LV

Año XV · Julio de 1952 · Nº 163

|                                                                                                  |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| JOSE MARIA DELGADO. — El Dr. D. Francisco Soca .....                                             | 5   |
| SEBASTIAN SANCHEZ RINCON. — Traducciones de Horacio y Virgilio .....                             | 24  |
| RODOLFO MEZZERA. — El espíritu y la esencia del monumento a José Irureta Goyena .....            | 34  |
| FERNAN SILVA VALDES. — Estudios folklóricos. La Taba .....                                       | 42  |
| MIGUEL A. JAUREGUY. — Entrevistas de médicos y el Quijote. Las horas dolorosas del Quijote ..... | 46  |
| ADOLFO SIENRA. — Estampas de San José .....                                                      | 63  |
| DORA ISELLA RUSSELL. — José Santos Chocano .....                                                 | 68  |
| ANTONIO VEGA. — Aracena de la Tierra. Cuerpo y latido de un panorama .....                       | 85  |
| CARLOS LERMITTE. — Cuentos .....                                                                 | 95  |
| HORACIO ARREDONDO. — Enumeración de las aves silvestres uruguayas .....                          | 105 |

### PAGINAS OLVIDADAS

|                                                                                                        |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| LUIS MELIAN LAFINUR. — El «humour», la fantasía, la pasión, el crimen y la virtud en Shakespeare ..... | 128 |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

### SECCIONES PERMANENTES

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — Servicio de Agregados culturales en las misiones diplomáticas de la República .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                       | 146 |
| REVISTA LITERARIA. — Homenaje público a Delmira Agustini en el 66º aniversario de su nacimiento. Concurso literario. Iniciativa de la Asociación Uruguaya de Escritores y Decreto del Ministerio de Instrucción Pública. — El Congreso Nacional de Escritores. — En la Academia Nacional de Letras. Nuevos Académicos de Número .....                                                                                                                  | 150 |
| REVISTA TEATRAL. — La Comedia Nacional. Las estrenos: «Tartufo», Santos Vega», «La última puerta» .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                | 154 |
| BIBLIOGRAFIA. — «Biblioteca de impresos raros americanos. Descripción de las fiestas cívicas celebradas en Montevideo. Oración inaugural pronunciada por Larrañaga en la apertura de la Biblioteca Pública de Montevideo. Mayo de 1816», publicación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias; «Primeros poemas», por Elsa Méndez Chiodi; «Conocimiento y existencia», por Enrique Grauert Iribarren ..... | 159 |

Año XV · Agosto de 1952 · Nº 164

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| ALBERTO PALOMEQUE. — Páginas: I Conferencia inaugural del I curso de Derecho Civil en la Facultad de Derecho de la Universidad de Montevideo (1902). — II Por qué fué disuelta la Asamblea de Notables. — III Un 18 de julio en Bahía Blanca. — IV En vísperas de Noche Buena. — V El malo y el justo. — VI Reflexiones ..... | 161 |
| EUGENIO PETIT MUÑOZ. — En el centenario de Don Alberto Palomeque .....                                                                                                                                                                                                                                                        | 198 |
| RAFAEL ALBERTO PALOMEQUE. — La labor historiográfica del Dr. D. Alberto Palomeque. Introducción .....                                                                                                                                                                                                                         | 220 |
| JOSE GOROSITO TANCO. — De «Espejo»: Soneto Paradojal. — Soneto de la luna llena. — Primer ferrocarril de un niño campesino. — Tarde. — Día .....                                                                                                                                                                              | 228 |

|                                                                                                                                                                                                                                          |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| EUGENIO P. BAROFFIO. — La enseñanza de la Arquitectura en nuestra Universidad. — Afirmación y desarrollo de los estudios en la etapa que preparó el advenimiento de la nueva Facultad. — Maestros y discípulos del período inicial ..... | 231 |
| RAFAEL HELIODORO VALLE. — Lo que sé del Uruguay .....                                                                                                                                                                                    | 347 |
| SERAFIN J. GARCIA. — Evocaciones tradicionales: I El gaúcho. — II La Pulpería .....                                                                                                                                                      | 252 |
| BENJAMIN VELILLA. — Dónde residió Artigas en Asunción .....                                                                                                                                                                              | 258 |
| HORACIO ARREDONDO. — Enumeración de las aves silvestres uruguayas .....                                                                                                                                                                  | 263 |

## PAGINAS OLVIDADAS

|                                                                                      |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| ENRIQUE AZAROLA. — Los derroteros de la Historia y la apoteosis de los hombres ..... | 292 |
|--------------------------------------------------------------------------------------|-----|

## SECCIONES PERMANENTES

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — El Convenio de Asistencia Militar entre el Uruguay y Estados Unidos de América. — El centenario del Código Civil del Dr. D. Eduardo Acevedo .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                | 302 |
| REVISTA ARTISTICA. — Cincuentenario de la muerte de Diógenes Héquet. — Un artículo de W. E. Laroche .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                     | 310 |
| REVISTA ANECDOTICA. — Un episodio parlamentario singular. — Un silbido... — Probidad de juez .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            | 313 |
| BIBLIOGRAFIA. — «Un episodio de la segunda guerra mundial en aguas territoriales de la República Oriental del Uruguay», por el General de División Arquitecto Alfredo R. Campos; «Canción de febrero», por Raúl Blengio Brito; «Martín Fierro. Un poema de protesta social», por Enrique Bianchi; «Exposición de pintura. El arte y los artistas», por José Pedro Argui; «Artigas en la Historia y en el Arte. Catálogo de la Exposición realizada en el Teatro Solís». Publicación de la Comisión Nacional de Homenajes a Artigas; «Variaciones de Rosamía», por Juan Cunha; «Catálogo del Museo Histórico Nacional (República Argentina) Tomos I y II ..... | 315 |

Año XV - Setiembre de 1952 - Nº 165

|                                                                                                                                                                                                                                 |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CARLOS SABAT ERCASTY. — Poemas del Hombre. Libro de la voz ..                                                                                                                                                                   | 321 |
| FERNAN SILVA VALDES. — Temas de Folklore. Sabiduría popular ....                                                                                                                                                                | 343 |
| EDGARDO UBALDO GENTA. — El Homocosmos. Voluntad y Superhistoria .....                                                                                                                                                           | 348 |
| LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL. — Ayer. Fragmentos de mis Memorias. La Conferencia de Consolidación de la Paz .....                                                                                                                   | 387 |
| ROBERTO FABREGAT CUNEO. — Cuatro Disertaciones. Auge y porvenir de los gremios. Sentido de la propaganda en la naturaleza. Después de la suba de precios. La crisis occidental de la familia .....                              | 391 |
| JULIO GARET MAS. — Algunas poetisas del Uruguay: María Adela Bonavita. Esther de Cáceres. Concepción Silva Bélinzon. Edgarda Cadenazzi. Blanca Luz Brum. Selva Márquez. María Esther Llana Barrios. María Alcira Berrutti ..... | 407 |
| HORACIO ARREDONDO. — Enumeración de las aves silvestres Uruguayas .....                                                                                                                                                         | 431 |

## PAGINAS OLVIDADAS

|                                                         |     |
|---------------------------------------------------------|-----|
| EDUARDO ACEVEDO. — Disertación sobre los abogados ..... | 451 |
|---------------------------------------------------------|-----|

## SECCIONES PERMANENTES

|                                                                                                                           |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — El Código Civil. Modificaciones sobre declaración de ausencia de herederos presuntivos ..... | 466 |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| REVISTA LITERARIA. — Un juicio inédito de Alfredo Palacios sobre el último libro de Rodó. — Una hermosa evocación de Julio Herrera y Obes por Gabriel Chouhy Terra .....                                                                                                                                                                                                                                       | 469 |
| BIBLIOGRAFIA. — «Escritos de Andrés Lamas» Tomo III. Publicación del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay; «Historia de la República Oriental del Uruguay», por Pablo Blanco Acevedo, VII edición; «Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay», tomo XIX, 1952; «Concierto de amor y otros poemas», por Esther de Cáceres; «Levillier historiador de América», por Atilio Cornejo ..... | 473 |
| INDICE DEL TOMO LV .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                       | 478 |

---

# BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO

(Creado por ley de 27 de diciembre de 1911)

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 71:068.548,49  
al 31 de diciembre de 1950.

OPERA EN TODAS LAS RAMAS DEL SEGURO

Av. Agraciada y Mercedes



SUCURSALES EN: Salto, Paysandú, Mercedes, Rivera, Minas, Treinta y Tres, Maldonado, Trinidad, Durazno, Artigas, Fray Bentos, Rocha, Canelones, Tacuarembó, Florida.

AGENCIAS GENERALES EN TODO EL PAIS

# BANCO COMERCIAL

MONTEVIDEO

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1857

EL MAS ANTIGUO DEL RIO DE LA PLATA

Casa Central: CERRITO N° 400

Agencia AGUADA: Rondeau N° 1918

Agencia CORDON: Constituyente 1450, esq. Médanos

*Sucursales en*

MELO — SALTO — PAYSANDU — MERCEDES

REALIZA TODA CLASE DE  
OPERACIONES BANCARIAS